

A romantic couple is shown in a close embrace, nearly kissing. The man is on the left, leaning towards the woman on the right. The entire image is bathed in a deep blue light, creating a moody and intimate atmosphere. The background is slightly blurred, showing what appears to be an indoor setting with some architectural details.

SOÑARTE
A TI

KATE PERRY

SOÑARTE A TI

El amor es un asco.

Lola Carmichael está convencida de ello desde que su novio terminó con ella, la misma noche en que esperaba que le propusiera matrimonio. Sólo que tiene encima la fecha de entrega de su próxima novela de amor, y necesita encontrar inspiración lo antes posible.

Entonces llega el arrogante locutor de radio Sam, el “Golazo”, Taylor. ¿Quién hubiera pensado que un ex futbolista estrella, y mujeriego, era justo lo que ella necesitaba para volver a encontrar a su musa? Y hacer a su corazón latir de nuevo.

Cuando Lola se da cuenta de que Sam sólo la está usando para recuperar su trabajo ideal, sabe que debe dejar de soñar en cuentos de hadas, pero una parte de ella cree de todo corazón que los héroes sí existen... y que los sueños sí se hacen realidad.

EL ESTANTE DE KATE

EN ESPAÑOL...

LAUREL HEIGHTS

PERFECTO PARA TI

CERCA DE TI

VOLVER A TI

BUSCÁNDOTE A TI

SOÑARTE A TI

EN INGLÉS...

ROUGH AND READY

[MY BIG COMEBACK ROMANCE](#)

[MY SECRET BOOK BOYFRIEND](#)

[MY NEXT COLOSSAL MISTAKE](#)

[MY YUMMY SECOND CHANCE](#)

MY EPIC LOVE DISASTER

MY VERY WICKED HERO

MY BEST HAPPY ENDING

WINNERS INC.

[ALL IN](#)

[WANT IT](#)

[GAME ON](#)

LAUREL HEIGHTS

[PERFECT FOR YOU](#)

[CLOSE TO YOU](#)

[RETURN TO YOU](#)

[LOOKING FOR YOU](#)

[DREAM OF YOU](#)

[SWEET ON YOU](#)

THE SUMMERHILLS

[SAY YOU WILL](#)

[LOST IN LOVE](#)

[LET'S MISBEHAVE](#)

[STAY THE NIGHT](#)

[ONCE UPON A DREAM](#)

[HOW SWEET IT IS](#)

[GIVE A LITTLE](#)

[MAKE MY WISH COME TRUE](#)

THE SUMMERHILLS NEXT GENERATION

[THE WORDS YOU SAY](#)

[THIS COULD BE THE NIGHT](#)

[WRITTEN IN THE SKY SO BLUE](#)

THE IRISH HOPE SERIES

[PAINTER OF SOULS](#)

[DANCER OF TRUTHS](#)

[SINGER OF VISIONS](#)

BEDFORD FALLS

[UNDER THE KISSING TREE](#)

[DANCING ON A MOONBEAM](#)

[SILVER MOON SPARKLING](#)

[STARS SHINING BRIGHT ABOVE](#)

THE RAVEN SCRY

[THE LIES OF GODS](#)

[THE CORRUPTER OF VIRGINS](#)

[THE DESTROYER OF KINGS](#)

PILLOW TALK NOVELS

[PLAYING TO WIN](#)

[PLAYING DOCTOR](#)

[PLAYING FOR KEEPS](#)

THE GUARDIANS

[MARKED](#)

[CHOSEN](#)

[TEMPTED](#)

WHIMSICAL NOVELS OF YOUNG LOVE

[SWEET ENDEAVORS](#)

[UNRAVELED](#)

[PROJECT DADDY](#)

For a complete booklist, check out [Kathia's site](#).

PARA SABER MÁS ACERCA DE KATE...

Visita las páginas:



SOÑARTE A TI

UNA NOVELA DE LAUREL HEIGHTS LIBRO 5

KATE PERRY

Traducido por
GUSTAVO VÁZQUEZ LOZANO

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Epílogo](#)

[El estante de Kate](#)

[Looking for a series to binge?](#)

[Something mystical to go with your romance?](#)

[Looking for something new?](#)

[About Kathia](#)

[Don't forget to sign up for the newsletter!](#)

© 2015 Kathia Zolfaghari

ISBN: 978-1-944560-45-4

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier similitud con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

www.kathiaherself.com

SOÑARTE A TI

CAPÍTULO UNO

MIENTRAS CONTEMPLABA ENSIMISMADA el techo de la oficina de su agente literario, Lola maldijo a su madre por haberla llamado Lola Carmichael.

¿En qué había pensado? Quizás todas esas hormonas del embarazo habían atontado a la mujer. Obviamente ella no había previsto que un nombre como Lola Carmichael iba a limitar gravemente el abanico de opciones profesionales de la muchacha. ¿Una contadora de nombre Lola? Claro que no. Encima de todo, era idéntica a una muñeca Barbie. Desde que nació sólo tuvo dos opciones: ser una bailarina exótica o ponerse a escribir novelas de amor.

Adivinen en qué se convirtió.

Lola se estiró en el sillón hasta que su trasero sintió el borde y su cabeza se apoyaba en el respaldo. Suspiró y se puso a contar las grietas que había en el techo, mientras esperaba.

Contó veintitrés hasta que se perdió.

—Con todo el dinero que ganas conmigo, ¿no puedes arreglar el techo, Paul?

Su representante no le hizo caso, toda su atención estaba puesta en el manuscrito.

Ella lo analizó mientras él leía. Paul Jennings era un agente que no parecía dedicarse a lo que hacía. Si ella hubiera creado un personaje basado en él, sería un ex sargento de la naval; un tipazo que se compraba trajes finos, camisas con puño estilo francés y corbatas de seda.

Su oficina era como él. Sencilla y con colores opacos, pero en conjunto se veía impecable y sofisticada.

La mano manicurada cambió de página. Lola se preguntó qué le habría parecido la novela.

No tuvo que esperar mucho. Paul dejó el manuscrito y la miró con ojos oscuros y penetrantes.

Dado que él no parecía tener ánimo de hablar, ella se aventuró a hacer el primer comentario.

—Es prometedora, ¿no?

—Es una mierda.

—No te apenes. Dime las cosas como son.

Paul se recargó en su silla y cruzó los brazos sobre su generoso pecho.

—Lola, en seis semanas debes entregar la novela, acabas de darme tres de los peores capítulos que has escrito en tu vida. Tu primera novela fue mejor que esto.

—No son *tan* malos.

—Lola, esto es pura mierda —repitió enfáticamente.

—Necesita un poco de edición pero...

Él escogió una página y leyó en voz alta: "*Todos los hombres eran unos idiotas. Al menos el suyo era guapo, aunque tuviera un mentón débil*".

—El héroe debe tener sus flaquezas —dijo Lola encogiéndose de hombros.

—Este héroe tiene más que flaquezas. —Agarró las páginas y las tiró al bote de basura—. Este héroe es un imbécil.

—Lo hice de carne y hueso —dijo ella sacando las páginas de la papelería y metiéndolas en su bolsa para trabajar después en ellas.

Paul suspiró y se pasó la mano por la cara.

—¿No crees que ya deberías superar lo de Kevin?

—Esto no tiene nada que ver con Kevin. —Automáticamente se endureció.

—Claro que sí. Estás haciendo quedar como un estúpido a tu protagonista porque un hombre te lastimó.

—Él no me lastimó.

Paul arqueó una ceja.

La había humillado, sí. Lastimado, de ninguna manera. Una mujer tenía que querer a un hombre para que la lastimara, y a Lola no le importaba Kevin. Pensándolo bien, nunca lo había amado.

—No me lastimó.

Paul no parecía creerle, pero no le discutió. Decidió mejor ponerse en modo empresarial.

—El caso es que en seis semanas tienes que entregar el libro y nada de lo que me has mostrado va a aceptarlo el editor. A menos que quieras acabar con tu carrera después de todo lo que has logrado. Te sugiero que te pongas a trabajar y produzcas una novela de amor como las que te han hecho famosa.

Ése era el problema. Ella escribía sus historias basándose en historias de la vida real con final feliz. Su primer libro había sido un velado recuento del noviazgo de sus padres, y cada historia que había escrito a partir de entonces había estado inspirada en amores de la vida real.

Este siguiente libro se suponía que iba a contar su historia.

Pero entonces Kevin la había mandado al diablo.

No era precisamente la mejor historia de amor del mundo.

¿Pero qué otra cosa podría hacer? ¿Borrarlo todo y comenzar de nuevo? Ahora no tenía otro romance que contar. Y, francamente, era una locura comenzar otra vez cuando la fecha de entrega estaba a sólo seis semanas. Si tan sólo pudiera dar con el final, entonces arreglaría el principio.

En teoría.

Sabiendo que Paul esperaba una respuesta, asintió con la cabeza.

—Lo tengo todo bajo control.

Él no parecía creerle.

—Quiero que vuelva Lola Carmichael. Eso es lo que la gente quiere cuando compra tus libros. Dales a la autora que ocupa el octavo lugar en la lista de best-sellers del *New York Times*.

—Claro, qué fácil—. Y hablando de tu best-seller más reciente... —Paul tomó uno de las de las carpetas perfectamente ordenadas al fondo del cajón de su escritorio y la abrió—. Tu publicista te programó una presentación en *Noche de Damas* este viernes a las ocho. Van a estrenar el programa con tu entrevista. Les dio mucho gusto que aceptaras.

—Súper —dijo Lola sin mucho entusiasmo mientras tomaba las hojas con la información—. ¿De qué se supone que debo hablar?

Él la miró con cara de circunstancias.

—De tus libros, Lola. Del romance, del amor y de lo que el público te pida.

—Yo no sirvo para eso —dijo haciendo una mueca.

—Escribes novelas de amor. Sirves para eso y más. —Una persona que sabe del amor, nunca

se hubiera imaginado que un hombre le iba a proponer matrimonio cuando en el fondo se estaba preparando para dejarla—. También tienes programada una firma de libros en ese café librería, como tú lo solicitaste, el Café Sabio, y otras firmas más en el área de la Bahía. —Paul le entregó otra hoja.

—Está bien. —El Café Sabio era de su amiga Eve. Lola odiaba las firmas de libros, pero si de paso podía ayudar a una amiga, con gusto lo haría.

Paul la señaló con el dedo.

—No dejes que los eventos promocionales sean un obstáculo para que sigas escribiendo. Están esperando otro best-seller, Lola.

—A la orden, capitán. —Se levantó y lo saludó. Y es que sí quería hacerlo. Nada más que no sabía cómo.

Paul meneó la cabeza.

—Tonta. Sal de mi oficina. —El hombre se inclinó sobre su escritorio y se puso a trabajar antes de que ella cerrara la puerta.

Mary, su asistente, la vio.

—No te ves tan mal.

—Nunca me deja marcas visibles —dijo Lola al salir. Palpó su bolsa para estar segura de que había guardado los capítulos, pidió un taxi y se dirigió del centro hacia Laurel Heights, donde vivía.

Al principio no le había fascinado la idea de mudarse a Laurel Heights. No era el tipo de barrios que le encantara. Ella hubiera preferido un vecindario más jovial y bohemio, como Nopa o la Misión, pero Laurel Heights había sido lo más práctico. Había tenido la suerte de conocer a gente fabulosa como Eve y Gwen, la chica que tenía la tienda de artesanías en el piso de abajo. También estaba Olivia, y mucha otra gente que le había otorgado una cálida bienvenida.

El taxista la dejó justamente enfrente del domicilio que ella le había indicado. Una buena propina y una sonrisa después, Lola se había apeado para entrar al asilo Nuevo amanecer.

El olor a desinfectante y a ancianos le llegó de golpe cuando cruzó la puerta. Debía haberse acostumbrado a ese aroma —durante un año había visitado el lugar tres veces a la semana—, pero todavía la perturbaba. Era el olor de la tristeza, la desesperanza y la muerte; por eso, siempre le provocaba lágrimas en los ojos.

Ahí vivía su madre.

Cuando llegó a su piso, se secó las lágrimas y recuperó la sonrisa. Se detuvo en el mostrador de enfermería para tomar un respiro antes de entrar.

Letty, la enfermera del turno de día, la vio con cara de culpabilidad al levantar la mirada del libro que tenía en las manos.

—Tú tienes la culpa —le dijo, mostrándole la novela.

—Tengo entendido que la autora escribe buenas escenas de sexo.

—Es lo que dice mi esposo. —La enfermera se acercó y susurró—: Anoche le leí la página ciento veintiséis en voz alta. Se inspiró como *no tienes idea*. Gracias, Lola.

—Te traeré otro libro cuando termines ése. —Le dio unas palmadas a Letty en el brazo.

—Demasiado tarde. Ya pedí todos los que has escrito. —La enfermera se puso seria—. Sally no se siente bien hoy.

—¿Peor de lo normal? —Lola preguntó con cautela. Toda frivolidad se esfumó.

—No es sólo la demencia. Está congestionada. Al doctor le preocupaba que pudiera desarrollar una neumonía, así que le puso un inhalador. —La cara de Letty estaba llena de compasión—. Sólo quería que lo supieras.

—Gracias. —Se dio la vuelta y se dirigió a la habitación de su madre, respiró profundamente y abrió la puerta con una gran sonrisa—. ¡Hola, mamá!

Sally Carmichael volteó a verla desde su lugar junto a la ventana, donde tejía. Se veía pálida y cansada, no llena de color como siempre. Su frente estaba atravesada por surcos de confusión.

—¿Eres la nueva muchacha de la limpieza?

A Lola se le desbarató el corazón y el dolor la laceró por dentro. Ella sabía que su mamá no tenía la culpa —la demencia es un enfermedad muy cruel—, pero la niña que aún llevaba dentro se llenaba de tristeza cada vez que su mamá no la reconocía.

Lola reafirmó su sonrisa y le dijo:

—Soy yo, Lola. Vengo a leerte una historia.

Jaló una silla, se sentó y sacó las páginas de su bolsa.

Su mamá vio las hojas y de nuevo mostró curiosidad.

—Ah. ¿Es una historia de amor?

—Sí, soy especialista en historias de amor.

—Son mis favoritas —dijo su mamá haciendo a un lado el tejido.

—Lo sé —dijo Lola tiernamente. Carraspeó y comenzó a leer—. *"Louise lo conoció en una fiesta a la que no quería ir. Lo primero que pensó cuando vio a Calvin es que estaba más peludo que una chinchilla"*.

Lola siguió leyendo, sintiendo que se moría por dentro mientras recreaba la historia de cómo había conocido a Kevin, diciéndose a sí misma que sólo era un cuento. Louise y Calvin no existían.

Lola y Kevin tampoco.

Leyó la última parte y puso las páginas a un lado.

—Me encanta Louise —declaró su mamá—. Es una chica maravillosa.

A Lola se le derritió el corazón.

—Gracias.

—Pero ese Calvin. —Sally meneó la cabeza—. No me da confianza. Parece que es como...

¿Un idiota egoísta?

—¿Cómo qué?

—No le conviene a Louise.

Lola frunció el ceño y vio las páginas.

—Parecía bueno al principio.

—Quizás. —Sally tenía sus dudas, pero luego recapacitó—. Aunque la historia apenas comienza, así que tal vez madure y al final se gane a la muchacha. Tal vez su mentón se ponga más fuerte.

Eso era poco probable.

—Veré qué puedo hacer con él.

—Muy bien. Louise es una chica encantadora. Merece el amor de un gran hombre.

Lola tragó saliva.

—El fin de semana tendré más noticias de ellos.

—¿Qué día es? Creo que debo llevar a mi esposo con el doctor. —El rostro de su mamá se llenó de pánico y luego se quedó en blanco, y eso era lo que Lola más detestaba.

Se levantó y le dio a su mamá un beso en la mejilla, uno pequeño, para no alterarse. Sally todavía tenía el aroma de mamá, aunque ella no recordara quién era.

—Te veré más tarde —dijo Lola, lo más alegre que pudo.

Pero su madre se quedó ahí sentada, ajena a la realidad. Perdida.

Lola la observó un momento antes de salir en silencio. Se limpió las lágrimas y se retiró del lugar. Al diablo con las ventas y las listas de best-sellers. Ella tenía que escribir un romance fuera de serie para su madre.

CAPÍTULO DOS

SAM PEGÓ la frente sobre la fría superficie de su escritorio, con las manos cruzadas sobre la nuca para evitar que su cabeza explotara.

Demasiado tequila la noche anterior. Debió tomar menos. Ya tenía treinta y cuatro años; suficiente edad para saber que el tequila lo ponía mal.

Anoche, con Amanda: el ejemplo era claro.

Al menos no se había acostado con ella. El poco sentido común que le quedaba evitó que cometiera ese error. Meneó la cabeza y luego gimió, y se detuvo para no echar los sesos por la boca encima del escritorio.

Y no es que tuviera muchos sesos, según él mismo consideraba. La evidencia se acumulaba en su contra:

- A los veintidós años, sin querer había embarazado a su novia Chelsea, la misma noche en que había firmado su primer contrato en el fútbol profesional.
- Se había casado con Chelsea, porque se suponía que era lo que un hombre debía hacer, y a los pocos meses había nacido Madison.
- A los veintitrés años había arruinado su promisorio futuro como futbolista fracturándose la rodilla mientras esquiaba.

El matrimonio había sido... bastante malo. Quien dijo que era mejor amar y haber perdido, seguramente fue un burro.

Él tenía una idea de lo que era el amor, y había tratado de vivirlo con Chelsea. Había sido inútil. Ella amaba al futbolista estrella en potencia más que a él. Cuando él arruinó su carrera, también había perdido su afecto.

Afortunadamente, el horror había terminado hacía ya tres años. Madison era lo único bueno que había resultado de todo aquello; lo único bueno que había en su vida.

Desafortunadamente, Chelsea sabía lo que él sentía, y siempre lo molestaba. Como ayer, cuando se suponía que debía haber llevado a su hija de paseo por su cumpleaños. Pero Chelsea había decidido que no era conveniente.

No salir con Madison le había partido el corazón, especialmente porque se trataba de su cumpleaños. Especialmente porque se lo había prometido.

La puerta de su oficina rechinó como si fuera una cripta.

—Vete —saludó sin ver.

Algo cayó sobre su escritorio.

—Taylor —dijo una cruel voz femenina.

Justo cuando creía que su vida no podría empeorar.

Claro, este lío con Jennifer también era culpa suya. El producto de otra decisión terriblemente equivocada. No puedes meterte con la jefa.

Pero él sí lo había hecho.

—Tómame el café —ordenó la mujer.

Algo caliente tocó su brazo. Sam alzó la cabeza y vio una taza.

—¿Está envenenado?

—Matarte sería muy poco. No pienso ponértela tan fácil.

—Te creo. —Se enderezó cautelosamente y le dio un sorbo a la bebida. Estaba tibia y eso lo reconfortó; por un instante se sintió increíblemente agradecido con Jennifer.

Luego ella abrió la boca.

—¿Cómo se llamó la chica de anoche? ¿Mónica? ¿Jessica?

La voz de Jennifer tenía algo que hacía que su cabeza vibrara más fuerte. Pero él no podría culparla; él se había portado como un imbécil. No le había prometido nada, pero debió haber sabido hasta dónde llevar las cosas con una mujer como ella. Jennifer quería flores y velas, y a él ya no le interesaban esos líos.

La única razón por la que se había involucrado con ella es porque esa noche también había bebido demasiado tequila, y Jennifer había sido amable y lo había escuchado. Era cálida al tacto y había pasado mucho tiempo desde que alguien se había mostrado cariñosa con él y...

—¿Entonces? —insistió su jefa con malicia, recargándose en el filo de su escritorio.

—Estuve solo con Don Julio —le respondió con voz ronca.

—Obviamente no te llevas bien con él. —Lo barrió con la mirada como si fuera una piltrafa —. Eres patético —declaró finalmente.

Eso era verdad. Tenía treinta y cuatro años, un matrimonio fallido y una hija de once años a la que sólo podía ver cuando su ex se sentía benevolente. Al menos su carrera iba por buen camino.

—He decidido cambiar tu programación —dijo Jennifer.

Él se enderezó tan abruptamente como su jaqueca se lo permitió.

—¿Qué?

—Voy a cambiarte el horario y tus programas.

Por un segundo no pudo decir nada, se sentía tan falto de equilibrio.

—¿Por qué? Tengo muy buen índice de audiencia. La gerencia no lo permitirá.

—Ya lo aprobó. Tenemos que mejorar el *rating* en otro de los segmentos. Le aseguré a la dirección que tú eras el hombre indicado para eso.

—¿Cual segmento?

—La Hora del Amor.

—No. —Azotó la taza contra el escritorio sin importarle que el café caliente se derramara sobre su mano.

—Sí. —La sonrisa en el rostro de Jennifer estaba hecha de maldad pura—. A partir de la noche del viernes, Taylor, el “Golazo”, se volverá tierno y sentimental.

Él la miró fijamente esperando que le dijera que todo era una broma. Sabía que lo tenía bien merecido por haberla tratado así. Sin embargo... se trataba de su carrera. Era lo único que lo mantenía conectado al fútbol. Era la forma en la que podía darle a Madison todo lo que necesitaba; incluso le pagaba la terapia para que no tuviera secuelas emocionales a raíz del divorcio.

—Sé que no me porté bien contigo, Jennifer...

—Fuiste un infeliz —corrigió suavemente.

—Fui un infeliz —asintió con la cabeza—. Un grandísimo infeliz. Pero estamos hablando de mi profesión. No puedo cambiar todo y empezar a hablar de, ¿qué cosa? ¿Relaciones de pareja?

—Por supuesto que no puedes. Tú no sabes lo que es una *relación de pareja*.

—Okey. —Se tranquilizó—. Entonces estamos de acuerdo.

—Pero *de todos modos* vas a ser el conductor de *Noche de Damas*, nuestro nuevo segmento dedicado al amor y al romance. —Su sonrisa estaba llena de satisfacción—. Le dije a la gerencia que eres perfecto para esto, con eso de que tienes mucha experiencia con las mujeres.

—Eres una mujer malvada.

—Lo sé —respondió triunfalmente, meciendo las piernas.

—¿Por qué haces esto?

—Porque me gusta verte sufrir.

Él sabía que ella se había molestado cuando no quiso verla después de la noche que habían pasado juntos, pero nunca imaginó que estuviera tan lastimada. En parte, él aceptaba que lo castigara así. Se lo merecía.

—No quise tratarte mal, Jennifer. Siento mucho que lo hayas tomado así.

Toda la tensión desapareció y Sam pudo ver lo hermosa que era la mujer con la que había pasado una noche.

—Lo sé, Sam.

—¿Entonces por qué haces esto?

—Para salvarte de ti mismo. Para enseñarte lo que es el amor.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Por qué te preocupa? No tiene sentido.

—Porque debajo de tu fachada de macho arrogante, hay un buen hombre y creo que él merece una oportunidad. —Jennifer se encogió de hombros—. Quizás me recuerdas a alguien. Quizás no quiero que lastimes a otra mujer. Quizás a mi papá lo acabó el alcohol. Quizás es una combinación de todo eso.

—Estás loca.

—Quizás en parte también sea eso.

—No aprenderé nada del amor con un programa de radio —meneó la cabeza.

—Tienes que hacerlo, porque no dejaré que vuelvas a tu segmento de deportes hasta que lo hagas. —Dio un brinco para bajarse del escritorio. El tronido de sus tacones contra el piso sonó como la bomba que acabaría con su carrera.

—¿Y si renuncio? —gritó Sam.

Ella miró por encima de su hombro al abrir la puerta.

—No puedes renunciar. Tú nos perteneces. Todavía le quedan tres años a tu contrato. Además, ¿a dónde irías si cancelamos tu contrato? ¿A Nueva York? ¿Chicago? Las únicas estaciones que podrían pagarte lo que tú quieres están en las grandes ciudades, y sabemos los motivos que tienes para seguir viviendo en San Francisco. —Estar cerca de Madison. Vio a Jennifer con odio. Ella tuvo la suficiente delicadeza para reflejar un poco de remordimiento—. Es por tu bien, Sam. Ya lo verás. Empiezas el viernes. Tu primera invitada es una escritora de la ciudad. Lola Carmichael. Escribe novelas de amor.

—¿Novelas de am...?

Pero Jennifer ya se había ido antes de que pudiera terminar la oración.

Con las manos apoyadas en las sienes, se recargó en la silla y trató de poner las cosas en orden dentro de su confundida cabeza.

El varonil Golazo Taylor ahora sería el conductor de un segmento amoroso llamado *Noche*

de Damas, hasta que su jefa decidiera que era capaz de amar nuevamente. Y él no podía hacer nada al respecto.

Vaya enredo.

Sólo estaba seguro de algo: no volvería a invitar nunca más a Don Julio.

CAPÍTULO TRES

ÉL ENTRÓ al Café Sabio exactamente a las 6:15 AM, como todas las mañanas.

Y como cada mañana de las últimas semanas, desde que ella había empezado a trabajar ahí, en cuanto Kristin lo vio dirigirse al mostrador —hacia *ella*—, su voz interna murmuró: *Lo quiero*. Su corazón latió más fuerte, sus dedos temblaron, y algo muy dentro de su ser se llenó de emoción. Se paró erguida y alerta, sonriendo, aunque no era precisamente una persona que se sintiera bien por las mañanas.

Era tan extraño, porque él no era su tipo. Por lo general le atraían los intelectuales con computadoras y aparatejos, chicos bonitos con jeans ajustados.

Este hombre no se parecía a ninguno de los que había conocido. No tenía una belleza clásica, pero era varonil, y eso le atraía. Irradiaba sexualidad y ella quería que él le irradiara todo ese sexo por el cuerpo.

Si tan sólo supiera su nombre. Lo había visto todas las mañanas mientras trabajaba, pero no había encontrado la manera de presentarse.

—Hola —lo recibió antes de que llegara al mostrador—. ¿Lo de siempre? ¿Café y una galleta, para llevar?

—Sí, por favor —respondió él, sacando la cartera del bolsillo.

Su voz ronca siempre le provocaba escalofríos. Ella lo vio, observó sus manos fuertes que parecían capaces de *todo*, y suspiró. Él siempre vestía impecablemente, con un traje que le quedaba de maravilla. Todo en él era pulcro e intencionado, desde la punta de su bien recortada cabellera hasta sus zapatos lustrosos. Y siempre veía a la gente como si fuera capaz de ver hasta el fondo de su alma.

Ella no quería que sólo la viera por dentro. Quería que estuviera dentro.

Sus partes femeninas temblaron.

Por qué la excitaba tanto, no tenía idea. Pero sabía que era el hombre que podía darle lo que más quería en el mundo: un bebé. Ella sentía cómo sus envejecidos óvulos la vitoreaban.

Primero, su nombre. Después, le pediría que le donara su esperma.

—¿Y mi café? —preguntó, acercándole más el dinero.

—¿No me prefieres a mí?

—¿Perdón? —frunció el ceño.

Ella sonrió radiante, reprendiéndose mentalmente mientras le daba el cambio.

—Tu café, por supuesto.

Sabiendo que él siempre traía prisa, le preparó el café y se lo entregó.

—Gracias —dijo él. Uno puede saber mucho de las personas viendo cómo tratan a quienes les dan algún servicio, y él siempre era amable y respetuoso.

A ella le gustaba eso. Él le encantaba. Recargó la cadera en el mostrador.

—Sabes, vienes todas las mañanas y todavía no sé cómo te llamas.

—Robert Cray. Rob.

Hasta su nombre la excitaba.

—Soy Kristin —dijo ella, extendiendo la mano.

Su palma se deslizó en la de Kristin, una marejada eléctrica de sensaciones. Lo acercó hacia ella. ¿Qué haría si lo besara ahí mismo?

Pensaría que estaba loca, considerando cómo la estaba viendo ahora. Kristin sonrió y lo soltó.

—Es un placer conocerte, Rob.

Él la miró extrañado. Luego asintió con la cabeza y se fue.

Ella suspiró de nuevo, viéndolo partir. Lo deseaba.

Deseaba su esperma.

—Estás babeando —dijo Eve, que salía de la trastienda con una charola de panecillos calientes.

—No puedo evitarlo. Aquí a uno se le hace agua la boca.

Eve rio mientras dejaba la charola a un lado.

—A mí me pasó lo mismo con Treat. Todas las mañanas él pedía un mocha, y yo quería que ponerme en la charola en lugar del café.

Kristin se asomó por la ventana, hacia la calle por donde Rob había desaparecido. En ese instante decidió que se le iba a ofrecer. Después de todo, no había conseguido nada en la vida siendo tímida.

—Y ahora te casarás en unas semanas.

—Va a ser el acontecimiento del año. —Eve sonrió felizmente.

—Lo sé. Ya vi tu lista de invitados. —Incluso a ella la habían invitado, aunque tenían poco tiempo de conocerse.

—Quisimos incluir a todos. Sólo te casas una vez. Al menos, eso es lo que pretendemos.

—Tú y Treat estarán juntos por siempre, no tengo la menor duda —dijo Kristin, muy segura de sus palabras. La única otra pareja unida que había conocido eran sus padres.

Siempre pensó que sus padres eran una anomalía, y todas sus relaciones previas sólo habían reforzado esa idea; por eso había renunciado a la idea de formar una pareja y sólo quería tener un hijo. Pero ahora, al ver a Eve, se preguntó...

Pensó en Robert Cray y trató de imaginarse a su lado. No fue difícil. Incluía mucho sexo.

Y cosas peores.

Lo único cierto es que ella había tomado una buena decisión al empezar a trabajar en ese lugar. Tenía que salir más y conocer gente; hombres, específicamente. Quedarse en casa a jugar con sus computadoras no le permitiría embarazarse. Laurel Heights le pareció un buen barrio para conocer hombres inteligentes y exitosos.

—Sabía que trabajar aquí sería una buena decisión para mí.

—Me da gusto tenerte a bordo. —Su jefa le apretó el brazo—. También quiero contratar a alguien más, así que si tienes amigos que quieran un empleo, dímelo.

Ella rio de imaginarse preguntándole a la mesa directiva de Aspire si no querían preparar cafés y servir galletas. Si tan sólo supieran que su ex directora general y fundadora ahora hacía precisamente eso, les hubiera dado un ataque de pánico, y se hubieran preguntado si sus acciones se estaban devaluando en la bolsa de valores.

Nada de eso. La empresa estaba en su mejor momento. Ya no trabajaba con ellos, bajo ninguna modalidad, pero como aún tenía muchas acciones en Aspire, estaba al pendiente del

desarrollo de la empresa.

Aunque no necesitaba hacer eso; tenía todo el dinero del mundo. Pero siendo tan rica, no tenía lo que realmente quería.

—Lláname si necesitas ayuda —dijo Eve mientras regresaba a la cocina.

Kristin gesticuló con una mano y recibió a otro cliente con una sonrisa. Platicó cordialmente con la mujer mientras preparaba su latte, con leche descremada y jarabe de vainilla.

Estaba muy contenta de trabajar en el Café Sabio. Los clientes eran gentiles, apreciaba mucho a Eve, y las amigas de Eve ya la habían sumado a su grupo. Sentía que pertenecía ahí. En Aspire siempre había sido la directora. Aquí, era una de las chicas.

Eso le gustaba. No se había sentido así desde el bachillerato. Ya tenía treinta y ocho años.

Eso significaba que no le quedaba mucho tiempo para tener un hijo. Tenía que hacer lo que fuera. Sin limitaciones. Pero *ella* quería ser quien escogiera al padre de su hijo. En persona, no por catálogo. Quería sentirlo y conocerlo para asegurarse de que fuera inteligente y amable.

Rob Cray era el indicado.

Era su culpa haber llegado a tal punto de desesperación. Desde que dejara la universidad, se había involucrado en la creación y el desarrollo de Aspire, una empresa muy reconocida por sus diseños web. Ahora Aspire tenía oficinas en todo el mundo y era considerada la mejor en su ramo.

Pero el precio había sido muy alto. Cuando tenía veinte años, su reloj biológico empezó a correr. En vez de buscar una pareja, hizo caso omiso a su reloj que tanto le indicaba la necesidad de tener un hombre a su lado.

Ahora el reloj se había convertido en una bomba a punto de estallar.

Era totalmente ilógico; se sentía impulsada por una necesidad tan profunda y elemental que, aunque no la comprendía, no podía cuestionarla.

En su entorno laboral ninguna mujer quería ser mamá. A ella la habían preparado para trabajar duro y para ser una empresaria que, golpe tras golpe sobre el teclado de una computadora, algún día dominaría al mundo. Pero ya no quería eso. Su corazón le había dicho que era el momento de asumir otro reto, convertirse en madre.

Sería su obra maestra. Ella lo lograría.

Sólo tenía que embarazarse. Pero con ayuda de Rob Cray, si es que alguien quería saber su opinión.

CAPÍTULO CUATRO

JENNIFER ENTRÓ a la cabina de sonido, dando el aspecto del gato que se había comido al canario.

—¿Estás listo para *Noche de Damas*, Taylor?

Sólo porque Sam sabía que él solito se había metido en este lío, no le dijo que se metiera su programa por donde pudiera. En vez de eso la miró y repasó el guion una vez más. La protagonista de la noche sería Lola Carmichael, escritora de novelas de amor.

Qué cursi.

Jennifer le dio un golpe en el hombro.

—No lo echas todo a perder, Taylor, o nunca volverás a hablar de deportes.

—Amo tus incentivos —le dijo él cuando salió.

Si tan sólo pudiera enojarse con ella. El problema es que todo esto era su culpa, así que él era el depositario de su propia ira.

Su celular sonó. Lo sacó del bolsillo y contestó la llamada cuando vio que era Madison.

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás?

—Bien, nada más llamo para desearte suerte con tu nuevo programa.

Su corazón se expandió. Ella le provocaba eso constantemente, desde que el día en que había nacido.

—Gracias. Pero no puedes oírlo.

—Claro que puedo. —Madison bajó la voz—: Steven está de visita, así que ella no se dará cuenta.

Steven era el nuevo novio de Chelsea. Francamente, a Sam no le importaba lo que hiciera su ex esposa, excepto si lo hacía delante de su hija. El tipo era amable, pero le hubiera gustado que Chelsea fuera más discreta cuando Madison estuviera presente. De por sí Madison era precoz.

—¿Estás en tu cuarto?

—¿Pues dónde más? —Hubo una pausa, y él la visualizó torciendo los ojos—. He estado pensando en tu nuevo programa.

—Ojalá no lo hicieras.

—Tengo que hacerlo. Eres mi papá. Además, creo que es bueno para ti.

—Tú crees eso —dijo él parcamente.

—Pues, sí. Para que descubras tu lado femenino. Te quiero mucho, pero nada más hablas de fútbol y de cosas que les gustan a los hombres.

—¿Has estado viendo *Oprah*?

—Ay, papito —rio la niña—, a veces eran tan anticuado.

Tal vez no fuera un cumplido, pero a él le encantaba oírla reír. Su risa era el mejor sonido del

mundo.

—Quiero que seas feliz, papito.

Él cerró los ojos y respiró. Siempre le provocaba eso; le hacía sentir una gran emoción en medio del pecho.

—Estoy feliz, no te preocupes por mí, mi amor.

—No puedo evitarlo.

Era en estos momentos cuando pensaba que el divorcio la había hecho madurar muy rápido. A veces ella parecía más madura que él. Se suponía que los niños no deben preocuparse por los padres, ¿cierto? Pero, ¿cómo podría él saber lo que era normal para un niño?

—Ahí viene mamá —dijo ella de pronto.

—Ve con ella. Te amo, Madison.

—¡Yo también, papito! —Y la conversación terminó.

Asunto decidido. Tenía que hacer su trabajo, aunque eso significara oír mujeres enamoradas toda la semana. Guardó su teléfono en el bolsillo y estudió las indicaciones del programa.

La puerta de la cabina de sonido se abrió y una rubia con grandes ojos azules metió la cabeza. Él no podía ver más abajo de los hombros de la mujer, pero todo lo demás lucía *muy bien*.

—Perdón, ¿aquí es *Noche de Damas*? —preguntó ella.

¿El resto de su cuerpo sería tan sexy como su voz? Él se enderezó, atento.

—Sí. Soy el anfitrión.

—¿Tú? —Lo miró de pies a cabeza.

¿Y eso? Él frunció el ceño.

—¿Qué tengo de malo?

—No tienes nada de malo. Si quisiera encontrar a alguien que golpeará a mi ex-novio, te llamaría a ti.

Eso debió de ser un cumplido, pero viniendo de aquellos labios arqueados, sonaba más a una bofetada. Lo cual constituía una gran decepción, porque a él realmente le había gustado la chica.

—Yo pensé que Sam Taylor era mujer —dijo ella.

—Soy completamente hombre, preciosa.

—Sí, lo veo. —Ella lo miró otra vez de arriba abajo, una evaluación abierta que hubiera hecho sonrojar a un hombre más inseguro.

Okey, ella tampoco era inmune a él. Eso era bueno.

Aunque él no sabía por qué era bueno. A él no debía importarle de todos modos. Si este lío con Jennifer le había enseñado algo, era a mantenerse lejos de las mujeres.

Tuvo el presentimiento de que iba a ser difícil tener a esta rubia al lado.

—Mira, tengo gente que entretener, si me dices a quién buscas te ayudaré a encontrarlo.

—Te estoy buscando a ti —dijo ella y entró a la cabina.

Él tenía razón: era una mujer *muy atractiva*. Alta, curvilínea en todos los puntos correctos y más que eso. Vestía jeans blancos, una blusa roja y tacones que afilaban sus piernas de por sí imposiblemente largas.

Era el tipo de piernas que los hombres se imaginaban enredadas en su cintura.

Sam movió la lengua dentro de su boca para no tragársela.

Como si ella le hubiera leído la mente, soltó un suspiro. Sonó más a un suspiro de exasperación que de sentirse adulada. ¿Y por qué no? Era una de esas mujeres hermosas que probablemente estaba acostumbrada a ver babear a los hombres.

A él no le gustaba esa idea. Luego ella lo sorprendió:

—Soy Lola Carmichael, tu invitada.

—¿La escritora de novelas de amor?

—Obviamente. —Torció los ojos.

Él sonrió; le agradaba su carácter. Por primera vez en todo el día sintió un hálito de esperanza. Quizás este programa terminaría siendo más divertido de lo que había pensado. Le señaló una silla que estaba enfrente.

—Por favor, siéntate.

Ella arqueó la ceja ante la gentil petición. Él esperaba una reacción sarcástica, pero lo sorprendió de nuevo al sentarse, con toda propiedad. Lola revisó el estudio de sonido.

—¿Y yo qué haré?

Él resumió las cosas; le indicó dónde estaba su micrófono y le explicó que le haría unas cuantas preguntas y luego tomarían llamadas del auditorio. Él esperaba que ella no se diera cuenta de que su aroma a jabón perfumado hacía que él sintiera ganas hundir la cara en aquella piel e inhalarla. Tampoco quería que viera cómo se convertía en un completo idiota cada vez que ella fijaba sus ojos azules en él.

Tocaron la puerta. Al abrirla, apareció de nuevo Jennifer con una sonrisa triunfal.

—¿Listos?

—Ella es Jennifer Simmons, la directora de programación —explicó Sam, excluyendo algunos de los adjetivos que le había puesto a lo largo de la semana—. Jennifer, te presento a Lola Carmichael.

Jennifer entró y saludó a Lola de mano.

—Lola, soy una gran admiradora de tus libros. Me encantó el final de *Una y Otra Vez*, cuando Jesse secuestró a Sarah y la tuvo de rehén, hasta que la convenció de que realmente la amaba.

¿En serio? ¿La brava Jennifer, con sus trajes conservadores, leía novelas de amor? Sam meneó la cabeza, no porque no le creyera, sino porque no lo sabía, y él había estado con esa mujer. Ella tenía razón; de verdad era un idiota.

Lola sonrió cálidamente.

—Me encantó escribir esa escena. Lástima que los hombres de la vida real no sean como ellos, ¿verdad?

Las dos lo miraron como si algo le faltara. Él sabía que tenían razón, pero aun así...

—Oye. Ese comentario no me gustó para nada.

Jennifer hizo un sonido de burla, pero Lola no pudo ocultar su sonrisa.

—Los dejaré solos. —Jennifer lo vio con ojos de pistola—. No echas esto a perder.

—Gracias por tu apoyo —respondió.

Lola se recargó en su asiento, con los brazos cruzados.

—¿Ustedes eran novios?

—¿Por qué la pregunta?

—Porque ella está enojada contigo, y no precisamente por haberle ganado el último chocolate de la máquina expendedora.

Como si no se sintiera ya lo suficientemente mal.

—¿Cómo lo supiste?

—Construyo personajes. —Ella se encogió de hombros—. Algunas cosas son obvias. Por ejemplo, es obvio que eres el estereotipo del playboy.

—¿Y qué rayos quiere decir eso?

—Pasas de mujer en mujer sin que te importen sus sentimientos. Las haces sentir el centro de

tu universo, les haces creer que quieres estar con ellas para siempre, y luego las cortas y te vas.

Él no supo cómo reaccionar. ¿Debería estar indignado o avergonzado? Lo único cierto es que ella le había dado al clavo.

—¿Y aprendiste todo eso escribiendo novelas cursis?

—Mis novelas son *estupendas* —dijo con orgullo—. Tal vez no escriba novelas para consagrarme, pero la gente disfruta mis libros. Escribo para entretener a los demás, igual que Shakespeare.

—Una vez leí que puedes entrenar changos para que escriban como Shakespeare.

Sus impresionantes ojos se afilaron, y se inclinó hacia adelante.

—Eres un cretino.

—En treinta comenzamos —dijo. Se sentía lleno de energía y vivo, lo cual era impresionante luego de haber renegado toda la semana por tener que comenzar un nuevo programa. Se puso sus audífonos.

—Habla directo a tu micrófono, terminaremos pronto.

—Eso es lo que *ella* me dijo. —Lola acercó más su silla a la consola.

—Bienvenidos a *Noche de Damas* —logró decir sin atragantarse—. Soy su anfitrión, el Golazo Taylor...

—¿El Golazo? —repitió Lola sin poder creerlo. El detalle es que lo había dicho directo al micrófono, justo como él se lo había indicado. Él frunció el ceño—. Y estoy con Lola Carmichael, escritora de novelas hechas para desgarrar lencería, amiga de Fabio y nuestra invitada de esta noche.

—Muchas gracias, *Golazo*. —Le sacó la lengua.

Por favor, que Dios lo salvara de una mujer tan dominante y presumida.

—Así me decían en la universidad.

—Pero si eres el conductor de *Noche de Damas*, quizás deberías usar otro apodo. La palabra “golazo” da otra impresión. ¿O qué? ¿Logras meterlo mucho a la portería? —Se acercó al micrófono—. ¿Ustedes qué opinan chicas?

Él le retiró el micrófono.

—La idea es hablar de ti, señorita Carmichael, no de mí.

Ella recuperó el micrófono.

—Pero estoy segura de que tu audiencia también quiere conocerte. ¿No es éste tu primer programa?

—¿En *Noche de Damas*? Sí.

—Cuéntanos, ¿qué hace un macho como tú en un programa como éste? —Él tenía ganas de darle una buena sacudida; o tumbarla y besarla para que se callara. Antes de que pudiera responder, Lola se dirigió con voz ronca al micrófono y dijo—: Qué lástima que no puedan verlo, chicas. Es como el héroe de una de mis novelas. Alto y guapísimo. Su pelo está un poco despeinado y se ve sexy, sin estar desaliñado; aparte tiene esos hombros grandes y fuertes que a todas nos hacen suspirar con lujuria. —Él sólo quería que una mujer suspirara con lujuria, y estaba sentada ahí, en esa misma cabina—. También tiene una mandíbula poderosa. —Ella lo miró atentamente y luego meneó la cabeza—. Les digo, es una pena que esté en la radio.

—¿Y tú?

—¿Yo? —parpadeó, con sospecha.

—No te pareces en nada a las escritoras que he conocido.

—¿Y cuántas autoras de novelas de romance conoces?

De hecho, a ninguna.

—Danielle Steele vive en San Francisco. No te pareces a ella.

—Por supuesto que no. Ella podría ser mi madre. —Lola arrugó la nariz—. ¿Y cómo me veo?

Como el Cielo y el infierno a su medida.

—Como una bailarina, con plumas amarillas en el pelo y un escote que llega hasta ahí abajito.

Ella se acercó y lo amenazó con el dedo.

—No me cites a Barry Manilow.

Él sonrió, con ganas de poder encontrar esa canción, Copacabana, y tocarla en el programa.

—¿Lola Carmichael es tu verdadero nombre?

—Sí, Lola Carmichael es mi verdadero nombre.

Él se dio cuenta de que no le gustaba hablar del tema porque su mirada se enfrió y se calentó al mismo tiempo. Se sintió mal por haberle removido un mal recuerdo, así que decidió pasar a otro asunto.

—Cuéntanos sobre su último libro, *Aquí y para siempre*.

Por un momento pensó que no iba a responderle, pero entonces dijo:

—Es la historia de un hombre y una mujer que compiten por un nuevo puesto en su trabajo, y en ese proceso encuentran el amor.

Sam soltó la carcajada.

—¿Qué? —preguntó Lola, frunciendo el ceño.

—¿A quién le dieron el puesto?

—¿Eso qué importa?

—Ningún hombre se enamorará de una mujer que le gane el puesto.

Lola alzó su bella nariz.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Mejor córtale las pelotas. Pero dudo mucho que escribas sobre hombres reales.

—Sí, también sobre ellos.

—Seguro, mi cielo, como tú digas. Probablemente son de los que compran flores y chocolates para seducir a sus mujeres —dijo con tono de burla.

—¿Eso qué tiene de malo?

—Es una gran mentira —carraspeó y se hizo para atrás—; es *falso*, eso es. Le das a las mujeres una idea falsa de la realidad.

—Yo escribo sobre el romance y sobre el amor cuando es sincero. Eso es real.

—Claro. —Parecía como si ella quisiera saltar y estrangularlo, así que decidió concentrarse mejor en su micrófono—. Tomemos algunas llamadas y veamos lo que ustedes piensan. En la línea uno tenemos a Gina, de Berkeley. Hola, Gina.

—Hola Gina —hizo eco Lola, mirándolo con repudio.

—Lola, ay, Dios mío, no puedo creer que esté hablando contigo. Esto es increíble. He leído todos tus libros, y soy tu admiradora.

—Gina, obviamente tienes un excelente gusto.

Sam hubiera pensado que Lola hablaba en serio si no hubiera visto la sonrisa triste en su rostro, dirigida hacia ella misma.

—¿Cuándo saldrá tu siguiente libro, Lola? ¿Y quién será la protagonista? Espero que sea Louise —suspiró Gina—. He estado deseando toda mi vida que Louise encuentre su alma gemela.

—Igual que todas nosotras —murmuró Lola. Pero al micrófono dijo—: Esta vez la

protagonista será Louise, Gina. Creo que te va a gustar mucho la historia.

Sam frunció el ceño. Ella no parecía estar convencida de lo que decía. Quiso mencionarlo, pero casi parecía que Lola quería llorar. Por alguna razón, no tuvo corazón para hacerlo.

Después de todo, el Golazo Taylor no era tan agresivo.

—Gracias, Gina —dijo meneando la cabeza—. Nuestra siguiente llamada es de Jessica, de Walnut Creek. Bienvenida, Jessica.

—Lola, ¿Sam realmente es tan guapo como lo describiste?

Sonriendo sarcásticamente, Lola lo miró lentamente de pies a cabeza.

—Si te gustan los cavernícolas, él es tu tipo.

Jessica suspiró llena de lujuria.

—¿Sam, eres soltero? Porque creo que puedo cambiarte la vida.

—Gracias por llamar, Jessica —dijo rápidamente, mientras Lola reía—. Ahora tenemos a Mike, de San José. ¿Mike?

—Tenía que llamar, Gol —dijo la voz grave—. Oye, amigo, ¿por qué estás hablando de estas tonterías? ¿Cuándo vas a volver a hablar de temas realmente importantes?

—Muchas personas sí creen que el amor es importante, Mike —dijo Lola amablemente. Tanto él como Sam soltaron la carcajada. Lola advirtió con el dedo—: El amor es lo más importante que hay en este mundo. Por eso escribo novelas de romance, para darle a la gente una esperanza y recordarles que es posible encontrar la felicidad.

—Cariño, te estás haciendo rica con la gente vendiéndoles fantasías que no existen.

—¿Cómo te atreves? A mí no me importa el dinero. —Lola se enderezó, con las mejillas sonrojadas.

Sam se preguntó si ella se vería así cuando hacía el amor, pero no quería pensar en eso ahora. En absoluto. Cambió sus piernas de posición, tratando de distraer esa parte de su cuerpo que sí quería pensar en eso.

—Por supuesto que te interesa el dinero. No harías esto si no te dejara dinero.

—Sí lo haría.

Por alguna razón, él creyó que ella hablaba en serio.

—Entonces alucinas doblemente: engañas a la gente y te engañas a ti misma.

—Yo no le estoy mintiendo a nadie.

—¿No les dices mentiras sobre sus almas gemelas? —dijo, escupiendo las palabras.

—Las almas gemelas sí existen —insistió Lola—. Mis padres fueron almas gemelas.

—¿Tú tienes un alma gemela?

Ella retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.

Al instante él lamentó haber provocado tal dolor en su mirada. La disculpa estaba en la punta de su lengua cuando ella dijo:

—Es obvio que tu idea de un alma gemela es alguien que te lleva las pantuflas.

Su sentimiento de culpa se evaporó.

—No. Prefiero que me traiga una cerveza y el control remoto de la televisión.

Lola se acercó.

—¿Ya te dije que eres un cretino?

—Sí, y estoy seguro de que me lo dirás de nuevo.

La persona que estaba al teléfono carraspeó.

—Este, muchachos, ¿no es hora de que consigan una habitación?

—No —exclamaron los dos al mismo tiempo. Se aniquilaron con la mirada mientras él tomaba la siguiente llamada sin revisar la información.

—Hola. —Vio el identificador de llamadas—. ¿*Madison*?

—Hola, papi.

Lola giró en su silla con las cejas arqueadas, formando una interrogación.

Él meneó la cabeza.

—Madison, este programa no es para niños.

—Lo sé, pero tengo once años, así que ya sabes que voy a rebelarme. Además, tengo una pregunta para Lola.

Lola rio suavemente.

—Dime, Madison.

—¿Tus libros tienen mucho sexo?

Jesucristo. Sam gesticuló alocadamente con las manos frente a Lola.

Ella le guiñó un ojo diabólicamente y dijo:

—Sí, hay un poco de sexo en mis libros. Si tienes once años, no creo que sean adecuados para ti, pero tus padres deben decidir eso. ¿Te gusta leer?

—Sí. Leo todo tipo de cosas.

—Pero no estás leyendo los libros de Lola —intervino Sam.

Madison suspiró exasperadamente como sólo una niña de once años de edad es capaz de hacerlo.

—*Papi*.

—Buenas noches, mi amor. —Colgó meneando la cabeza. Dios, cuánto amaba a esa chiquilla, aun cuando lo retara de semejante forma.

Sam no quería llenarle la cabeza con tonterías sobre el amor y las almas gemelas. Se había esforzado mucho para que esa basura de las princesas de Disney no le llenara la cabeza. Quería que su hija fuera fuerte e independiente, no alguien que necesitara un príncipe azul o que creyera en cuentos de hadas.

Lola lo estaba observando. Él prácticamente podía ver los engranes dando vueltas en el interior de su cabeza.

Eso no le gustaba. Era como si ella pudiera medirlo; como si le adivinara el pensamiento, y él no quería que la Señora del Romance se metiera en su cabeza, así que dijo:

—¿De dónde nace tu inspiración? ¿En qué te basas para desarrollar tus personajes?

Ella torció los ojos, pero luego respondió con mucha gracia.

—Me baso en la gente que conozco.

—Esos hombres debiluchos que salen en tus novelas no existen —rio Sam.

—¿Has leído mis novelas?

—Lo suficiente como para saber de qué estoy hablando. —Había leído la sinopsis que venía en el paquete de medios.

—Supongo que tu idea de un hombre de verdad es el que gruñe y se rasca en público.

—Mi idea de un hombre de verdad es el que es responsable y protege a la gente que quiere.

Ella parpadeó.

—Bueno, eso ni se discute.

—Cualquier hombre inteligente cerraría aquí el programa, y mi mamá no tuvo a ningún tonto. —Puso la horrible música de entrada—. Gracias por habernos acompañado y hasta la próxima. Soy el Gol... Sam Taylor, en *Noche de Damas*.

CAPÍTULO CINCO

EN CUANTO ENTRÓ la cursi rúbrica de salida, Lola hizo a un lado el micrófono. Debería sentirse molesta, pero la verdad es que estaba emocionada. Hacía mucho que no se sentía tan llena de vida.

Sabía que era en parte porque él se parecía a uno de sus héroes, pero de carne y hueso. No había exagerado cuando se lo describió a la chica que llamó. Sam Taylor era uno de esos hombres tan bien parecidos que causan rodillas temblorosas y humedades.

Aunque ella no se lo haría saber. Se puso de pie y lo observó.

—¿Así es como tratas a todas tus invitadas?

Él se encogió de hombros.

—Sip.

—Eres un idiota.

—¿Acaso lo dudabas? —Sam se puso de pie, dejó sus audífonos en la consola y estiró la mano—. Gracias por venir. Buena suerte con tu libro.

El *libro*. Ella gruñó. No le había hecho precisamente la promoción que llevaba en mente. Paul y su editor no iban a estar nada contentos.

—¡No me dejaste decir nada de mi libro!

—Claro que sí. —Encogiéndose de hombros, retiró la mano—. Pero tú preferiste atacarme.

—Yo no te ataqué. —Le dio un golpe en el brazo.

Él ni siquiera hizo una mueca.

Ella sabía bien cómo eran esos machos. Escribía sobre ellos.

—No creas puedes quedarte ahí parado, todo sexy, y portarte como un patán.

—¿Tú crees que soy sexy?

—Pues no estoy ciega.

Dio un paso para acercarse. Ni siquiera la tocó, pero Lola lo sintió como si estuviera encima de ella.

—Y tú no estás nada mal.

¿En qué estaba? Ah, sí.

—La entrevista fue un desastre. Casi no me hiciste preguntas relevantes.

—Eso no es cierto, muñeca.

Dijo el piropo como si fuera una suave caricia, y ella se estremeció al sentirla.

—No trates de distraerme.

—Mira, muñeca, si yo quisiera distraerte, definitivamente lo notarías.

Ella rio con desprecio. Creía en sus palabras, pero no se lo iba a hacer saber. Ya de por sí estaba demasiado arrogante.

—¿Y cómo es que el Golazo Taylor fue a parar como conductor de un programa para mujeres?

De pronto se puso serio.

—Los directores creen que aumentaré el índice de audiencia.

Ah. Jennifer era la razón. Casi sintió lástima por él. Él era un idiota, igual que todos los hombres, pero después de oírlo hablar con su hija, entendió que no era tan cruel.

—Tus directores deben de estar drogados.

El brillo volvió a su mirada.

—No lo digas tan alto.

Por algún motivo, no quería mostrarse precavida. Se sentía atrevida, como si quisiera acariciar al león.

—O sea que te castigaron. ¿Pues qué hiciste? ¿Llegaste tarde al trabajo? ¿Te metiste con la persona equivocada?

Él la jaló hacia su pecho; su boca estaba sobre sus labios desde antes de que sus brazos la rodearan.

El beso fue urgente.

Carnal.

Avasallador.

Las manos de Lola lo aferraron, y por primera en su vida se sintió como los personajes que creaba. Incluso sintió calambres en los dedos de los pies.

Él la alzó en el aire agarrando su trasero. Sin pensarlo, ella ancló las piernas alrededor de la cintura de Sam y se prendió de su pelo.

Se dio la vuelta y la puso contra la pared. Ella se sorprendió de ver el cuidado que tuvo de no estrellarla. Luego lo único que pudo sentir fue el filo insistente de su erección sobre el triángulo de su entrepierna.

Se sentía *bien*. Y quería sentir más, pero con menos capas de ropa.

Sus manos se colaron debajo de su falda...

Y luego sonó el teléfono, con el timbre de alarma nuclear que ella le había asignado a Kevin, luego de terminar con él. El hombre la llamaba constantemente, aunque ella nunca le contestaba. A Lola le gustaba pensar que estaba desesperado y que quería volver con ella, pero sospechaba que lo que realmente quería era recuperar su camiseta favorita, que aún colgaba en su armario.

Interrumpió el beso. Sofocada, miró a su alrededor. Estaban a un paso de entrar a hacerlo a una cabina de sonido sin cerrar la puerta.

—Espera.

Él la soltó como si fuera una papa caliente.

Lola recuperó el equilibrio apoyándose en la pared, y lo vio extrañada. No tenía por qué estar tan urgido.

—¿Acosas a todas tus invitadas?

—Históricamente, mis invitados no tienen cuello y son muy peludos. Así que, no. —Se pasó la mano por el pelo—. Y yo no te acosé. Tú me estabas acosando.

—Eso quisieras. —Agarró su bolsa y lo miró otra vez intensamente—. Sí eres un cretino.

—Eso ya lo dijiste. Dos veces.

—Bueno, lo estoy reafirmando. Hasta nunca. —Alzó la cabeza y se marchó, sintiendo su mirada en la espalda. Meneó más las caderas para que él se diera cuenta de lo que se perdía.

Cuando la puerta se cerró, se recargó en la primera pared que vio.

—Je-sús-Ma-rí-a-y-Jo-sé —musitó, meneando la cabeza para sacudirse el vértigo que todavía

sentía por aquel beso.

Sam, "el Golazo" Taylor, era peligroso. Lo bueno es que nunca lo volvería a ver. Ella ya le había entregado el corazón a un hombre; no sería tan tonta como para repetir el mismo error.

CAPÍTULO SEIS

KRISTIN SE ARRODILLÓ y se puso a gatear tirando besitos.

No hubo ni la más mínima respuesta detrás de los botes de basura, aunque había visto al perrito esconderse ahí, cuando salió a tirar la basura.

Era la cuarta vez que lo veía en la semana. El pobre cachorrito se veía maltrecho y asustado, no como los canes consentidos de Laurel Heights, con uñas manicuradas y elegantes suéteres. Sentía tanta pena por él que en vez de irse a su casa después del trabajo, iba a buscarlo.

¿Sería un perro callejero? ¿Lo habrían abandonado? No podía saberlo, porque no podía acercársele lo suficiente para ver si traía collar. El pobre animal huía cada vez que la veía.

El día anterior había tenido la brillante idea de atraerlo con comida, así que llegó a “*Chi-chi*”, una boutique para perros que estaba en su misma calle, y compró alimento orgánico y casero para perros. ¿Qué criatura hambrienta podría resistir un bocadillo, sobre todo si era gourmet?

Kristin abrió la bolsa y olió el contenido. De hecho tenía buen aroma. Probó un pedacito y lo masticó. Tenía dos hermanos mayores; había probado peores cosas en la vida.

Y la comida de perro no era nada mala. Puso un poco de comida cerca de los botes de basura y se acuclilló. Hizo más sonidos de besos, meneando el trasero impulsivamente. Si los perros lo hacen, debía de significar algo en el lenguaje canino.

—Ven, amiguito. Tengo algo para ti que te va a gustar.

—¿Qué haces? —dijo una voz grave justo atrás de ella.

Sorprendida, trató de darse la vuelta pero cayó sobre su trasero.

Rob Cray estaba ahí parado. No se veía tan pulcro como en las mañanas. No traía su corbata, y su camisa tenía el cuello desabrochado. Su pelo normalmente impecable estaba despeinado, como si él mismo lo hubiera alborotado. ¿Acaso había tenido un día difícil? Tuvo el impulso de abrazarlo y besar su cuello para disipar su estrés.

Él vio la bolsa que ella traía en la mano.

—¿Estás comiendo alimento para perros?

—Está rico. —Sonrió radiantemente para disimular lo ridícula que se sentía. Se puso de pie y se limpió las manos sobre el pantalón—. La verdad es que estoy buscando un perro.

—¿Eso es una indirecta?

—No —rio Kristin—, hay un perrito que anda aquí entre los botes de basura. Me preocupa, así que le compré algo de comer en la tienda que está al final de la calle, a ver si se le quita el miedo. —Él frunció el ceño viendo la bolsa—. Está buena —enfaticó ella—. Cuesta más que mi supermercado de una semana.

Su ceño se arrugó todavía más, pero cuando iba a decir algo, ella oyó unos ruiditos.

Vio a su alrededor y notó que el cachorrito asomaba la cabeza. Tenía grandes ojos oscuros,

una oreja parada y la cara blanca.

—¿No eres hermoso? —exclamó, arrodillándose—. Ven aquí. No te haré daño.

Aparentemente no le creyó, porque volvió a esconderse detrás de la basura.

—¿De verás estás aquí a oscuras jugando con un perrito? —preguntó Rob.

—Lo estoy rescatando —meneó la cabeza.

—¿Eso es lo que crees?

Ella torció los ojos.

—Sólo estás enojado porque tuviste un día difícil.

—¿Cómo lo sabes?

—Es muy obvio. Y vas tarde a casa.

—¿Tú sabes a qué hora llego?

—No te estoy acosando, pero soy muy observadora. Cuando trabajo en el turno vespertino, me doy cuenta de que llegas antes de mi hora de salida, a eso de las seis. Son —vio la hora— casi las ocho.

—Si te vas a tu casa a las seis, ¿qué haces aquí?

—Eres muy paranoico. —Meneando la cabeza, se puso de pie otra vez. Había pasado la tarde poniéndole a Eve el nuevo sistema de caja registradora con el iPad. No se había tardado mucho, pero había realizado algunos ajustes que pensó que podrían gustarle a Eve—. Yo también trabajé tarde. Y luego vi al perro, así que tengo rato tratando de sacarlo de ahí.

El animal de nuevo asomó la nariz.

Rob frunció el ceño al ver al perro y le dijo:

—Perro, sentado.

El cachorro inmediatamente se sentó en el piso, con los ojos atentos.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó Kristin, indignada.

Rob agarró la bolsa con comida, tomó un puño y se agachó.

—Ven —le dijo al perro, extendiendo la mano.

Ella meneó la cabeza.

—No creo que...

El cachorro se acercó y devoró la comida que Rob le estaba ofreciendo.

—Impresionante. —Vio a Rob, sorprendida—. Le caes bien a este niño.

—Es niña. Mira.

Kristin se asomó para ver el vientre del animal.

—Con razón.

—¿Qué?

—Con razón comió de tu mano, tienes talento con las mujeres, no importa la especie.

Él se volteó para otro lado, pero ella alcanzó a ver la sonrisa que se dibujó en sus labios.

—¿Tienes agua?

—No, pero puedo traer. O podemos ir a mi casa —ofreció Kristin, porque el viento se ponía cada vez más frío. Se abrigó con los brazos.

—¿Dónde está tu abrigo? —preguntó Rob, frunciendo el ceño.

Ella arrugó la nariz nada más de pensarlo.

—Creo que en el pasillo de mi departamento. —Había estado pensando en cómo pedirle a Rob que fuera su donador de esperma cuando salió de casa esa mañana, y se había concentrado tanto en el asunto que se ensimismó y no pensó en otra cosa. No se le había ocurrido tomar un abrigo, sobre todo cuando sólo pensaba en el calor que podría darle Rob.

Al ponerse de pie, Rob se quitó el saco y se lo echó encima a ella. Lo cerró bien y meneó la

cabeza.

—Hoy nada te ha salido bien, ¿verdad?

—Claro que sí. Todo estaba en mis planes. Si hubiera traído el abrigo, nunca te hubieras acercado a mí, ¿cierto? —Sonrió y se le acercó más.

—Estás loca.

—Tengo que estar loca para hacer esto. —Tomó su cabeza y lo besó.

Fue delicioso. Tibio, oscuro y rico, como uno de los cuernitos de chocolate de Eve recién salidos del horno. A Kristin le encantaban los cuernitos de chocolate.

Pero este beso le gustó todavía más.

Él es, insistió su voz interior. La cercanía puso en aceleración máxima sus partes de mujer. Sus óvulos se pusieron de pie y le hicieron una ovación, diciéndole que siguiera adelante. Ronroneando de placer, se acercó más y se colgó de su cuello.

Jamás había sido tan agresiva. En su experiencia, los hombres preferían ser los conquistadores. Pero esto era emocionante. Ella tenía el control; tenía las riendas de su propio destino.

Si quisiera tener una relación con él, tendría que haberlo atrapado más lentamente en vez de atacarlo de frente. Pero sólo quería tener intimidad. Un par de semanas de sexo bastarían. Estaba cerca su ovulación.

Rob no la apartó de su lado. De hecho, ella pudo sentir su pequeño *tesoro*. Aunque no podía decir que fuera pequeño; más bien *gran* tesoro sería un término más justo.

—Basta. —Le puso las manos en la cintura y la apartó—. No nos conocemos.

—Sugiero que nos conozcamos.

—No deberíamos estar haciendo esto aquí —dijo él.

—Tienes razón. Llévame a tu casa.

Él meneó la cabeza, pero había una sonrisa coqueteando con sus labios.

—No te rindes, ¿verdad?

—No cuando sé lo que quiero.

Él la miró como si la estuviera viendo por primera vez. Su mirada se enfocó en su boca, como si estuviera contemplando besarla de nuevo.

Ella lo deseaba, enormemente. Pero sabía que si tomaba la iniciativa esta vez, lo perdería. Era obvio que a él le gustaba seguir el protocolo, y ya había alterado su mundo con su atrevimiento.

Como si opinara lo mismo, la perrita ladró una vez.

—Debemos llevarla a casa. —Kristin suspiró y dio un paso a un lado—. Tiene frío.

Rob la miró un momento, como si no supiera qué pensar de ella, antes de recoger al animal. La cachorrita se acomodó felizmente, como si ella le perteneciera.

Kristin hizo una mueca.

—Es una coqueta. —Rob la vio como si estuviera loca, pero ella meneó la cabeza—. Ya veo —dijo Lola—. Dejaré que te vayas esta noche con esta chica a tu casa. Pero sólo esta vez.

Él meneó la cabeza.

—No. No me llevaré a la perra. Y no puedes decir nada.

—Tienes que llevártela. En mi departamento no permiten tener mascotas, y no podemos dejarla afuera. Morirá de frío.

Como si supiera de lo que estaban hablando, la perra lo miró con ojos de súplica.

Kristin sonrió. No podía culpar a la perrita por querer irse con Rob a su casa.

—Mira, Chanel ya se enamoró de ti.

—¿Chanel?

Tapando las orejas del perro, ella se acercó y susurró:

—Si va a vivir en este barrio, debe tener un nombre con clase, al menos hasta que la bañen y la vistan como se merece.

—Por Dios, no le pongas nombre a la perra —le dijo.

—Demasiado tarde, ¿verdad Chanel? —Kristin rascó la oreja caída de la perrita, que movió la cola alegremente.

—Maldita sea —musitó Rob, viéndola tan inofensiva.

Kristin sonrió.

—Yo me la llevaría —sonrió Kristin —, pero como te dije, no puedo tener mascotas. Además, ella ya te escogió a ti. Al menos no tendrás que preocuparte por su comida. Ya tienes esta bolsa.

—Qué generosa eres —dijo con un poco de sarcasmo.

—Siempre. —Kristin sonrió, feliz. Se paró de puntas y lo besó otra vez, para asegurarse de que todo aquello no había sido producto de su imaginación.

Al parecer no. De ninguna manera.

El sexo iba a ser tan *bueno*. Suspirando, ella sonrió y lo observó.

—Hasta la próxima.

—No habrá próxima.

—Sí, la habrá. —Frunció el ceño, perturbada por un pensamiento repentino—. A menos que estés comprometido.

—Claro que no lo estoy. —Él la miró intensamente—. Nunca traicionaría a una mujer.

Aliviada, ella sonrió de nuevo.

—Bien. Entonces es una cita.

—No.

—Sueñas conmigo, Rob —se despidió mirando por encima del hombro—. Definitivamente yo estaré soñando contigo, y no vas a traer nada encima excepto mi cuerpo desnudo.

Él dejó escapar una sarta de maldiciones.

Ella rio, feliz. Emocionada, excitada. Había encontrado a su papacito.

CAPÍTULO SIETE

LOUISE ESTABA VIENDO a Calvin masticar su carne, de vez en cuando masticaba con la boca abierta; en eso se fijó en el vaquero alto y moreno que estaba en el extremo opuesto de la estancia. Parecía un guardián, como un chico malo con corazón de oro, y comenzó a fijarse a ver si tenía un sombrero blanco escondido por ahí.

Junto al vaquero, Calvin se veía debilucho. Especialmente por su mandíbula endeble.

Sintió el impulso de golpear esa mandíbula. Antes de ceder a su impulso, se disculpó y fue al baño.

El vaquero estaba ahí, esperándola.

Su corazón se detuvo, ella misma notó que lo devoraba con la mirada.

—Hola, muchacha —le dijo arrastrando las palabras, y luego estiró la mano para acariciar su largo pelo rubio y la acercó. Puso su boca directamente sobre sus labios.

Y Louise supo que había muerto y estaba en el cielo...

Borrar.

Lloriqueando, Lola recargó la cabeza en el teclado. No podía permitir que Louise se besara con un misterioso vaquero si Calvin estaba en la otra habitación, aunque Calvin fuera un *imbécil*.

Su problema era que no podía dejar de pensar en el beso que Sam le había dado a la fuerza. No se lo diría a nadie, mucho menos a Sam, pero ese beso le había cambiado la vida.

Necesitaba respirar aire fresco, de otro modo jamás avanzaría con este capítulo. Cerró su laptop, se paró, se puso unas chanclas y fue a visitar Mi Maceta, la tienda de su amiga Gwen.

En pocas palabras, Gwendolyn Pierce era rara. Le iba muy bien pintando calabazas, y tenía su propio negocio. Además, un par de meses atrás se había enterado de que Gwen era en realidad Genevieve de la Roche, heredera de una gran fortuna, que años atrás había huido de casa. Pero ella se había negado a recuperar su vieja identidad. Seguía siendo la misma Gwen, con su galería de calabazas, y recientemente se había involucrado con un detective privado muy guapo.

Lola entró a la tienda. Como era habitual, no había nadie al frente, pero en cuanto oyó la puerta Gwen salió de prisa del taller que estaba al fondo. Y también, como era su costumbre, se alegró cuando vio a Lola.

—¡Oye! Anoche oí tu entrevista.

—Por favor, no hablemos de eso —protestó Lola.

—Estuvo increíble —sonrió Gwen—. Había química entre tú y el DJ.

—No es cierto. Era un cretino.

—Un cretino que te movió el tapete.

—No hubo nada de química —mintió.

—Si tú lo dices. —Gwen no le creyó—. ¿Y qué tal va tu libro?

—Tampoco quiero hablar de eso.

—¿Me tomo un receso y platicamos? —Gwen arqueó la ceja.

—¿Me vas a interrogar?

—Sí, pero te prometo que no usaré los métodos con los que Rick me tortura —sonrió socarronamente, sonrojándose un poco.

La mujer romántica que había dentro de Lola suspiró. Gwen y Rick eran un cuento de hadas hecho realidad. Gwen había guardado un secreto, y Rick se había empeñado en descubrirlo. Lo superaron todo y ahora estaban felices.

La cínica que habitaba en Lola hizo un puchero. Los veía como la pareja perfecta, y eso no la inspiraba.

—¿Qué te pasa? Usualmente eres un torbellino, pero ahora te ves derrocada.

—Derrotada —corrigió—. Es que la novela se me está complicando un poco. Necesito un descanso.

Alarmada, Gwen se le acercó y le puso una mano en la frente.

—¿Cuándo se te había complicado la escritura? ¿Tienes fiebre?

—Un imbécil me dejó hirviendo la sangre.

—¿Kevin te llamó de nuevo?

—Sí, pero no le contesté. —De todos modos él le había dejado un mensaje. Ella estaba en lo cierto, quería su camiseta de Def Leppard, que no le iba a regresar, por supuesto. La había guardado en el fondo de su armario para no volverla a ver—. Pero no es él quien me puso así.

—¡Fue el tipo de la radio! —De nuevo Gwen se atragantó. Lola recordó el beso y se derritió una vez más—. Te *gusta* —exclamó su amiga—. ¿Y tú le gustas?

—Tú nos escuchaste en la radio.

—Entonces la respuesta es sí. ¿Cómo se llama? Le diré a Rick que lo investigue.

—Gwen.

—En serio. Es lo que hace Rick. —Fue a prender la luz—. Pero ahora vamos con Olivia.

—¿Para qué?

—Necesitas lencería. Si Rick le da el visto bueno a ese tipo, necesitas estar lista.

Lola clavó sus tacones en el piso y Gwen trataba de sacarla de la tienda a jalones.

—No necesito nada.

—Vaya que lo necesitas. Tú escribes novelas de amor. Se supone que sabes de esos perifollos.

—¿Perifollos?

—El romance. Cosas con encaje. —Gwen hizo un gesto con la mano y echó el candado a la puerta—. Como quieras llamarle.

Lola no creía necesitar cosas con encaje, pero definitivamente necesitaba algo que la inspirara para superar la página en blanco. Sin embargo, no necesitaba tener un romance con un conductor de radio arrogante que tenía una hija de once años.

Pero ese beso...

Se resignó y dejó que Gwen la llevara a Matices Románticos, la tienda de lencería de su amiga Olivia, al final de la calle. Olivia las vio entrar; su sonrisa de vendedora desapareció cuando se percató de que eran sus amigas.

Olivia era atractiva, pero cuando sonreía se veía hermosa. Ahora que se le empezaba a notar el embarazo, era especialmente atractiva. Encima de todo, era una astuta mujer de negocios y una excelente persona.

—Necesitamos algo para seducir —le dijo Gwen a Olivia.

—Yo no voy a seducir a nadie —refunfuñó Lola, meneando la cabeza vehementemente, aunque sus partes femeninas se emocionaban ante la idea de estar con Sam.

Olivia paseó la mirada de una a la otra. Luego, para sorpresa de Lola dijo:

—Oí tu entrevista en la radio.

Gruñendo, Lola dejó caer su cabeza entre las manos.

—Estuvo entretenido —rio Olivia—. Me encantó cómo se pelearon. Con razón quieres lencería.

—No quiero lencería. —Señaló a Gwen—. *Ella* es la instigadora.

Gwen le dio unas palmaditas en el brazo.

—Me lo agradecerás después.

—Tengo justo lo que necesitas, Gwen. —Como buena mujer de negocios, Olivia fue a la mesa que estaba enfrente—. Rick se va a volver loco con esto.

Gwen vio el bra color fuchsia y se le abrieron los ojos.

—No trae copas.

—Lo sé. Mídetelo. —Olivia se dirigió a Lola—: Ahora tú.

—¿Yo? —parpadeó.

—También tengo algo que es perfecto para ti, pero te lo doy no porque quieres hacer feliz a alguien más.

—¿Qué es? —preguntó Lola a pesar de lo que tanto temía.

Sin decir palabra, Olivia fue a la trastienda y regresó con un juego de encaje blanco.

Se veía modesto. Era blanco y de puro encaje, tan soso e inocente que Lola lo vio llena de dudas.

Olivia sonrió.

—Confía en mí. Llévatelo, y si no te funciona, me lo devuelves.

No estaba convencida de necesitar lencería, pero lo aceptó. Estaba viendo a Olivia envolver las prendas en papel de china color vino, cuando Gwen salió del vestidor, con mejillas sonrojadas.

—Rick se va a morir con esto —dijo—. Tienes razón.

—Lo sé —respondió Olivia con una sonrisa traviesa.

Se abrió la puerta y entró Eve con un vaso desechable en la mano.

—Entrega a domicilio para la futura mamá. Un latte de nutela, descafeinado, tamaño gigante.

Entre gemidos, Olivia extendió las manos ansiosa.

—Eres mi heroína. Este bebé siempre tiene antojo de avellanas.

—¿Cómo está junior? —preguntó Gwen.

—Lleno de entusiasmo. —Olivia acarició su pequeño vientre abultado—. Tiene la energía de su padre.

—¿Qué harás con la tienda cuando nazca el bebé? —preguntó Lola.

—Contraté a una mujer. Empieza a trabajar en un par de semanas. El negocio va bien, así que podré concentrarme en ser mamá —asintió con la cabeza, mirando a Eve—. Nicole te caerá bien. Está buscando un departamento, así que si saben de alguno me dicen.

—Lástima que acabo de rentar mi viejo departamento —dijo Eve.

Olivia arrugó la nariz, levantando su bebida.

—Finalmente renunciaste a tu nicho de soltera.

—Tienes que ver al tipo que me lo rentó. —La mirada de Eve brilló con lascivia, tanta como era posible imaginar en una rubia de aspecto angelical—. Si no estuviera con Treat, te llevaría galletas todos los días.

—¿Está lindo? —preguntó Gwen.

—No. Está *sexy*.

—Quizás *él* te dará inspiración. —Gwen le dio un codazo a Lola.

—No creo. —Lola tenía a Sam bien metido en la cabeza, por alguna perturbadora razón.

—También es algo misterioso —agregó Eve—. Kristin, Allison y yo hemos estado tratando de adivinar a qué se dedica. Allison y yo creemos que fue agente de la CIA y que está retirado, pero Kristin cree que es un roquero disfrazado. —De pronto se animó, emocionada de pies a cabeza—. A propósito de agregados al barrio, ¿adivinen quién se va a mudar aquí?

—Daniela Rossi —dijo Olivia.

—¿Cómo lo sabes? —Eve se marchitó, quedándose de capa caída.

Olivia sólo arqueó la ceja.

—Debí suponerlo. —Eve torció los ojos—. Se mudará a la vieja casa de té de Margaret. El rumor es que abrirá una boutique de postres sobre pedido.

Lola vio a las mujeres, sintiendo que no le habían contado toda la historia.

—¿Quién es Margaret? ¿Y quién es Daniela Rossi?

—Margaret es la futura suegra de Eve —explicó Olivia.

Eve asintió con la cabeza.

—Y Daniela es mi ídolo y la razón por la cual el Café Sabio ha tenido tanto éxito como café y librería. Organizar la firma de sus libros en mi tienda realmente ayudó a promoverlo.

—Mañana yo firmo libros. —Lola hizo una mueca.

—¡Ya sé! —dijo Eve con entusiasmo—. Será divertido. Tengo tu libro por todas partes, y estoy preparado mis tartaletas de limón. No te preocupes por nada. La pasarás bien. Sólo disfrútalo.

Especialmente si iba a ser la última vez que lo haría, porque Lola no sabía si podría terminar el libro que estaba escribiendo. Recordó lo que había escrito ese día y se estremeció.

Basura. Todo lo que había escrito en ese mes había sido total basura. Odiaba ver que Kevin la afectara así, pero él la había desequilibrado.

Si fuera inteligente se inventaría otra pareja, sin importarle que sus lectores esperaban una historia sobre Louise. Sus fans de todos modos estarían fascinados si les entregaba una buena historia.

La única persona que no estaría encantada sería su mamá. Ella realmente quería conocer la historia de Louise. Lola no dejaba de pensar en lo irónico que era todo aquello. Sally no podía recordar el nombre de su propia hija, pero no olvidaba nada acerca de Louise.

En cierta manera, era positivo. Al menos su mamá estaba indirectamente interesada en la vida de Lola.

Y por eso tenía que hacerse fuerte y escribir la historia. Por su madre. Era la única forma de seguir vinculada a ella. Y su mamá creía fervientemente en las historias de amor. Era lo único que Lola podía darte, historias de almas gemelas.

Tenía imaginación. Y podía crear una historia de amor, aunque ahora dudaba si en realidad existía. Después de todo, la historia de amor de sus padres había terminado cuando murió su papá.

Gwen le dio un codazo.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja, con sus grandes ojos llenos de preocupación.

Lola apretó su brazo.

—Estaré bien en cuanto entregue ese libro.

Su amiga no parecía convencida. No es que pudiera culpar a Gwen; ella tampoco creía en lo

que estaba haciendo.

CAPÍTULO OCHO

SAM NO PODÍA SACARSE a Lola de la cabeza. No podía dejar de pensar en el beso.

—¿No está el café librería a la derecha? —preguntó Madison, señalando por la ventana—. Justo ahí. El Café Sabio.

—Ah, sí. —Él hizo varios giros rápidos con el auto y se estacionó a un par de calles.

Apenas esperó Madison a que el auto parara para bajarse de un brinco. Sam cerró de un portazo con la esperanza de poder así cerrarle la puerta a sus pensamientos sobre Lola.

No tuvo tanta suerte, porque aún veía sus ojos azules, sentía sus piernas largas enredadas en la cintura y seguía sintiendo que aquella boca se comía sus labios.

Como si se estuviera muriendo de hambre.

—Vamos, papi. —Su hija lo tomó de la mano y lo jaló—. Vamos a llegar tarde.

—¿Tarde? —Frunció el ceño. Por primera vez desde que la recogió esa mañana, se dio cuenta de que su hija quería algo más que simplemente pararse en la librería a comprar algo—. ¿Tarde para qué?

—Ya lo verás. —Ella sonrió mostrando ese adorable hueco en la parte izquierda de su boca, donde finalmente había caído su último diente de leche—. Y luego seré tu niña favorita.

—Ya eres mi favorita, ¿y debo recalcar que eres mi única hija?

—Ya sé, pero algún día me darás un hermanito o una hermanita.

La imagen que se le vino a la mente fue abrazando a Lola y a un bebé con sus grandes ojos azules. Frunció el ceño.

—Eso no es nada probable.

Madison no dijo nada y se concentró en la tienda. Literalmente lo llevaba de un lado a otro de la calle.

—Apúrate, papi.

—Qué bueno que un libro te tenga tan emocionada, mi amor, pero... —Su boca enmudeció cuando vio el inmenso póster que anunciaba una firma de libros que se estaba llevando a cabo en ese preciso instante, un título que se acababa de lanzar. *Aquí y Ahora*, de Lola Carmichael.

Se paró en seco y observó a su hija en silencio.

En vez de transmitir remordimiento, Madison tenía esa mirada de terquedad que su padre podía reconocer como propia.

—Tú eres el que la estabas investigando por internet —señaló su hija.

—No es cierto.

—Claro que sí. Vi tu navegador.

—Estaba obteniendo información sobre ella. Para otro programa —mintió.

Madison torció los ojos, se soltó de su mano y entró al café.

Jesucristo. Su padre entró apresuradamente detrás de ella. Quién sabe qué podría decir esa niña si no estaba bajo vigilancia. La alcanzó y de nuevo agarró su mano.

—De hoy en adelante te sacaré con correa.

—Claro, papi.

—Y con bozal.

Su hija sonrió con esa seguridad que tienen los niños cuando saben que sus padres los adoran.

Y luego él vio a Lola.

Estaba sentada en una mesa grande repleta de libros. Había una fila impresionante de gente esperándola. Sonriendo amablemente, le entregó un ejemplar a la mujer que estaba parada frente a la mesa, presumiblemente ya firmado.

Pero incluso ahí, en una librería, firmando libros para sus fans, no tenía la apariencia de escritora. Parecía una elegante bailarina exótica, con su blusa rosa brillante y cabellera suelta.

Cuando Madison lo jaló de la mano, su padre se dio cuenta de que, inconscientemente, había comenzado a caminar más despacio, saboreando a cada paso la visión de Lola.

—Madison, ¿ya te dije que estás castigada por el resto de tu vida?

—Si me das un hermanito, no me importa. —Con un objetivo bien claro, lo jaló hasta la mesa.

A cuatro metros de distancia, Lola levantó la mirada y sus ojos se abrieron más cuando lo vio venir. Como se sonrojó, él supo que ella también estaba recordando el beso.

De pronto, ya no le parecía mala idea ir a verla. De hecho, por primera vez en muchos años, sintió la adrenalina que experimentaba cuando iba a empezar un programa, cuando comenzó a trabajar en la radio. Era el mismo tipo de adrenalina que brotaba en él antes de un juego de fútbol, cuando era muy joven.

Mostrando el desenfado que sólo puede permitirse una niña preadolescente, Madison se coló hasta enfrente y extendió la mano.

—Soy Madison Taylor. Hablamos por radio hace dos días.

—Muy cierto —dijo Lola, mirando a su padre con recelo antes de poner toda su atención a la niña—. Vaya, qué sorpresa.

—Venimos a comprar tu libro. Mi papá lo quiere leer.

—¿Sí? —dijo él.

Madison lo vio con ojos de pistola antes de sonreír de nuevo a Lola.

—Es tu fan número uno. Se muere por leerlo.

—No me digas. —Lola arqueó una ceja. Luego acomodó una pila de novelas y comenzó a firmarlas—. Entonces supongo que va a querer más de un ejemplar.

¿Qué demonios haría con seis ejemplares de una novela de amor? ¿Repartirlas entre sus amigos en el próximo juego de póker?

—Madison, no te espera un castigo. Te daré cadena perpetua.

—Mi papi está jugando —le dijo su hija a Lola—. Es un macho y habla rudo, pero sólo una vez estuvo a punto de darme una nalgada, y se soltó llorando antes de hacerlo.

Él le jaló la cola de caballo a Madison.

—Mira que ahorita se me está antojando darte una paliza.

Su hija sonrió y se acurrucó debajo de su brazo. Pasó una mano sobre su suave cabellera presintiendo que todo estaba a punto de cambiar. En un par de años, ella sería una jovencita y ya querría salir con él.

Lola los miró a los dos como si tratara de entender que estaba pasando. Luego meneó la

cabeza y empujó los libros hacia él.

—Puedes pagar en el mostrador.

—Súper —exclamó Madison—. Me muero por leer tu libro.

—No lo vas a leer —dijeron él y Lola al mismo tiempo. Intercambiaron miradas, confundidos por la súbita conexión.

—Lola, mi papá me va a llevar a comer hamburguesas.

—¿Sí? —preguntó él.

Su hija lo ignoró, concentrando todos sus encantos en la autora.

—¿Quieres venir? Te esperamos —agregó, y se alejó con su padre antes de que Lola pudiera responder.

Él dejó que la niña lo llevara al mostrador.

—Madison, no sé qué traes entre manos, pero no me gusta nada. —Ella resopló con enfado—. ¿Qué tal si Lola no quiere comer con nosotros?

—Claro que quiere. —Su hija lo vio con ojos de consideración—. Las mujeres siempre nos damos cuenta de esto.

—Tú no eres una mujer. Eres una amenaza —dijo, y frunció el ceño—. ¿Qué tal si es vegetariana?

—Ay, papá. —Madison meneó la cabeza y caminó hasta el mostrador. Le sonrió a la mujer que atendía—. Vamos a comprar todos estos libros, y por favor, quiero un chocolate caliente. Y una galleta.

—Claro, nena. —La mujer le guiñó el ojo a él mientras tomaba el galón de leche—. ¿Te gustan las historias de amor o te cae bien Lola?

—Las dos cosas —respondió su hija.

—Dos cadenas perpetuas —prometió él mientras acercaba los libros a la caja registradora—. Y tendrás que limpiar el baño.

Madison rio y abrazó su cintura.

El Golazo Taylor, comprando novelas de romance. Ya se imaginaba las burlas de sus amigos en el gimnasio.

Luego vio la contraportada del libro, con la hermosa cara de Lola, sonriente, y le sorprendió el repentino deseo de leerlo. Claro que no se lo diría a nadie, a ninguno de los muchachos, ni a su hija. Especialmente, no le diría nada a la señorita Lola Carmichael.

POR ALGUNA RAZÓN, Lola terminó sentada en una mesa de un restaurante de hamburguesas de las afueras de Richmond, comiendo hamburguesas y papas fritas con Sam Taylor y su hija. Apenas podía creerlo, pero ahí estaba sentada, viviéndolo.

Sam y Madison compartían un lado de la mesa. Sam tenía el brazo sobre el respaldo de la silla, y jugaba con la cola de caballo de Madison. Madison se inclinaba hacia su padre al comer y hablaba de sus amigos en la escuela.

Masticando pensativamente, Lola prestó atención a su conversación. Ellos tenían una buena relación, eso era evidente. Sam adoraba a Madison, y Madison por lo visto adoraba a su padre, aunque lo hacía batallar.

Impresionante. Lola tomó papa frita observando la interacción. Ella extrañaba a su papá. Nunca habían tenido la misma camaradería que Sam y Madison, pero jamás había dudado que él la quería.

—¿En qué piensas, Lola? —le preguntó Madison.

—En nada —meneó la cabeza—. ¿En qué crees que estoy pensando?

—En sostenes.

Lola miró a Sam. Al ver que tenía la frente arrugada, supuso que a no le agradaba esa conversación.

—Tengo una amiga que vende sostenes —dijo entonces—. Bueno, todo tipo de lencería, pero especialmente sostenes. Ella cree que son muy importantes.

—¿De verdad? —Madison se interesó en el tema—. ¿Puedo ir a su tienda? Creo que ya necesito uno.

Lola vio disimulada el pecho aún plano de la niña.

—¿Y tus padres qué opinan?

—Mi mamá está muy ocupada con su vida social, y mi papi dice que puedo comprar uno cuando tenga treinta años.

Viendo a Sam, Lola trató de no sonreír.

—Estoy segura que tu papá sabe qué es lo mejor para ti.

Madison vio a su papá.

—Sarah Michelle dice que se me harán *aguadas* si no empiezo a usar un sostén ya.

La chica no tenía nada que pudiera hacerse aguado, pero Lola notó que Sam no quería decir nada, e intervino:

—Yo empecé a usar sostén hasta los quince años, y no se me han caído.

—¿De veras? —La mirada de Madison se clavó en los senos de Lola—. Sí se ven bien.

—¿Podemos cambiar de tema? —tosió Sam.

—¿Prefieres hablar de protectores para hombres, papi?

—Ni loco, no. —Miró a su hija con expresión de disgusto—. Tampoco sabes nada de eso.

La niña echó a un lado la servilleta.

—Vamos al cine.

—Le prometí a tu mamá que te llevaría temprano a casa para que termines tu tarea.

—Prefiero ver una película con ustedes. —Miró a los dos, ansiosa—. A menos que quieran ir solos a agasajarse.

Lola le lanzó una mirada feroz a Sam. Pudo notar que él se estaba acordando del beso en la cabina de sonido. Se sonrojó al sentir el deseo con el que él la miraba.

Él fue el primero en recuperarse.

—Madison, más te vale que no sepas lo que significa *agasajarse*.

—Tenemos cable, papi. No vivo en una cueva.

—Ten cuidado, o te mandaré a una cueva. —Vio a Lola—. Dejaré a este pequeño monstruo en su casa y luego te llevaré a la tuya.

Ella disfrazó la inesperada desilusión con una sonrisa radiante.

—Me parece bien.

Madison se metió al asiento trasero aunque Lola trató de que se sentara adelante. El Jeep era grande, pero Sam era un hombrón. Parecía ocupar con energía todo el espacio.

Estar tan cerca de Sam era...

Incómodo.

Horrible.

Encantador.

Ella pensó en todas las palabras posibles para desistir de estirarse y tomar su mano.

Él se estacionó y apagó el auto. Volteó a ver a Lola y dijo:

—Dame un segundo.

—Adiós, Lola. —Madison la abrazó, casi al punto de estrangularla de tanto entusiasmo—. Me muero por leer tu libro, aunque mi papi me deje hacerlo hasta dentro de cinco años.

—Diez —la amenazó, con un guiño para Lola. Abrió la puerta y acompañó a su hija, que de salto en salto llegó hasta la casa de su madre.

En cuanto se fueron, Lola exhaló profundamente. Trató de recuperarse, pero era difícil. Todos sus prejuicios sobre Sam *El Golazo Taylor* estaban equivocados. De hecho, Sam se la estaba ganando por la forma evidente en que amaba a su hija.

Sam regresó poco después. Cuando se subió al auto, se abrochó el cinturón y dijo:

—Pensé que te irías corriendo a tu casa después de ver eso.

—Madison es una niña de tiempo completo —sonrió.

—Eso se me hace poco. —Volteó hacia ella y sonrió como buen padre que estaba loco por su hija—. Es preciosa, ¿verdad? —A Lola se le derritió el corazón, y en ese momento decidió que le gustaba. Mucho—. ¿Dónde vives? —le preguntó, retomando la marcha.

—Por el Café Sabio, en Laurel Heights. En la calle Sacramento.

—Qué elegante.

Ella se encogió de hombros.

—Es cómodo.

Lola sintió su mirada, queriendo saber más de ella. Pero no estaba lista para confesarle que se había mudado ahí para estar cerca de su madre. No quería explicarle cómo su mamá había estado desvaneciéndose lentamente en los últimos diez años y perdiendo sus recuerdos, uno por uno. Que, después de años de fármacos experimentales y tratar de cuidarla, finalmente había tenido que dejarla en un lugar de cuidados especiales.

Asomándose por la ventana, dirigió de nuevo la conversación hacia él.

—¿Hace cuánto te divorciaste?

—No hace mucho. Tres años. —Se quedó callado un momento y añadió—: Chelsea se embarazó por *accidente* cuando me ofrecieron un lugar en el equipo de los 49ers. Pero al poco tiempo me lastimé la rodilla, y ya no quiso ser la esposa de un jugador fracasado. Pero me quedé por Madison.

—No puedo creer que te haya juzgado tan mal.

—¿Cómo? —preguntó él, mirándola.

—Pensé que eras una rata.

—Lo soy.

—De hecho eres un gran tipo —dijo meneando la cabeza—. Lo sé. A mí también me sorprende.

Viajaron en silencio hasta llegar al edificio de Lola. Sam se estacionó en doble fila y la acompañó hasta su departamento.

Lola podía sentir cada paso que él daba, caminando detrás de ella. Le iba mirando el trasero, podía sentirlo. Y porque podía sentir su mirada, acentuó más su contoneo.

Llegaron a la puerta, la abrió y se dio la vuelta. Antes de que pudiera darle las gracias, él se acercó y la besó.

Ella se entregó al instante, arqueando su cuerpo para tocarlo, abrazando su cuello. Sintió cómo una de sus manos le acariciaba la cabeza y la otra se anclaba en su cintura.

Al igual que la vez anterior, el beso la consumió. Esa pasión, ese calor... jamás había sentido algo así.

La primera vez no había sido un espejismo.

—Esto es una locura —murmuró él en su boca, mientras deslizaba su mano entre las capas

de ropa, hasta llegar a la piel desnuda de su espalda.

Ella suspiró de placer y asintió con la cabeza.

—Totalmente de acuerdo. Es una locura.

—Pero no me importa. —La atrajo hacia su cuerpo y la recompensó con otro beso lleno de entusiasmo.

Ella levantó la pierna sobre su cadera para frotar la notable protuberancia de su erección. Francamente, a ella tampoco de importaba que fuera una locura. En lo más mínimo.

—Tengo una idea —dijo él, luego de besarla hasta dejarla sintiéndose como un ser invertebrado.

Ella afirmó con la cabeza antes de ponerse a besarlo una vez más.

—Ni siquiera sabes lo que voy a sugerirte —señaló él, cuando lo dejó tomar aire.

—No, pero me imagino que es una excelente idea. —Alzó los labios porque quería más.

Pero él sólo sonrió.

—Iba a sugerir que yo trajera la cena a tu casa, mañana. Después de mi programa.

—Okey. —De nuevo frotó su cuerpo con el suyo, concentrándose en el ahora.

—Okey. Bueno —asintió con la cabeza y luego se apartó de ella.

—¿Qué haces? —Lola parpadeó sorprendida.

—Me voy a casa para poder enfriarnos y darnos la oportunidad de reconsiderar el peor error que los dos hemos cometido en mucho tiempo.

Ella frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Ni yo lo entiendo —dijo sacudiendo la cabeza—. De hecho, en media hora me voy a estar dando de topes contra la pared por haber desperdiciado la oportunidad de besar a la mujer más hermosa que he conocido.

—¿De verdad? —Lola se alegró.

—Tú lo sabes. —De nuevo le dio otro beso endemoniadamente intenso antes de darse la vuelta y bajar corriendo por las escaleras—. Piénsalo, Lola. Mañana en la noche.

Su voz sensual prometía una noche de dicha inimaginable, y ella tenía una *excelente* imaginación. Se recargó en la puerta, abanicándose. No había qué pensar nada. Ella estaría lista para recibirlo a la noche siguiente.

CAPÍTULO NUEVE

EL BENEFICIO de tener una jefa como Eve es que cuando quieres irte temprano del trabajo para acosar a un hombre, ella sólo dice "Buena suerte".

Kristin se plantó en el escalón frente al vestíbulo de los departamentos que estaban arriba del Café Sabio. No tenía idea de dónde vivía Rob Cray, pero sabía que pasaba por el café todos los días al ir a su trabajo.

En la última semana se había llevado una cachorrita a su casa.

Kristin se había sorprendido mucho de verlo entrar al café esa mañana con la perrita, caminando obedientemente a su lado con una correa nueva. No había estado segura de que se fuera a quedar con el pobre animal, pero al ver que sí lo había adoptado, se sintió más decidida a pedirle que fuera el padre de su hijo. Él era compasivo, y a ella le gustaba eso.

—Perdón.

Kristin levantó la mirada hacia donde venía la grave voz. Frente a ella estaba un hombre enorme, alto, con los músculos pintados en su entallada camiseta, cabellera a la Johnny Depp. Su mirada era tan intensa que si ella no hubiera estado sentada, habría dado un par de pasos hacia atrás.

—¿Sí? —Tragó saliva.

—No me dejas pasar. —Movi6 la cabeza señalando la puerta.

—¿Vives aquí? —Luego comprendió quien era—. Ah. Eres la persona que rentó el departamento de Eve.

Él simplemente la miró.

Una persona normal se hubiera asustado, pero Kristin había crecido con dos hermanos mayores. Sabía que perro que ladra...

—Dicen que eres un asesino en serie —susurró Kristin. Él siguió mirándola fijamente—. ¿No te están buscando en cinco estados?

—Muévete —dijo él.

Ella se paró, sin apartarse del todo.

—Los ogros suelen vivir debajo de los puentes, no en los departamentos de San Francisco.

Él dio un paso hacia adelante y formó una sombra sobre ella.

—¿Te quieres morir o qué?

—Mi vida es un poco aburrida —respondió Kristin encogiéndose de hombros.

Él la observó, con una mirada vacía que no decía nada. Luego la empujó y entró al edificio.

—¿Estás bien?

Se dio la vuelta y vio a Rob y al cachorro a poca distancia. Chanel jaloneaba la correa y le gruñía a ese tipo tan intenso. Rob era parecido a él.

—Estoy muy bien. No te preocupes por él. Su leotardo le dio alergia y eso lo puso de malas.
—Kristin señaló hacia atrás—. De hecho es mi mejor amigo.

Rob frunció más el ceño.

Se agachó para acariciar al perro, que portaba un collar brillante que decía Chanel. Era una tontería, pero Kristin se enterneció al ver que Rob no sólo había conservado el nombre que ella le había puesto al perro; además le había hecho un collar personalizado.

Sonrió radiantemente, rascándole las orejas al perro.

—¿Cómo estás, Chanel? Creo que te acaban de bañar.

—Nunca había visto un perro que disfrutara tanto el baño —dijo Rob—. No se quería ir de la estética canina.

—A mí también me gustan los spa —le dijo al animal. Luego se paró—. Por supuesto, tengo mucho que no voy. ¿Compraste comida para llevar?

Él vio la bolsa que traía en la mano.

—Sí.

Ella esperó a que él diera más información, pero como no lo hizo, preguntó:

—¿Qué clase de comida?

—Hindú.

—Me encanta la comida hindú —le dijo sin dejar de verlo—. ¿Te importa si como contigo?

—La cachorra ladró una vez—. Chanel piensa que es una buena idea —señaló con una sonrisa dulce.

—¿A qué estás jugando? —preguntó él, con sospecha.

Ella se quedó helada, escuchando los gritos de sus ovarios que comenzaban a secarse.

—¿A qué te refieres?

—Obviamente quieres algo.

Tu esperma, pero Kristin se imaginó que él no reaccionaría bien si se lo decía en ese instante. Así que sólo dijo:

—Me caes bien.

Su mandíbula se endureció.

—No soy nada fácil, y si andas persiguiendo dinero, escogiste al hombre equivocado.

La idea de que ella quería dinero era tan ridícula que soltó la carcajada. Luego lo pensó más y se dobló de la risa.

—No es chistoso —oyó decir a Rob.

Si él supiera lo que tenía en su cuenta bancaria —la que tenía en Estados Unidos, más la que había abierto en las Islas Caimán, sólo porque se le antojó—, él también se reiría.

O quizás no. A los hombres no les gusta que su mujer tenga más dinero que ellos. A menos que sean vividores, y ella se cuidaba de no atraer a ese tipo de varones que sólo querían aprovecharse.

—¿Quieres contarme el chiste? —preguntó Rob con curiosidad, en vez de la molestia que ella había esperado.

Limpiándose las lágrimas de risa, negó con la cabeza.

—Ahora no. Al menos hasta que me des de comer.

—Ven pues —suspiró.

Ella caminó a su lado, soltando la última risita.

—Hacía mucho que no me reía tanto.

—Menos mal que te ayudé.

—Sólo para dejar las cosas en claro, me estaba riendo de mí, no de ti.

—Si quieres que te crea, tendrás de decirlo más convencida.

—Soy una pésima actriz —sonrió—. Soy un libro abierto. Nunca aprendí las artimañas femeninas, porque siempre estuve rodeada de chicos. Mi mamá no me ayudó, porque era bombera.

—¿Tu mamá?

Ella asintió con la cabeza.

—Crecí en un hogar algo rudo. Soy ruda. No trates de ganarme en las vencidas. No juego limpio.

—Ya me había dado cuenta —musitó.

Chanel ladró en señal de acuerdo.

—Amo a esa perra —sonrió al ver la cachorrita—. Estoy feliz de que la hayas adoptado.

—Ella es buena. —Rob se agachó y le rascó las orejas.

Ay. Robert Cray fingía ser un frío hombre de negocios, pero por dentro era todo corazón.

Luego Kristin frunció el ceño.

—¿A qué te dedicas, Rob?

—Dirijo un fondo de cobertura.

Y por lo visto con mucho éxito, por la forma en que vestía y por el hecho de vivir en Laurel Heights.

Caminaron hasta el final de la cuadra y dieron vuelta a la derecha. Otra cuadra, y a la izquierda, y él movió la cabeza al ver su casa.

—Aquí es.

Kristin vio el edificio por fuera. Tenía tres pisos y arquitectura eduardiana, en buen estado, con un bonito patio en la parte de enfrente.

—Es tan bonita —exclamó y se apresuró a alcanzarlo en el porche. Él abrió la puerta y le hizo una señal para que entrara. Ella entró y vio a su alrededor—. Es una casa bien puesta.

—Sí. —Él la vio como si estuviera loca. Se agachó para quitarle la correa a Chanel.

La perra caminó tranquilamente por el pasillo; obviamente sabía a dónde iba.

Kristin se asomó por la primera puerta. Había una sala amplia, decorada en tonalidades café. Elegante decorada, pero monocromática.

—¿Cuántas habitaciones tienes?

—Cuatro. —Se quitó la corbata, la acomodó sobre una mesa y se desabrochó los primeros dos botones de la camisa.

Ella miró su cuello. Por alguna razón, esa pequeña zona de piel era la cosa más erótica que había visto.

Estaba más atrapada de lo que creía. Carraspeando, desvió la mirada para evitar brincarle encima.

—¿Y vives solo? ¿Con todo este espacio?

—No. Gracias a ti, vivo con Chanel. —La comisura de su boca formó una sonrisa—. Al menos ella prefiere dormir en su propia cama. Pensé que se adueñaría de la mía. Vamos.

Ella lo siguió por el pasillo, sin pena, asomando la nariz en todas las habitaciones. Se veía que la casa había sido decorada profesionalmente, porque todo era perfecto. Pero era una casa, no un hogar; un poco fría y solitaria.

—Tu casa es grande. ¿Quieres tener una familia?

—No lo he pensado específicamente, pero está en mis planes a largo plazo.

—Qué bueno.

Él la miró por encima del hombro.

—Sería una lástima no aprovechar todo este espacio —dijo sin querer. Él no tenía por qué saber las ideas que rondaban por su cabeza.

—Generalmente como en el estudio. —Rob le entregó la comida y le hizo la señal para que la siguiera a una habitación—. Ponte cómoda. Voy por los cubiertos.

—Okey. —Ella entró, puso la bolsa de comida en la mesa y empezó a curiosear.

Esta habitación era infinitamente más acogedora que el resto de la casa. No lucía tan impecable o perfecta, pero tenía la elegancia y el esmero que, según comprendió, formaba parte de Rob. Había matices personales aquí y allá. Una fotografía de una pareja de señores mayores en el escritorio. Algunas fotografías claramente familiares en la pared. Unos libros adecuadamente desgastados en un estante. Una cobija de cachemira sobre el respaldo de un sillón de piel.

Ahí vivía. Podía jurar que su habitación también estaba ordenada, pero que sí la utilizaba.

Él entró y puso una charola sobre la mesa.

—¿Encontraste lo que estabas buscando? —preguntó astutamente al sentarse en el sillón.

Aún no, pero estaba a punto de descifrarlo. Ella tomó el marco que estaba en su escritorio.

—¿Son tus padres?

—Sí.

Los observó. Notó la similitud que él tenía con ambos, junto con la indiferencia que esperaba de él. Era natural que tuviera esa actitud. Al menos no la provocaba ella, pensó, al colocar la foto de nuevo en su lugar. En vez de sentarse en el sillón, se acomodó en el piso junto a él, porque parecía menos formal.

—¿Viven en San Francisco?

—Boston.

—¿Los visitas a menudo? ¿O ellos te visitan? ¿Tienes una buena relación con ellos? ¿Y el resto de las personas que están en las fotos son tus hermanos?

Él la miró divertido mientras sacaba los envoltorios con comida de la bolsa.

—No sé cuál de todas tus preguntas responder primero, ¿por qué no mejor te hago yo unas preguntas?

—¿Por qué? —dijo parpadeando.

—¿Por qué me haces tantas preguntas?

—Porque me interesas. Ya sabemos que soy una latosa y que tú me vas a dar de comer.

Él se quedó congelado y la observó fijamente.

Ella trató de entender lo que él veía. Sabía que era atractiva, pero el físico no importaba. Lo que importaba era la conexión entre los dos, la electricidad que se produciría cuando estuvieran juntos.

¿Lo habría percibido él también?

—Tiendo a deshacerme de las cosas que me dan lata —dijo él cautelosamente.

—¿Es una advertencia?

Él se rio y le dio un plato.

—Es un hecho que no tiene nada que ver contigo, porque no eres una latosa. No mucho.

—Gracias —le sonrió—. ¿Cuándo nos casamos?

Él se puso todo tenso pero luego se relajó cuando se dio cuenta de que ella obviamente estaba bromeando.

—Lo que quiero saber es para qué me quieres —le dijo, acercándole un recipiente con curry.

—Quiero tu cuerpo —dijo ella, sirviéndose una generosa porción en el plato antes de devolverle el recipiente.

—Sí, ya sé —estuvo de acuerdo, entregándole un envoltorio con *naan*—. Pero eso no va a suceder.

—¿Por qué no? —Ella puso el pan en la mesa, absorta en la conversación.

—No funcionaría.

—¿Cómo sabes? —insistió.

—Lo sé y punto.

—Pero me invitaste a tu casa.

—Tú te invitaste sola —dijo, negando con la cabeza.

—Pudiste haber dicho que no.

—¿Decirte que no a ti? Creo que no se puede.

Para ella, eso quería decir que era irresistible, lo cual era bueno. Pero obviamente él no lo veía así.

—Y creo que no te gusta el hecho.

—Ya te dije que no te entiendo. Podría decirte que eres una plaga, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Kristin.

No pensó que le respondería, pero finalmente él dijo:

—Me intrigas, aunque no debería.

—¿Por qué no debería intrigarte? ¿Soy inaceptable para ti? —Un pensamiento cruzó su mente—. ¿Es porque trabajo en un café y tú tienes un trabajo —hizo unas comillas con los dedos — “real”?

—No del todo.

—Sabes bien que eso es un sí. —Frunciendo el ceño, tomó un pedazo de *naan* y lo remojó en el curry que tenía en el plato—. Debo decirte que me encanta trabajar en el Café Sabio, lo prefiero a mi trabajo anterior. Puedo hablar con todo tipo de gente, y todos llegan felices y quieren platicar conmigo.

—¿Qué hacías antes?

—Cosas de tecnología. —Él no tenía por qué saber que ella había fundado una de las principales empresas de asesoría tecnológica en el mundo.

—Y ahora eres barista —dijo como si tratara de entenderla—. ¿Por qué dejaste de trabajar en la tecnología? ¿Te despidieron?

—Necesitaba un cambio. —Ella se dio cuenta de que él interpretó aquello como un *Sí, me despidieron*, pero no quiso corregir su percepción. Hizo a un lado su comida; ya no tenía hambre.

—Préndeme la chimenea.

Él frunció el ceño.

—No hace frío.

—No eres nada romántico, ¿verdad? —Torció los ojos—. ¿Qué importa? Será muy agradable.

Él parecía querer decirle que no habría ningún romance entre ellos, pero la sorprendió al ir a encender la chimenea. Era una de esas chimeneas automáticas de gas, y el calor irradió de ella inmediatamente.

Suspirando, ella se acercó y estiró las piernas, curveando los pies. Todavía no se acostumbraba a estar parada todo el día.

—Eve, mi jefa, trabaja con unos tacones de miedo. No sé cómo le hace.

Rob miró aquellos pies. Ella lo visualizó dándole un masaje a sus pies. No lo hizo, pero eso no importaba, porque, según ella, lo había considerado. Poco a poco.

—¿Terminaste de comer? —preguntó Rob.

—Sí. Gracias.

—Casi no comiste.

—Arruinaste mi apetito.

—¿Porque te dije que jamás tendríamos una relación?

—Sí. —Lo encaró—. Corrígeme si estoy equivocada, pero creí que te había gustado cuando nos besamos la otra vez.

Su mirada se concentró en sus labios.

—Sí me gustaste.

Ella oyó el deseo en su voz y alzó las manos.

—¿Entonces por qué estás decidido a no involucrarte conmigo? Casi nos quemamos con sólo rozar nuestros labios. Nada más piensa en lo que hubiéramos podido hacer.

—No, no pensaré en eso.

—¿Por qué demonios no? —gruñó de frustración—. Acabas de decirme que sí te intereso.

—No puede ser. Estamos en etapas distintas de nuestras vidas. Tú, a tu edad, debes de estar pensando ahora en tus opciones profesionales.

—¿A mi edad?

—Tienes unos veintitantos años, ¿no?

Ella soltó una carcajada mientras que sus ovarios de treinta y ocho años ardían en desesperación.

—No sé si eso fue un halago o me acabas de llamar inmadura.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, obviamente confundido.

—Tengo suficiente edad para saber que te quiero a ti. —Se acercó.

—¿Qué haces? —preguntó, aunque no se movió ni dejó de observarla.

Ella podía estar jugando el papel de cazadora, pero tenía la sensación de que ahí todavía él era el depredador. Se trepó a su regazo.

—Voy a besarte.

Sus manos la detuvieron, tomándola de las caderas, sin motivarla ni desilusionarla.

—No es una buena idea.

—Es la mejor idea que he puesto en práctica en mucho tiempo. —Ladeó la cabeza y acercó la boca a sus labios. El primer beso fue como una prueba, pero hubo calor.

El segundo beso no tuvo ninguna indecisión, a diferencia del primero. Ella se lanzó, todo o nada. Las manos de él no se movieron de lugar, pero la apretaron.

Ella levantó la cabeza para suspirar de nuevo en sus labios.

—¿Esto es una carga para ti?

—No.

—Entonces bésame. —Ella se acercó más—. Como si quisieras hacerlo.

Él la miró a los ojos, como buscando sus motivos. Pero, francamente, cualquiera que hubieran sido los motivos de Kristin, en ese momento lo quería simplemente por ser él mismo.

Rob metió la mano entre su pelo, le hizo la cabeza hacia atrás y la besó profundamente. Fue un beso lento pero, al instante, ella lo sintió arder como la chimenea. Todo su cuerpo revivió.

Abrazándolo, puso su cuerpo junto al suyo. Debajo de su camisa de vestir se sentía duro. Varonil. Sus partes femeninas se llenaron de placer y anticipación.

Su alma suspiró. *Él es*, insistía.

Y Kristin estaba de acuerdo.

Apenas se estaba interesando cuando Rob levantó su boca y dijo:

—Tengo que llevarte a tu casa.

Ella sólo quería que él la tomara, punto. Pero no quería presionarlo cuando había ganado terreno. Así es que se sentó.

—Me iré sola.

—Yo te llevaré.

—Vivo del otro lado de la ciudad. No tiene sentido que vayas hasta allá y luego te regreses.

—Además no quería que él viera su elegante departamento.

Ella se había acomodado en el sillón, al lado de él.

—Yo te llevaré. Vamos. —Ella resopló, pero sabía que no tenía las de ganar—. ¿A dónde vamos? —le preguntó ya en el auto.

—Potrero Hill.

Él arqueó la ceja mientras recorría las calles vacías de San Francisco.

—Es una zona de lujo.

—Mi departamento no lo es. —No comparado con el de él—. Tengo un tiempo ahí y lo comparto.

Eso no era del todo mentira. Sí compartía el edificio con otra pareja, pero el piso de arriba, con su vista panorámica, era todo suyo.

Viajaron en silencio, ambos obviamente ensimismados en sus pensamientos. Cuando llegaron a la casa, ella señaló la puertita lateral.

—Es por ahí.

—¿Vives en la parte de atrás? —preguntó, asomándose por la ventana.

—Sí. —Tampoco era mentira. Su habitación estaba en la parte trasera, y ella *sí* pasaba casi todo su tiempo ahí.

Abrió la puerta.

—Gracias por alimentarme.

—No comiste nada.

—Y por traerme a casa.

—A fuerzas.

—¿Siempre eres así de difícil, o nada más eres así conmigo? —preguntó exasperada.

Él no tuvo las agallas de sonreír.

—Es nada más contigo.

Con la mirada afilada, lo agarró de la camisa y lo besó. Se suponía que iba a ser un beso de castigo, pero salió muy cargado y la dejó deseando más.

Antes de que él pudiera decirle que se detuviera, se bajó del auto y corrió hasta su casa. Se metió y desde atrás de la puerta vio cómo se marchaba; esperó a que se perdiera de vista para encender todas las luces y dejarse caer en la cama.

Ella quería pedirle que le donara su esperma, pero ahora estaba confundida. Puso una almohada debajo de su cabeza y vio el techo con mirada perdida. Ahora se preguntaba si se estaba quitando algo a sí misma, y también a su bebé, si sólo le pedía que fuera un donante. Porque ella se visualizaba sentada en el piso con él, comiendo platillos hindúes y platicando, por muchos años.

Quizás necesitaba ajustar sus planes. Quizás no había pensado en grande.

Suspirando, revivió cada delicioso beso de esa noche e imaginó cómo sería tener eso para siempre.

CAPÍTULO DIEZ

ALGUIEN LLAMÓ a la puerta principal de la casa de Lola a las 10:10 PM, exactamente diez minutos después de la hora en que Sam dijo que terminaría su programa. Los nervios en el estómago la habían tenido temblorosa todo el día y se exacerbaron cuando fue a abrirle.

Abrió la puerta.

—Hola...

Él dejó caer la bolsa que traía en la mano, la jaló y se la devoró.

En cuanto sus labios se tocaron, desaparecieron los nervios. Abrazó su cintura; se acurrucó en su chamarra mientras sus manos se clavaban en su pelo. Ella lo oyó gemir cuando él le metió la mano debajo de la bata, pues comprendió que ella no traía nada debajo.

Su boca tomó la de ella con la misma pasión de siempre. Esta vez tenía más hambre. Quería más profundidad, más lentitud, como si ambos supieran que les quedaba toda la noche.

La hizo caminar en reversa sin dejar de besarla. Ella oyó que la puerta se cerraba, y a ciegas estiró la mano para ponerle llave. Luego él la cargó, con las manos debajo de sus nalgas, y la llevó hasta la pared más cercana.

Ella perdió el aliento de la emoción y lo envolvió con las piernas. Su pene endurecido, que parecía más dispuesto que nunca, hizo contacto. Lola se frotó sobre él, esperando poder manifestar cuánto lo deseaba.

Sam trazó un sendero de besos en su cuello mientras le desabrochaba la bata.

—Por favor, dime que estuviste todo el día desnuda esperándome.

—¿Eso te excita? —preguntó, y le sacó la camiseta de los jeans para poder tocar su piel.

—Me excitará todo el mes. —Él logró quitarle la bata, desnudando primero un hombro, y le dio un leve mordisco para probar su piel.

—Entonces, te confesaré que así escribo todo el día. —Arqueó la espalda, ofreciéndole más —. Desnuda, con una bata de seda, sólo yo y mi laptop.

Él gimió otra vez y acercó su cuerpo para que ella sintiera el pulso de su dureza.

—Sabes que pensaré en eso todo el tiempo, ¿verdad?

—Qué bien. —Y en seguida reclamó su boca.

Él se desabrochó el pantalón y cuando ella sintió su cálida piel sobre el muslo fue su turno para gemir.

—Necesito tu ayuda —dijo él, mostrándole un condón.

Claro que podía ayudarlo. Abrió el paquete y se lo puso tan rápido como fue humanamente posible, presionada contra la pared y él mordiciéndola por todos lados. Sin querer dejarle nada a la suerte, lo guió hasta adentro de ella.

Ambos perdieron el aliento al sentirlo.

—Estoy —luchó para encontrar las palabras— llena.

—Y calientita. —Él siguió revoloteando en su apertura, dejando que ella se excitara y se acostumbrara a la sensación. Retiró el pelo de su cara para contemplarla—. ¿Sí quieres hacer esto?

—No. —Se contoneó encima de él—. Me muero por hacerlo.

—Gracias a Dios —dijo él fervientemente y la penetró hasta el fondo.

Ella dejó caer la cabeza automáticamente y se golpeó fuerte contra la pared.

—Auch.

—Le voy a dar un beso —prometió Sam—, después de besar esto.

Y se lanzó sobre su pezón y lo chupó.

Ella gritó; tenía las piernas envolviendo a Sam, con voluntad propia. Por la forma en que él gemía, se dio cuenta de que eso le agradaba, así que lo apretó más.

Él comenzó a cabalgar, cada vez más rápido, hasta que ella tuvo que sujetarse de sus hombros, clavándole los dedos.

Era la mejor cabalgata de su vida.

Era la clase de sexo que tenían los personajes de sus libros.

Al menos de vez en cuando. Todavía no lograba que Louise y Calvin hicieran el amor.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sam, con respiración entrecortada.

—¿No es la chica la que debe preguntar eso?

—No cuando de pronto no estás poniendo atención a lo que aquí sucede. —Él se hizo un poco hacia atrás para meter la mano entre los cuerpos—. Quizás esto te sirva —dijo tocándola justo ahí. Ella gritó; los dedos de sus manos y de sus pies se encorvaron—. ¿Ya tengo tu atención de nuevo? —susurró en su cuello.

—Sí. —Ella hacía círculos con las caderas. Él la tocaba con desesperante suavidad; ella quería más fuerte.

—¿Más fuerte? —preguntó Sam, como si pudiera leerle la mente.

—Sí. —Le ofreció su cuerpo—. Sí, sí, sí.

Él le dio lo que quería, todo lo que buscaba. La acarició más fuerte con el dedo, hasta que su visión se nubló y cada acometida de su erección se convirtió en una cascada de luces artificiales.

—Eso, mi vida —murmuró él—. Házmelo. Vente, quiero que termines sobre mí.

Ella gritó, sin poder contener más el clímax. La sensación la atrapó, la atravesó, una y otra vez. Apenas oyó que él la llamaba por su nombre mientras él la seguía por el mismo camino, con los dedos clavados en su piel.

Incapaz de seguir erguida, se dejó caer sobre él. Sam la sostuvo y los dos resbalaron cautelosamente por la pared, hasta que la tuvo en su regazo, inerte en sus brazos.

Ella cerró los ojos, oyendo latir el corazón de Sam. Fuerte y rápido, parecía un eco del suyo.

Parecía era la palabra indicada en este caso. Esto no era más que un ligue. Algo casual, se recordó a sí misma. Un impulso carnal que ninguno de los dos podía negar.

Qué importaba. Era bueno.

—¿Vamos a hacer esto otra vez? —preguntó un poco perdida.

—Sí. —Rodó sobre la alfombra y la puso encima de él.

—No quise decir ahorita. —Lola logró levantar la cabeza para mirarlo—. A menos que puedas hacerlo con el estómago vacío.

—¿Quieres ver? —Y la penetró profundamente.

Ella sintió cómo crecía adentro de ella y suspiró de placer.

—Sí, por favor. Y luego necesito comer algo.

—Yo también —susurró con una sonrisa malvada antes de saborear el banquete... que era ella.

CON PALITOS CHINOS, Lola se llevó un pedazo de brócoli a la boca. Le encantaba la comida china, pero era infinitamente más deliciosa si la disfrutaba desnuda en la cama.

Por supuesto tenía un poco que ver con el hombre alto y musculoso que estaba acostado a lo largo del colchón. Tenía la cabeza recargada en el brazo y la miraba mientras comía un rollo lentamente.

Ella sonrió. Las sábanas se habían desacomodado y su pelo se sentía como una medusa, pero no recordaba haberse sentido tan bien en mucho tiempo.

Sam tenía la culpa, y ella podía apostar que él estaba dispuesto a asumirlo.

Señaló con los palitos chinos sus partes varoniles flácidas que aun así eran impresionantes.

—Debiste odiar eso en los vestidores.

Él se vio.

—¿Así dicen en las novelas de amor para expresar que les gusta el paquete?

—Es un buen paquete. —Vio que su rodilla tenía una cicatriz.

—Estábamos en Tahoe, y me enojé con Chelsea, mi ex —suspiró—, así que decidí resolver mi frustración en la montaña. Mi carrera terminó con una mala caída. Fue la segunda estupidez que cometí en mi vida.

—¿Cuál fue la primera?

—Casarme con Chelsea —sonrió melancólicamente.

—Pero tienes a Madison —dijo Lola.

—Sí. Y tengo mi programa de radio. —dijo frunciendo el ceño—. O lo tendré de nuevo, cuando termine *Noche de Damas*.

—No entiendo por qué diste ese giro a tu carrera.

—Creyeron que podría aumentar el rating. —Remojó su rollo en una salsa rosa y le ofreció una mordida.

Era dulce y grasoso y delicioso.

—Llegaste muy rápido de la estación.

—Me pasé un par de altos —le sonrió con los ojos aborregados—. Además le pedí a una practicante que pasara por la comida. No quería perder nada tiempo.

—Me gusta que hayas estado ansioso por venir.

—Me gusta que me hayas recibido desnuda.

—No te recibí desnuda. Traía una bata.

—Ponte esa bata más a menudo. —Sujetó su tobillo.

Lola se llenó de una satisfacción muy femenina.

—Okey.

Le quitó la caja de comida y Sam tomó un poco de carne con los palitos.

—Sobre nosotros...

—¿Nosotros? —ella lo interrumpió.

—Quiero que entendamos lo mismo.

—¿Entender qué? —preguntó cautelosamente.

—Que podemos hacer esto cuantas veces queramos, sin atarnos.

—Ah. —Aliviada, asintió con la cabeza—. Suena perfecto.

—¿Sí? —preguntó él, también con reservas.

—Sí. —Ella tomó el último rollo—. No pienso invertir mucho de mí en otro hombre emocionalmente destrozado, y un playboy nunca va a buscar compromiso.

—Sólo para dejarlo en claro, ¿en este caso yo soy el playboy?

—Pues claro. —Le guiñó un ojo y le ofreció una mordida del rollo remojado.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó Sam después de haber masticado el bocado—. ¿Qué yo me comprometa?

—Todas las mujeres quieren un “Y vivieron felices para siempre”.

—Algunas quieren dinero.

Algo en su voz llamó su atención. Lola lo miró atentamente; lo observó realmente. Él quiso parecer tranquilo, pero se sentía incómodo. Ella recordó lo que él le había contado de su ex esposa y se le rompió el corazón.

—No todas —aseguró con delicadeza—. Algunas sólo quieren a alguien que las ame con todo y sus defectos.

—¿Cuáles son tus defectos?

—Yo escribo —se encogió de hombros—. A veces mucho. A veces en la tarde o muy de noche. Algunos hombres no aguantan no ser el centro del universo de una mujer.

—Algunos hombres valoran a las mujeres independientes. —Él también se encogió de hombros.

—Tengo otras obligaciones familiares. —Pensó en su madre y tuvo que forzar una sonrisa.

—Yo también.

Sabiendo que él se refería a su hija, le dijo:

—Me encanta Madison.

—Es un terror, pero es mía.

—Tú también la quieres.

—Con un amor que no sabía que existía —dijo él, sin apenarse.

—Qué tierno. Es una niña muy afortunada. —La añoranza invadió el corazón de Lola.

—¿No tuviste una relación así con tu padre?

—Mi papá murió cuando yo tenía veinte años. —Sonrió al pensar cuánto él se había esforzado para tratarla como una adulta, en vez de tratarla como su niña—. Fue un buen padre. Nuestra relación apenas comenzaba a madurar y a volverse especial cuando él falleció.

—Debiste de haberte sentido devastada por eso.

—Mi mamá sufrió más que nadie. —Tragó saliva. El duelo de Sally había muy duro, y Lola no había podido ayudarla. A veces se preguntaba si por eso su madre había desarrollado la demencia. También se preguntaba si no era una bendición el que su madre no pudiera recordar lo que había perdido—. Fueron la pareja más enamorada que he visto en mi vida. Cuando él murió, mi mamá se sintió perdida.

—¿Cómo está tu mamá ahora?

Su mamá no estaba bien, pero era un asunto muy personal y ella no quería hablar de eso. Así que mejor sonrió.

—Está muy bien.

Él le dio un bocado de carne.

—Me siento mal por tu papá.

—¿Por?

—No alcanzó a ver lo hermosa que estás.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. De cualquier otra persona, ella hubiera puesto en duda su sinceridad, pero Sam sí lo decía de corazón; ella pudo verlo. Parpadeó hasta secarse la humedad,

sintiendo que de nuevo su corazón se derretía por él.

Muy mala idea. Tal vez no era el cretino que ella pensaba, pero eso no quería decir nada. Kevin tampoco había sido un imbécil al principio. Ella no tenía la fuerza emocional para arriesgarse más. Menos ahora que tenía que entregar un libro —un best-seller— y una madre enferma que cuidar.

Hizo toda la comida a un lado y se le echó encima hasta tumbarlo de nuevo en el piso.

—Hola —dijo él con su gruesa voz, rodeándola con los brazos—. ¿Ya se te quitó el hambre?

Ella asintió con la cabeza al montarse en su cadera.

—Estoy lista para el postre.

CAPÍTULO ONCE

EL CAFÉ SABIO ESTABA REPLETO.

A veces sucedía. Kristin estaba acostumbrada a trabajar en tándem con Eve detrás del mostrador. Era como una compleja coreografía, a veces llena de gracia, a veces torpe.

Aquello era tan diferente de cuando trabajaba en Aspire. En Aspire, si ella quería, podía trabajar días seguidos sin hablar con nadie frente a frente.

Pese a la locura matutina, Kristin notó que Rob no había ido a la hora acostumbrada. Cada vez que alguien entraba veía hacia la puerta, con la esperanza de que fuera él.

Qué tontería, se dijo a sí misma, mientras le entregaba un café frío a un cliente. Eran pasadas las nueve; él ya estaría en el trabajo.

¿Acaso lo había espantado aquella noche, cuando se invitó sola a su casa para cenar con él?

Frunciendo el ceño, lentamente calentó leche para preparar un café mocha y un cappuccino. Empezó a repasar mentalmente los sucesos de aquella noche. Sí *había sido* un poco terca, pero él no parecía haberse molestado.

Tampoco se había mostrado precisamente interesado en involucrarse con ella. Y desde entonces, no lo había visto en el café.

Hizo un puchero al terminar de preparar las bebidas y las puso en el mostrador.

—Un latte de vainilla, un latte con nutela y un espresso doble para tomar aquí — anunció su jefa mientras le daba el cambio a un cliente—. Y necesito que mi barista sonría.

—¿Tan mal me veo? —Kristin suspiró.

—Sí —sonrió Eve—. Pero es sólo porque tu galán todavía no llega.

—Ya es muy tarde. Él no...

—Mira. —La otra mujer le dio un codazo.

Él entró, sin dejar de mirarla.

Oh, por favor, que sea él, suspiró su cuerpo. Ella sintió lo mismo de siempre: los nervios, los temblores y las lucecitas.

Francamente, era como una gripa.

—Si lo ves así vas a asustar al pobre tipo —dijo Eve al acercarse para agarrar un panecillo.

—No lo estoy viendo —protestó Kristin, sirviendo una taza de café—. Estoy demostrando mi disgusto ante su aparente falta de interés.

—No lo veo tan indiferente. —Su jefa lo analizó abiertamente—. Yo lo veo como que quiere llenarte todo el cuerpo de crema y luego lamerla.

Kristin resopló y trató de ignorarlo.

Imposible. Él atraía su mirada. Era más que su físico: era *él*. Ella lo veía irresistible, como nunca antes había visto a un hombre. Eso la desconcertaba y la emocionaba al mismo tiempo. Lo

cual se agravaba por el hecho de que él la veía como si la deseara, tal como Eve le había dicho. Su mirada era como una caricia, y ella la sentía en todo su cuerpo.

Ella estaba muy consciente de él, aunque había agachado la cabeza y escondido todo su ser detrás de una inmensa máquina de espresso. Él se acercó y ordenó su bebida a su jefa, y luego se quedó ahí parado para esperar su café.

Kristin lo señaló con un revolvedor.

—Hoy no tengo tiempo para coquetear, así es que ni lo intentes.

—Siempre hay tiempo para coquetear —dijo Eve quitándole una cuchara—. Llévatelo a la cocina.

—Hay mucha gente. —Señaló la fila de clientes.

—Yo me hare cargo hasta que llegue Allison. —Eve vio la hora—. Llegará en unos minutos. Ve.

Kristin frunció el ceño viendo a Rob.

—Él no quiere.

—Ni siquiera me lo has pedido —respondió él suavemente.

—Bueno. Son dos contra uno. —Alzó las manos. Salió del mostrador y agarró a Rob de la corbata—. Ven.

Con cuidado le quitó la seda para mejor tomarla de la mano.

—No creas que eso va a apaciguarme —le dijo por encima del hombro al entrar a la cocina.

Él la detuvo e hizo que lo mirara.

—¿Quieres decirme por qué estás tan molesta?

—No estoy molesta. —Se cruzó de brazos—. Estoy furiosa. —El buen humor encendió su mirada. Ella le dio un golpe en el hombro—. No te atrevas a reírte.

—Ni siquiera lo pensé.

—Ése es el problema, ¿verdad? Ni siquiera lo piensas —bufó—. Pues entonces me rindo.

—¿Por qué las mujeres siempre quieren que uno les lea la mente? —Meneó la cabeza—. No tengo idea de qué me hablas. ¿En qué debo estar pensando?

—En mí. —Se cruzó de brazos y lo miró—. En hacerme el amor, para mayor precisión.

—Qué ridícula eres. Pienso en eso todo el tiempo.

Ella comenzó a gritar y luego comprendió sus palabras.

—¿De verdad?

—¿Cómo podría evitarlo si me enseñas ese increíble cuerpo que tienes y me besas así? —Sacudió la cabeza, con las cejas juntas.

—No te ves muy entusiasmado que digamos —observó Kristin.

—No lo estoy. —Dio vueltas a su alrededor—. Tú me acosas. Me presionas. Me comprometiste con una perra que yo no quería...

—No hables así de Chanel. Es muy sensible.

—Interrumpes mi mañana con tu boca atrevida, entonces sólo puedo pensar en besarte durante toda mi primera hora en el trabajo. Me estás volviendo loco.

Ella se hizo para atrás lentamente.

—No quiero volverte loco.

—Sí quieres. —La acorraló de nuevo en el mostrador, cerrándole el paso con los brazos—. Quieres que yo pierda el control.

Con el corazón latiendo a mil por hora, levantó la mirada.

—¿Y cómo voy?

—Yo nunca pierdo el control —dijo él mientras la sujetaba de la nuca y la atraía a su lado.

Luego la besó.

Ella se retorció de placer cuando aquellos labios tocaron su boca. Era un beso deliberado y él lo tenía bajo control, así que ella sólo pudo abrazarlo fuertemente.

Cuando finalmente la soltó, Kristin apoyó las manos en el mostrador para no caerse.

—Qué bonito —dijo—. Tendremos que intentarlo de nuevo.

—No.

—¿No? —Arrugó la nariz.

—No. —Él se acomodó la corbata.

Esperó una explicación, pero aparentemente él no tenía nada que decir, así que ella intervino.

—¿Por qué no? ¿No acabas de decir que piensas en mí como yo pienso en ti?

—Sí, pero eso no significa que involucrarnos sea una buena idea.

Ella quiso decirle que tampoco quería involucrarse con él, que sólo quería tener sexo, pero no sentía que fuera verdad. Así que sólo dijo:

—Es una idea buenísima.

Él le acomodó el pelo.

—Nos estrellaríamos.

—Sería una noche estrellada.

—Mejor dicho, como una explosión en el espacio. —Él le acarició la cara—. Vivimos en mundos distintos. No funcionaría. Ya lo intenté antes.

No vivían en mundos distintos, pero a él parecía importarle poder aceptarla como era, sin saber que tenía una fortuna y que había sido cabeza de una de las empresas de tecnología más grandes del mundo.

—El dama y el vagabundo sí funcionaron.

—¿Vas a usar a Disney como ejemplo? —sonrió casi imperceptiblemente.

—Funcionaron. —De pronto buscó algo en el suelo—. Hablando de la dama, ¿dónde está Chanel?

—La dejé en la veterinaria. Le harán una revisión de rutina. Por eso voy tarde al trabajo. —Miró su reloj—. Tuve que dejarla ahí. —El corazón de Kristin se derritió. Era tan buen papá—. Tengo que irme al trabajo —dijo él.

Ella lo asió de la corbata antes de que pudiera escabullirse.

—¿Pensarás en mí y en mi boca atrevida?

Su mirada recayó en aquella boca.

—No quiero pensar en ti, Kristin.

Ella le dio un beso suave y de nuevo susurró en sus labios.

—Mentiroso.

CAPÍTULO DOCE

SAM SE ARRELLANÓ en el sofá de la sala, sintiéndose como el niño que se esconde de sus padres. Aunque en realidad, él era el papá, y la persona de la cual quería esconderse era su hija.

El mensaje de texto llegó con un timbre lleno de optimismo.

LOLA CARMICHAEL

Ya recibí las flores.

Él jamás le había mandado flores a una mujer con la que hubiera pasado la noche; o mejor dicho, dos noches. No era su estilo, pero había pasado por la florería y las flores se le habían quedado viendo, vibrantes y llenas de sol. Y sintió el impulso.

Antes de responderle, llegó otro mensaje de ella.

LOLA CARMICHAEL

No tienes que mimarme para quitarme de nuevo la ropa. Hazme venir igual y puedes pasar a mi casa cuando quieras.

“Ya voy en camino,” pensó mientras tecleaba.

Eso significa que traes ropa puesta.

LOLA CARMICHAEL

Ni de chiste, muchacho.

—¿Qué haces, papi?

Claro que él no se lo iba a decir.

—¿Terminaste tu tarea?

La niña torció los ojos y luego pegó un brinco para sentarse junto a él.

—Hace años. Te lo dije.

—Ah. Claro. —Estaba distraído. De hecho, estaba distraído desde esa mañana de domingo en que salió de casa de Lola. Dos noches con ella y su mundo había cambiado por completo.

—¿A quién le estás enviando mensajes? —Su hija trató de ver la pantalla del celular.

—A nadie. —Apagó la pantalla. Lo único que le faltaba era que su hija viera los mensajes de sexo que le enviaba a una mujer.

Madison hizo una mueca y agarró el control remoto. Apagó la televisión.

—Óyeme. —Señaló la pantalla en blanco—. Es el partido de fútbol.

—Tenemos cosas importantes que discutir, quiero que pongas atención —le dijo tratando de

sonar como adulta—. Con la televisión no me escucharás.

¿Cosas importantes? Se imaginó todo lo que podría ser —cosas femeninas— y empezó a sudar.

—Quizás deberíamos llamarle a tu mamá.

Madison arrugó su carita de muñeca.

—¿Para hablar de Lola?

—¿Lola? —frunció el ceño—. ¿Quieres hablar de Lola?

—¿Qué creíste, que quería hablar de *sexo*? —Se estremeció a propósito.

—No es bueno burlarte de tu padre. —La señaló con el dedo. Ella rio—. ¿Qué quieres decirme?"

—Creo que debes llevarla a tu fiesta, el viernes.

—¿Yo te hablé de eso?

—Pues claro. —Levantó los ojos—. Invítala.

Él se imaginó a Lola en un vestido de coctel y de nuevo comenzó a sudar.

—Madison, no creo que ella quiera ir.

—Claro que sí. Todas las chicas queremos tener un pretexto para ponernos vestidos elegantes. Y tú le gustas.

—¿Cómo sabes?

Ella se encogió de hombros con toda la sabiduría de sus once años.

—Es muy obvio. ¿La vas a invitar?

—Lo pensaré. —De hecho era una brillante idea. Jennifer estaría ahí, por supuesto, porque se trataba de una fiesta para recabar fondos de la empresa. Si su jefa pensaba que Lola y él tenían una relación sincera, tal vez lo devolvería a su horario normal.

Aunque, la verdad, *Noche de Damas* no era tan terrible como se había imaginado. Una vez superada la negatividad inicial, se sorprendió al ver que disfrutaba el programa. A la gente le importaban sus opiniones sobre su vida amorosa, y sus invitados lo entretenían.

Pero no quería quedarse dándole consejos a mujeres enamoradas por el resto de su vida. Él adoraba los deportes.

Y Lola era la respuesta a la situación con Jennifer.

Sin embargo, presintió que a Lola no le agradaría saber lo que estaba planeando.

Pero no tenía por qué saberlo, y además sí le gustaba. Eso lo sorprendió. Con ella se sentía lleno de vida, como no le había sucedido desde sus días en el fútbol. Así que, técnicamente, no tenía nada que perder.

—Ya no lo pienses. —Madison agarró su teléfono y se lo puso en la cara—. Llámale.

Él la vio con enfado pero tomó el aparato.

—¿En qué momento te volviste tan entrometida?

—Siempre me has dicho que luche por lo que quiero. —Se inclinó hacia delante y puso la barbilla sobre sus rodillas, abrazando sus piernas.

—¿Ahí te piensas quedar?

—Sipi.

Él reconoció esa expresión de terquedad; era como verse en el espejo. Debía acordarse de pedir disculpas a sus padres. Convencido de que Madison no se iría de ahí hasta que hiciera la llamada, buscó el número de Lola y marcó.

Contestó a la tercera.

—Si quieres sexo, no es un buen momento. Estoy haciendo el amor.

—Apuesto que él no es tan bueno como yo.

—La verdad no —suspiró.

Él no pudo evitar sonreír como un tonto. Madison le dio una leve patada.

—Pregúntale —dijo.

Era su turno para retorcer los ojos.

—Tengo una niña muy latosa aquí que insiste en que te invite a una reunión el viernes.

—Es un baile —gritó Madison.

—¿Ella quiere que me invites a un baile? —rio Lola.

—Es para una obra de caridad que patrocina la estación. Madison insiste en que te encantaría ponerte un vestido de fiesta y acompañarme.

Hubo una pausa. Entonces Lola dijo con su voz sensual y ronca.

—¿Y tú que quieres, Sam?

Yo te quiero a ti. Miró a su hija, que estaba desesperada.

—Fuera, Madison.

Se paró con un suspiro de frustración.

—Adiós, Lola —gritó y salió del cuarto.

Sam esperó hasta que Madison ya no pudiera oír. Luego, porque sabía que

Lola entendía todo el significado de sus palabras, dijo suavemente:

—Me encantaría que vinieras conmigo.

—Qué travieso —contestó sin aliento.

—¿Aceptas?

—Sí. Y luego tú te vendrás conmigo —prometió.

—Me muero por eso —dijo él fervientemente.

Ella se rio y colgó.

Sam dejó el celular en el sillón y fue a contárselo todo a su hija.

Madison salió corriendo de su habitación en cuanto escuchó sus pasos.

—¿Te dijo que sí?

—Sí.

—¡Sí! —Se puso a brincar y lo tomó de la mano—. Tenemos que ver qué te vas a poner.

—Me pondré ropa. —Dejó que ella lo llevara hasta su habitación—. Además, falta mucho.

—Cuatro días. —Madison meneó la cabeza como si él fuera imposible y lo llevó hasta el armario. Abrió la puerta, examinó el interior, hizo todo a un lado sin poner mucho cuidado hasta que encontró un saco que le gustó—. Esto, con una camisa blanca. Te ves bien de blanco. Y jeans. Pero con unos zapatos bonitos.

Él la vio ponerse de rodillas y gatear por el piso. Madison alzó un par con expresión de triunfo.

—Éstos.

Eran los zapatos más caros que tenía, un par que le había costado una fortuna antes de lastimarse la rodilla.

—Okey.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—¿Me mandas una foto por el celular?

—¿Por qué eres tan mandona?

—Es muy importante, papi.

—Okey, bien. —La sacó del armario—. Pero ya es hora de que te vayas a dormir.

—Okey. —Se fue brincando hasta su habitación muy complacida, ya que había logrado lo

que quería.

Él la siguió meneando la cabeza. La acomodó en su cama y apagó la luz. Como todas las noches desde que ella había nacido, frotó suavemente su espalda para ayudarla a calmarse. Él adoraba esta parte del ritual. Sentía latir su corazón debajo de sus delgadas costillas como si fuera música.

—Estoy feliz de que hayas invitado a Lola, papi —murmuró su hija.

—¿Por qué te cae tan bien? —preguntó. No sabía la respuesta. Madison nunca lo había presionado a que saliera con una mujer. De hecho, había sido una malcriada con algunas de sus novias.

—Porque te gusta —dijo ella—. Lo noté en el programa de radio. Le hablaste como me hablas a mí, y nunca haces eso.

Madison abrazó su almohada y minutos después se durmió.

Sam se quedó ahí sentado con el eco de sus palabras. Los niños siempre dicen la verdad.

CAPÍTULO TRECE

LOLA ENTRÓ CORRIENDO a La Casa del Sol, ansiosa por compartir la novela con su mamá. Había comenzado de nuevo. Sólo tenía tres semanas, pero la nueva premisa le había llegado de pronto y finalmente la historia le estaba saliendo desde el corazón.

Ella creía que era buena.

Pero su mamá era la prueba de fuego. Lola se moría por contársela. Subió corriendo las escaleras hasta el cubículo de las enfermeras.

—Hola, Letty. ¿Cómo está todo?

—Bien —respondió Letty—. El inhalador hizo su trabajo y a tu mamá se le está descongestionando el pecho. El doctor está muy contento. Y hoy es un buen día.

—¿Qué tan bueno?

—Pues me reconoció.

Lola casi se desvaneció en el cubículo, con el pecho lleno de felicidad. Los días buenos eran escasos y aislados, cada vez menos. Había pasado ya un año desde la última vez que su madre la había reconocido, y había sido un momento tan breve.

—Tengo miedo de tener esperanzas.

—Lo sé. —La enfermera acarició su mano—. ¿Es muy difícil, verdad?

—No necesito decir más. —Lola sonrió y se dirigió al pasillo. Abrió la puerta y se asomó—. ¿Mamá?

Sally volteó desde su lugar acostumbrado junto a la ventana, donde tejía. Entonces su rostro se iluminó.

—Lola. Hace tanto que no te veo. Pasa mi niña.

La presión en el pecho de Lola desapareció y se apresuró para abrazar a su madre.

—Mamá, que *gusto* verte.

Su mamá la sujetó frente a ella, con los brazos extendidos.

—Siento que hace mucho que no te veo. Has cambiado.

—¿Cómo?

—Un poco más sabia. —Frunció el ceño—. Hace mucho que no estoy así de lúcida, ¿verdad?

—Algo —aceptó Lola; no quería mentirle a su mamá.

Sally acarició la cara de su hija, llena de tristeza.

—Siento mucho ser una carga para ti, mi amor. Debes dejarme aquí y olvidarte de mí.

—Jamás te dejaré, mamá. —Besó la frente de su mamá, captando su aroma. Luego cerró los ojos y le dio las gracias a Dios por ese momento. Estaba muy consciente del hecho de que ése podía ser el último momento de lucidez de su madre.

Atesoraría cada instante.

Tragándose la tristeza se enderezó, sonriendo dulcemente.

—Tengo una historia nueva que leerte, mamá.

—¿Es uno de tus libros? —preguntó, haciendo a un lado su tejido.

—Sí. El nombre de la heroína es Louise.

—Un nombre que se parece mucho a Lola. —Su madre sonrió ampliamente—. Tu primera historia sobre tu padre y yo, así es que asumo que esta vez escribes sobre ti.

Su mamá recordaba. Lola no pudo hablar por un momento, estaba conmovida. Finalmente, logró asentir con la cabeza.

—Sí, es sobre mí.

—Entonces léemelo.

Sacó las páginas que había impreso y comenzó a leer la nueva historia.

La primera vez que vio a Sawyer, ella pensó que era un cretino; un cretino que besaba como si quisiera acurrucarse en su regazo y nunca salir de ahí. Louise no tardó mucho en comprender que se había equivocado en cuanto a la parte “cretino”, pero no había errado en suponer que él la deseaba, cuerpo y alma.

Lola leyó la historia, acerca de un malhumorado escritor y personaje de la televisión que estaba amargado por la suerte que le había tocado vivir, pero que tenía un corazón de oro. Cuando su mamá se reía, se sentía tan orgullosa que voluntariamente hubiera pasado otra vez todo lo de Kevin, con tal de que ella pudiera apreciar mucho más su relación con Sam.

—¿Es todo lo que tienes? —preguntó su madre cuando finalmente dejó de leer.

—Es todo lo que he escrito. Tuve que borrar la historia que estaba escribiendo y comenzar de nuevo.

—Me gusta Sawyer. —Su madre asintió con la cabeza una vez para validar su declaración—. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Sam.

—Tiene un buen nombre. ¿Es bueno contigo?

—Realmente no somos pareja, mamá. Apenas nos estamos conociendo. Pero saldremos esta noche.

—Si lo lastimaron de verdad, como dices en tu historia, por supuesto que será cauteloso. Sólo sé tú misma y lo conquistarás. —Su madre recogió el tejido y empezó a hilar de nuevo.

Lola la observó, admirando su destreza y preguntándose cómo es que no se le había olvidado tejer.

—Mamá, he querido preguntarte qué tejes. ¿Es una bufanda? —Su mamá no volteó, como si no hubiera escuchado la pregunta—. ¿Mamá? —Se acercó y tocó su brazo.

Sally se sorprendió y respingó. El miedo en sus ojos se convirtió en una mirada distante; veía sin ver, mientras sus manos maniobraban con las agujas.

Se había ido de nuevo.

El corazón de Lola se hundió, pero reprimió las lágrimas. Le dio un beso en la frente y lentamente guardó sus cosas. Cuando se sintió lista, sonrió a fuerzas y se puso de pie.

—Ya me voy, mamá, pero volveré el domingo para verte.

No hubo respuesta.

Lola salió de la habitación, diciéndose a sí misma que no se sentiría desilusionada o triste, porque los pocos momentos en que madre la reconocía eran un regalo. Alzando la cabeza, salió

del centro y se fue a casa. Lo mejor que podía hacer por su mamá era pasarla bien con Sam esa noche.

Quería casa. Un baño le serviría mucho para relajarse.

Porque la curiosidad era mayor, antes de bañarse revisó su correo electrónico. Estaban los correos basura de siempre, algunos mensajes de sus admiradores, un correo de Kevin (que ella borró) y uno de Madison Taylor.

Decir que sintió curiosidad es poco, pero luego vio el asunto y se detuvo. *Tu cita con mi papá*. Quizás no debía leerlo.

¿A quién quería engañar? Por supuesto que lo iba a leer. Abrió el correo.

Para: Lola Carmichael <lola@lolacarmichael.com>

De: Madison Taylor <mad_tee@hotmail.com>

Asunto: Tu cita con mi papá.

¡Hola, Lola! ¿Te acuerdas de mí? Soy Madison, la hija de Sam.

Tú y mi papá van a salir esta noche, y sólo quería decirte que debes ponerte algo muy bonito, como si fuera tu graduación. Sé que debí escribirte antes, pero mi mamá me prohibió usar el internet esta semana porque me la pasé en Facebook y no lavé los platos.

Ni que lavar los platos fuera tan urgente.

Espero que tengas algo que ponerte.

Atentamente,

Madison

Lola no pudo evitar sonreír al volver a leer el mensaje. Aparentemente, Sam le había dicho la verdad cuando le explicó que Madison lo estaba presionando para que la invitara a salir. Tener la bendición de la niña para salir con su papá era bueno, ¿cierto?

Algo bonito... Tenía pensado llevarse un vestido negro, pero ahora quería algo más sugerente, y ya tenía el atuendo en mente.

Se dio un baño, deleitándose en el agua caliente hasta que se todo se desvaneció, excepto la emoción por la cita de esa noche. Puso mucho empeño en su peinado; primero se secó el pelo y luego lo onduló con un cepillo hasta que rebotaba y brillaba. Luego se puso la ropa interior negra de encaje más sensual que tenía, lamentándose de no haber ido a la tienda de Olivia para comprar algo realmente especial. Ni modo. Para la próxima. Finalmente se puso su descarado vestido rojo, complementando el atuendo con zapatos plateados y gruesos aretes de plata que había comprado en una tienda de arte moderno en Nueva York.

Se vio en el espejo y sonrió. Sam se tragaría su propia lengua.

CAPÍTULO CATORCE

SAM ESPERÓ a que Lola abriera la puerta. Estaba nervioso. De nuevo se sintió como un adolescente que iba a recoger a la chica que le gustaba para salir juntos por primera vez. Metió las manos en los bolsillos esperando que no lo hiciera esperar mucho.

Ella abrió la puerta.

—Eres impresionantemente puntual.

—Y tú estás *como quieres*. —El vestido rojo rodeaba su cuello, ajustado en la parte de arriba y abierto en la falda, para que asomaran las largas y bronceadas piernas.

—Madison me dijo que me vistiera como para ir a mi graduación —Alisó la tela con las manos—, pero cuando me gradué me puso un vestido de encaje hasta el cuello.

Él miró su hermoso cuello y le dio las gracias a Dios en silencio de que no lo hubiera cubierto.

—Te falta algo.

—¿Qué?

Él se acercó y besó su clavícula.

Escuchó el suspiro y sonrió. Esa noche sería mucho mejor de lo que él había anticipado. Le estiró la mano.

—¿Estás lista?

—Vámonos. —Puso su mano en la suya.

Él no la soltó en todo el camino. Ella le dijo que había decidido comenzar de nuevo a escribir su libro, pero que ahora la premisa era tan buena que casi se escribía sola. Sam le contó de los invitados que había tenido en el programa de radio esa semana, particularmente sobre la sexóloga de la noche del miércoles, que quiso enseñarle a respirar según el tantra.

Cuando entraron al palacio municipal, donde se llevaría a cabo la fiesta, él le quiso enseñar lo que le había mostrado la terapeuta.

Lola se rio.

—Si haces eso cuando tengamos sexo, me muero.

—Ése no es el objetivo —le dijo llevándola hasta la barra que habían puesto a un costado—. Ella aseguró que aumentaría mi interacción sexual y me causaría orgasmos más satisfactorios.

—¿Tus orgasmos no son satisfactorios?

Él se detuvo y la acercó.

—Contigo, la palabra satisfactorio no me alcanza. Lo menos que puedo decir es que son impresionantes.

—Sigue —sonrió—. Cuéntame más.

—Prefiero demostrártelo.

—Okey —dijo ella con voz suave.

Se moría de ganas de besarla, pero era una reunión de la empresa. Así que le sonrió cálidamente.

—¿Quieres un trago?

—Por favor.

Se acercaron a la barra. Pidió ginebra con agua tónica para ella y una cerveza para él. Con los tragos en la mano, volvieron lentamente al salón, admirando las exhibiciones que habían instalado.

—¡Golazo!

Sam volteó y vio que los directores de la radio venían caminando hacia donde él estaba; Jennifer iba detrás.

Fantástico. Sonrió forzadamente.

—Qué gusto verlos —mintió.

—Estás haciendo buen trabajo en el horario de las ocho. —Owen Pickering, el presidente, asintió con la cabeza con los ojos rebosando de signos de dólares—. El índice de audiencia se fue hasta arriba, como Jennifer anticipó.

—Jennifer es una señora inteligente. —Y él lo reconocía, aunque hubiera puesto su carrera en riesgo. Pero si no lo hubiera hecho, jamás habría conocido a Lola, así que quizás ser la voz de las mujeres enamoradas no era tan malo. Incluso, lo estaba disfrutando. No quería hacerlo por siempre, pero era un cambio interesante.

—Gracias, Sam. —Jennifer sonrió con un dejo de sospecha. Luego se dirigió a Lola—: Esto sí que es una sorpresa, señorita Carmichael.

—Por favor, dime Lola.

Jennifer se dirigió a los ejecutivos.

—Lola Carmichael es una escritora best-seller, fue la primera invitada de Sam.

Los hombres hicieron gestos de complicidad.

—Vemos que el programa mejoró *tu* vida amorosa, ¿no es así, mi Gol?

—Quizás podríamos publicitarlo —dijo uno de los hombres.

—Mi vida privada es privada —objetó Sam antes de que se pasaran de la raya—. No van a hacer mercadotecnia con ella.

—Ya veremos. —Pickering le dio unas palmadas en el hombro y se marchó. El grupo lo siguió.

Excepto Jennifer, que veía a Lola con curiosidad.

Él conocía muy bien a las mujeres. Así que se preparó para recibir el comentario mordaz que echaría todo a perder entre él y Lola. No quería estropear la relación con Lola. De hecho, quería que las cosas fueran cada vez mejor.

Le gustaba. Mucho.

Jennifer le estaba preguntando a Lola sobre su actual proyecto, Lola le estaba respondiendo con vaguedades, cuando de pronto una mujer se acercó.

—¡Lola Carmichael!

—Jane, qué sorpresa. —Lola sonrió cariñosamente—. Es un placer verte.

La mujer besó las mejillas de Lola sin tocarlas.

—Adivina quién está aquí. *Kali Singh*. ¿Recuerdas que escribe para Cosmo? *Tienes* que venir a saludar. ¿Puedes prestarme a Lola un segundo? No me tardo.

Antes de que Sam pudiera responder, la mujer se llevó a su chica. Mirando por encima del hombro, Lola sonrió pidiéndole una disculpa. Él asintió con la cabeza para hacerle saber que no

había problema; que ella debía hacer lo que fuera necesario.

Él y Jennifer la vieron partir.

—No creí que fuera posible —dijo Jennifer.

—¿Qué? —Le dio un sorbo a la cerveza.

—Qué realmente te importara una mujer —dijo meneando la cabeza—. Pensé que eso nunca lo verían mis ojos; tú, comportarte así por una mujer.

—¿Comportarme cómo? —preguntó cautelosamente.

—Como si quisieras devorarla, por supuesto, pero también como si estuvieras dispuesto a hacer pedazos a quien quisiera acercársele.

¿Él se veía así?

—¿Eso significa me vas a devolver mi programa?

—Por supuesto que no. —Jennifer lo vio como si estuviera loco—. Apenas tienes unos días de haberla conocido. Hay que ver si no es flor de un día. Casi me trago el cuento.

Lola lo vio desde el otro extremo del salón, pidiendo *auxilio* con la mirada.

—Discúlpame —le dijo a Jennifer en voz baja para ir a rescatar a su invitada.

Cuando la alcanzó, las dos mujeres con las que estaba tenían un gran debate sobre algún género artístico. Él la abrazó y dijo en voz alta.

—Tengo que robarme a Lola. Es una cuestión romántica y necesito su opinión.

Las dos mujeres apenas lo miraron antes de retomar la conversación.

—Gracias. —Lola suspiró profundamente y se le acercó—. Creí que mi cabeza iba a explotar.

Él la abrazó para que los cuerpos se pegaran; le gustaba lo bien que embonaban.

—¿De qué hablaban?

—Arte capilar.

—¿Como lo que se hacen las modelos? —preguntó llevándola a la galería principal que estaba al final de las escaleras.

—No. Es una disciplina artística del siglo diecinueve; tomaban el pelo de los seres queridos que habían muerto y lo convertían en cuadros. —Hizo una mueca—. Eso me explicó mi amiga Gwen.

—Medio tenebroso.

—Ya lo sé. Traté de zafarme, pero mi representante quiere que me relacione con Kali Singh desde hace mucho tiempo. Si escribe sobre mí en su columna, mis ventas aumentarán. —Lola vio a su alrededor—. ¿A dónde vamos? Arriba no debe de haber nada.

—Exacto. —La llevó a una alcoba apartada, oculta por una cortina, y la tomó entre sus brazos.

—¿Ésta es la emergencia romántica? —preguntó Lola, poniendo los brazos alrededor de su cuello.

—Me estoy muriendo —suspiró él, besando su hermoso cuello.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres respiración boca a boca?

—Claro. —Tomó sus labios como si lo hubiera estado esperando todo el día. Se besaron, y se besaron más, hasta que eso ya no era suficiente. Él levantó la mirada para inspeccionar los alrededores—. Ahí —dijo, y la llevó hacia la ventana. Se apoyó en el saliente y puso a Lola entre sus piernas.

Después, tampoco eso era suficiente, para ningún de los dos. Lola dio el siguiente paso, desabrochándole el pantalón y extrayendo lo que ella quería.

Ambos miraron lo que ella tenía en la mano. Sam metió la mano al bolsillo y le dio el condón que había llevado, por si acaso.

Ella sonrió como una sirena mientras se lo ponía y trepaba en él. Sujetándolo, dio un gran suspiro al deslizarlo hacia dentro.

—Tal parece que preferimos hacerlo de pie.

Él le desabrochó la parte trasera del vestido, exponiendo su sostén negro de encaje.

—¿Te molesta?

—¿Crees que me importa?

—Haré ejercicio con las piernas. —Le bajó un tirante del sostén y acarició su pezón con el pulgar.

Ella ronroneó, arqueándose al sentir el roce de sus manos.

—Eso es exactamente lo que pienso cada vez que lo hacemos.

—Si puedes pensar, quiere decir que no estoy haciendo las cosas bien.

—Lo estás haciendo bien, pero puedes hacerlo más fuerte.

—Puedo más fuerte —murmuró junto a su cuello, e hizo justamente eso.

CAPÍTULO QUINCE

KRISTIN LE HABÍA PEDIDO a Eve una semana con horario estratégico: entrar a trabajar tarde en la mañana en lugar de abrir. Quería darle a Rob la oportunidad de echarla de menos al no encontrarla al comenzar el día.

Eve le había preguntado qué pasaría si él no lo notaba, pero Kristin había estado segura de que él se daría cuenta de su ausencia. Un hombre no besaba a una mujer como él lo había hecho para después olvidarse de ella.

El lunes volvió a su horario normal. Por lo pronto jugó con la idea de lucir especialmente guapa cuando lo viera, pero tampoco quería que él tuviera expectativas poco razonables.

Puntualísimo, Rob llegó por su café y su panecillo antes de ir al trabajo. Chanel caminaba a su lado.

Kristin sintió un poco de emoción cuando vio cómo la observaba mientras caminaba hacia el mostrador. Quería treparse en el mueble y encontrarlo a medio pasillo para que le diera otro de esos explosivos besos.

En lugar de eso, ladeó la cabeza y sonrió para recordarle lo atrevidos que podían ser sus labios.

—Hola.

—¿Dónde has estado?

—¿Me extrañaste? —Le sirvió café.

Él la vio como si quisiera llenarla de chocolate y quitárselo con la lengua.

—Tengo algo que proponerte.

—La respuesta es sí.

Una sonrisa se posó en sus labios.

—No sabes qué es.

—No, pero tengo la esperanza.

—Necesito que me ayudes con algo. Eres la persona perfecta.

—¿Sí? —preguntó suavemente.

—Sí —dijo él con seguridad—. Quizá podamos vernos más tarde para ver los detalles. ¿Vamos a cenar?

A ella le encantó la idea.

—Me parece muy bien.

—¿Recuerdas dónde vivo? —Cuando ella asintió con la cabeza, él dijo—: Ve como a las siete.

—Ahí estaré.

Él la siguió viendo embobado todo el trayecto hasta que llegó a la puerta de la cafetería. Ella

esperó hasta no verlo más para alzar el puño. "Excelente". Luego se dio cuenta de que ambos se habían olvidado del café y el bizcocho. Bueno, ella le daría algo más acaramelado y dulce después.

KRISTIN LLEGÓ unos minutos tarde a la casa de Rob, porque primero fue a casa para quitarse del pelo el olor a café, y a ponerse ropa más sensual. Ya lista, timbró.

Él abrió la puerta, delicioso en su camisa de vestir con las mangas dobladas y el cuello desabotonado. Sonrió mirándola de pies a cabeza y eso le provocó escalofríos en el cuerpo.

—Pasa.

Su meta era encontrar un donador de esperma; ella no creía que pudiera encontrar a alguien con quien compartir su vida. Además de tener mucho dinero, no era una persona fácil. Había vivido sola demasiado tiempo; ya tenía sus costumbres muy arraigadas.

Pero Rob tenía algo. Con él sentía que la relación podría funcionar, y su instinto nunca se equivocaba.

La cachorrita salió a saludar. Kristin se arrodilló y rascó a la perra en los mismos sitios de siempre.

—Hola, Chanel. —La perra ladró una vez y luego se marchó, evidentemente satisfecha con aquella atención—. ¿Qué dijo el veterinario?

—Que está muy saludable —respondió Rob—. Estaba impresionado, considerando que es una perra de la calle.

—Porque ella es una perrita impresionante.

—Eso creo. Ven por aquí. —Rob la llevó por el pasillo.

Ella quiso decirle que recordaba dónde estaba el estudio, pero él dio la vuelta y la condujo al comedor. Kristin se detuvo en la entrada; no le agradaba el salón porque era muy frío y formal. Quería preguntarle si podrían mejor ir al estudio, pero la confundieron todos los documentos que estaban en la mesa.

—¿Qué es todo esto?

—De esto quería hablarte. Siéntate. —Le acercó una silla y se sentó frente a ella.

Muy lejos. Casi sintió ganas de cambiar de silla y acercarse, pero vio una base de datos sobre mesa. Tomó los papeles y se sentó lentamente.

—¿Es de una de tus acciones?

—Sí. No está funcionando como quisiéramos, no sé quién pueda arreglarlo. Creo que tú sí puedes.

Frunciendo el ceño, ella observó el documento.

—¿Hacer qué cosa?

Él empezó a describir cómo estaba usando la base de datos y cómo ésta estaba dando un desempeño por debajo de lo que él necesitaba. Los incrementos que él quería eran una cuestión muy simple; cualquier estudiante de administración podría hacerlo.

Pero él se los estaba pidiendo a ella.

A ella le gustó que él considerara que era la indicada, pero hubiera preferido ser la elegida para otra cosa que no fuera tecnología y administración. Había dejado todo eso atrás.

Pero fácilmente podía darle lo que él quería. No le tomaría mucho tiempo y a él lo beneficiaría. Lo vería como una prueba. Si aprobaba, estaría dentro. Él estaba poniendo su empresa en sus manos, y sabía que para un hombre como él, eso era muy significativo. Él no creía que sus mundos fueran compatibles, y ésta era una oportunidad para que viera qué buena

pareja harían.

Así que se concentró y le hizo unas preguntas más sobre cómo él y su equipo estaban usando la base de datos.

Al principio Rob se vio sorprendido pero luego respondió entusiasmado.

Kristin hizo unas anotaciones y luego dimensionó el trabajo. No sería difícil, pero tendría que hacerlo de noche, después de su turno en el Café Sabio. Y quería hacerle ciertos ajustes a la interface que Rob necesitaría a largo plazo. Apretó los labios, calculando.

—Tardaré dos semanas, quizás tres.

—De verdad puedes hacer esto —observó.

—Pues sí. Soy perfecta para esto. Sería una idiota si te dijera que no puedo.

—¿Entonces por qué trabajas en el café? Hay infinidad de trabajos en el campo de la tecnología, sobre todo si eres buena.

—Quizás nadie me contrataría —dijo alegremente, mirando sus anotaciones.

—Te contrataron en el café.

—Eve no pide mucho —mintió—. ¿Ya piensas darme de comer? Porque no he comido nada.

Él frunció el ceño y se puso de pie.

—Debes comer a tus horas.

—Sí, señor. —Alzó los ojos y lo siguió a la cocina.

Él la miró seriamente mientras ella abría la puerta del refrigerador.

—Hablo en serio.

—He vivido treinta y ocho años sin problemas. Creo que sé cómo cuidarme.

—¿Tienes *treinta y ocho años*? —Se quedó helado.

—Sí. —Arqueó la ceja y se sentó en la repisa—. No me digas que creías que tenía dieciocho o algo así.

—No, pero algo así. —Estudió su cara como si buscara pruebas de su edad.

Ella se encogió de hombros, sintiéndose intimidada.

—Es mi genética. Mi mamá tiene sesenta y nueve y parece que acaba de cumplir cuarenta.

¿Tú qué edad tienes?

—Cuarenta.

—¿Y soltero? —preguntó—. Algunos dirían que tienes un problema.

—¿Tú no eres soltera?

—Sí, pero todo el mundo sabe por qué.

—¿Por qué? —le preguntó mientras metía la lasaña en el microondas.

—Hago lo que quiero. Los hombres no pueden con eso.

—Algunos sí.

Ella no quería a ningún hombre; ella lo quería a él.

—¿Te gustan las mujeres independientes?

—Sí. —Se recargó en el mostrador—. Trabajo mucho y la mayoría de las mujeres no lo entienden. Quieren a alguien que esté con ellas.

—¿Y piensas trabajar tanto cuando tengas una familia?

—Supongo que lo sabré cuando eso suceda.

—Si vamos a tener una familia juntos, tendrías que estar disponible.

—¿Quién dijo que vamos a tener una familia?

Ella siempre lo había dicho.

—No es negociable, por cierto. Nuestro hijo no necesita un padre ausente.

—Yo no podría ser un padre ausente. —Revisó la lasaña, la sacó del microondas y la puso en

el mostrador—. Mi papá siempre estuvo conmigo. Sé lo importante que es.

—Mi papá también siempre estuvo conmigo. —Ella abrió cajones hasta que encontró los utensilios. Sacó dos tenedores, le dio uno a Rob y se recargó en el mostrador, comiendo directamente del molde. ¿Para qué ensuciar platos si no era necesario?

Ella sabía que Rob la veía, pero luego empezó a hacer lo mismo.

—Y también para que lo sepas —dijo ella mientras devoraba la pasta caliente—, en cuanto nazcan los niños me quedaré en casa.

—¿Niños?

—Homero y Ulises. —Se encogió de hombros al ver su cara de duda—. Es lo mejor para ellos, ¿no crees?

—De lo contrario gastarás una fortuna en psicólogos cuando los molesten constantemente en la escuela.

Ella le ofreció un buen trozo de pasta.

—Sé que es muy anticuado esto de quedarse en casa para ser mamá, pero no quiero perderme un minuto de su niñez.

—Y yo extrañaré ver tu cara en las mañanas en el café —admitió Rob.

—No me extrañarás, porque te despertaré cada mañana —sonrió—. Verás mucho más que mi cara.

—Tienes que dejar de hablar así. —Rob meneó la cabeza.

—¿Cómo? —Kristin pestañeó inocentemente.

—Cuando dije que no me enredo con gente que trabaja para mí fue muy en serio.

Ella dejó caer su tenedor.

—¿O sea que mientras arregle tu base de datos, no haremos ninguna travesura?

—Exactamente.

—Vas a extrañar mis besos, ¿sabes?

Su mirada se concentró en sus labios que ella lamió para subrayar su mensaje.

—Eso es muy probable —reconoció.

—También vas a extrañar tocarme. —Dejó el tenedor en la mesa y acorraló a Rob en el mostrador, pegándose a su piel—. Se siente perfecto así, cuerpo con cuerpo. No lo puedes negar.

—No, no puedo. —La acercó y pasó los dedos por su espalda.

Suspirando, ella se arqueó al ritmo de sus caricias. Si tan sólo él hiciera más, o si metiera la mano debajo de su blusa.

—Pero ¿sigues insistiendo en la política de cero contacto?

—Sí. —Se oía poco convencido, como si ella pudiera persuadirlo.

Quizás Kristin debía conseguir a alguien más para que le hiciera el trabajo. Ella conocía a mucha gente capacitada. Podría asignárselo a alguien y supervisarlos para verificar que se hiciera perfectamente.

Pero ella quería demostrarle que estaba de su lado, que podía confiar en ella. ¿Qué mejor manera de demostrarle que entendía lo que él necesitaba? La moratoria de su relación sólo la incentivaría para hacer el trabajo más pronto. Todos saldrían ganando.

—Okey —Se alejó y extendió la mano—. Es un trato.

Él parpadeó sorprendido y vio a Kristin como si no entendiera lo que le estaba diciendo. Luego meneó la cabeza y tomó aquella mano.

—Hecho.

El calor de su palma la hizo estremecer, y juró que éste sería el trabajo con el plazo más breve en la historia de la tecnología, porque quería sentir esa mano en todo su cuerpo, y no

estaba dispuesta a aceptar un “no” como respuesta.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LOLA SE INCLINÓ sobre su laptop, tecleando furiosamente. Pese a todos los berrinches y falsos comienzos, el libro estaba cobrando forma. Las palabras literalmente fluían de ella con un ritmo imparable.

Ella solía preocuparse por la calidad de su escritura, pero tenía la sensación de que esto era lo mejor que había escrito en su vida. El ritmo era ágil, el diálogo era inteligente y los personajes eran maravillosos. Louise y Sawyer tenían electricidad sobre el papel.

No tanto como ella y Sam en la vida real, pero muy similar.

Por supuesto, no quería escribir *todo* lo que ella y Sam hacían. Nadie iba a creer lo estupenda que era la realidad.

Su mirada se dirigió a la ventana cuando recordó la fiesta privada que a la que habían ido después de la de beneficencia. A determinada hora de la noche regresaron a su apartamento donde se quedaron hablando —y haciendo otras cosas— hasta finalmente quedarse dormidos, casi al amanecer. Él se había quedado con ella todo el sábado, y se fue durante la mañana del domingo sólo porque debía recoger a su hija.

Suspiró felizmente. Había sido un *bonito* fin de semana.

A Lola por lo general no le gustaba tener a nadie a su lado mientras trabajaba. Kevin solía interrumpirla todo el tiempo, le hacía preguntas y generalmente exigía su atención.

Sam había ido al auto a recoger su mochila del gimnasio y vuelto con un latte para ella. Un par de horas después, cuando salió a tomar algo de aire, él le había preparado una ensalada y luego la mandó a seguir trabajando mientras se él se acomodaba en el sillón de la sala a leer.

Aclaración: a leer *su* libro.

Cuando Lola se dio cuenta se detuvo un momento, extrañamente conmovida. Nunca le había importado si sus conocidos leían sus obras en tanto que compraran un ejemplar para apoyarla. El género de romance no era del agrado de todo mundo, especialmente de un hombre tan varonil como el Golazo Taylor.

Pero ella lo había visto mientras leía, y vio que lo había disfrutado por la leve sonrisa que se dibujó en su rostro. De vez en cuando soltaba la carcajada, y su corazón daba un brinco.

Y eso le sucedía con frecuencia cuando estaba junto a él.

Sonó el teléfono. Hablando del rey de Roma, pensó al ver la pantalla. Contestó.

—Necesito que me hagas un gran favor —dijo Sam sin preámbulos—. Mi ex esposa decidió dejarme a Madison sin avisarme y no tengo quien la cuide; yo tengo que ir a trabajar. Sé que tienes que escribir, ¿pero crees que podrías hacerlo en mi casa?

—¿Tú quieres que yo cuide a Madison?

—Lo sé. Es mucho pedir.

—No, nada más me sorprendí porque creí que no se la dejabas a nadie.

—Por eso te hablé a ti.

Su corazón de nuevo pegó su ya famoso brinco.

—¿A qué hora me necesitas?

—Hace cinco minutos.

—Voy para allá —rio.

Anotó la dirección, empacó su laptop y sus notas y fue a rescatarlo.

La dirección correspondía a un amplio departamento en la parte baja de Haight. La fachada del edificio estaba un poco destruida. Tocó el timbre y un momento después escuchó los fuertes pasos de Sam que corría por las escaleras. La puerta se abrió.

—Gracias —dijo con mucho fervor, haciéndola pasar y poniéndole un beso apresurado en la cara—. Te debo una. Vaya que sí. Lo siento. Tengo que irme. Ya se me hizo tarde.

—Vete. Estaremos bien —dijo ella, aunque sin la más mínima idea de qué hacer con una niña de once años. Siendo hija única, nunca había tenido que cuidar a nadie.

Él la besó de nuevo.

—Llegaré después de las diez. Madison debe estar dormida a las nueve.

—Vete. —Ella sonrió de verlo salir corriendo y cerrar la puerta. Subió las escaleras hacia el departamento y gritó:

—¿Madison?

—Aquí estoy —dijo una vocecita desde la parte de enfrente del departamento.

Lola se encaminó hacia allá y se asomó en varias habitaciones. Esperaba que la casa fuera una varonil cueva, oscura y desordenada. No estaba obsesivamente limpia, pero tampoco era un cochinerito. Podría decirse que tenía calor de hogar, con muebles que sí se usaban y fotos de Madison por todos lados, al igual que imágenes de otras personas que, decidió ella, eran de familiares, debido al parecido.

En la sala, Madison estaba sentada en el piso frente a la mesa, frunciendo el ceño frente a una hoja en blanco. Volteó con expresión de amargura.

—Odio escribir ensayos.

—¿De qué tienes que escribir? —Se sentó en el piso frente a la niña.

—De Cristóbal Colón. Tengo que explicar cómo sus exploraciones afectaron al nuevo mundo.

Lola hizo una mueca.

—Ay Dios.

—Ya sé.

Lola pensó un momento. Si tenía que escribirlo, podría hacerlo como narrativa en vez de ensayo.

—¿Te gustan los cuentos?

—Me encanta escribir.

—¿Entonces por qué no escribes un cuento en vez de un ensayo? Si fuera mi tarea, escribiría desde el punto de visto de un indígena que fue invadido por Colón y sus hombres. No dejes de incluir los puntos que debes tocar.

—¿Crees que eso estará bien? —Madison parpadeó.

Ella se encogió de hombros.

—Depende de tu maestra, pero si no te arriesgas no lo sabrás. Podría darte puntos extra por tu creatividad.

—Entonces eso haré. —Madison tocó su nariz con el lápiz unas cuantas veces y luego se

clavó en el papel.

Lola sacó su laptop y también empezó a escribir, pero sobre una conquista de espacios diferentes, con lugares húmedos y suaves como el terciopelo.

Una hora después, Madison levantó sus páginas triunfalmente.

—Ya tengo mi primer borrador, y es fantástico.

—Muy bien. —Lola cerró su laptop—. Porque ya es hora de que te duermas.

La nena hizo un puchero.

—Pero no tengo sueño.

Lola no quería ser un ogro, pero tampoco quería ser una alcahueta.

—Ponte tu pijama y quizá podamos ver un pedacito de una película en la cama desde mi laptop.

—Okey. —Madison brincó emocionada y se fue corriendo.

Lola fue tras ella más lentamente, arreglando un poco el lugar. Cuando encontró el cuarto de Madison, al fondo, la niña traía puesta su pijama y se estaba subiendo a la cama.

Lola revisó la habitación, impresionada. Sam tenía un espacio privado y encantador para su hija. Podía ver la personalidad de Madison en los pósters de superhéroes y el edredón blanco y peludo, lo mismo que el tapete.

—Tienes un cuarto muy bonito.

—Sí, ¿verdad? —Se subió las cobijas a la altura del pecho—. Mi papá me dijo que podía poner lo que yo quisiera. Mientras no fuera muy loco.

Lola sonrió al reconocer las palabras de Sam.

—¿Qué hubiera sido muy loco?

—Paredes negras. —La niña se encogió de hombros—. Aunque se hubieran visto interesantes.

Lola se acomodó en la cama junto a Madison y se recargó en la cabecera.

—¿Qué tipo de películas te gustan?

—Las películas de acción. Y las de vaqueros —respondió, pero Lola tenía cara de duda; la niña se encogió de hombros—. A mi papá le gustan.

—A mí me gustan las películas de baile. ¿Ya viste *Step Up*, o *Step Up 2*?

Madison meneó la cabeza. Lola abrió la boca exageradamente.

—¿Qué? ¿Y *Footloose*? La nueva versión, por supuesto.

—No.

—¿*Dirty Dancing*?

—No.

—Dios mío. Tendré que hablar con tu padre al respecto. —Abrió su laptop y abrió su archivo de películas—. *Dirty Dancing* es un clásico pero no tenemos tiempo suficiente para verlo.

—¿Un clásico, como *Butch Cassidy y the Sundance Kid*? —Al ver la cara de duda de Lola, Madison sólo dijo—: Es una de las películas favoritas de papá.

—Claro. —Abrió el archivo—. Tienes que ver *Dirty Dancing* de principio a fin, así que lo dejaremos para otra noche. Pero podemos ver un par de bailes de *Step Up 2*. La del principio en el metro, la escena de la discoteca y el final, supongo.

Lola había visto esos bailes tantas veces que encontró las escenas sin mayor dificultad. Los argumentos de las películas *Step Up* no eran los mejores, pero las escenas de baile y la música eran fabulosas.

En cuanto comenzó, su pie empezó a moverse. Como siempre sucedía cuando veías las escenas —y las veía a menudo—, tenía ganas de pararse y tratar de hacer la coreografía, aunque

sabía que eso sería ridículo.

Al final de la tercera escena, Madison estaba de rodillas viendo la película, igualmente emocionada.

“Buena chica”, pensó Lola con agrado.

La niña gritó desilusionada cuando Lola cerró su laptop.

—Vamos a verla de nuevo. Es fantástica.

—¿Qué te parece si un día salimos todos al cine? Torturaremos a tu papá con nuestras películas.

—Okey —rio Madison.

—¿A dormir?

—Voy a leer un poco. —La niña tomó un libro que tenía en la mesa de noche y se metió en la cama—. ¿Me darás un beso de buenas noches?

A Lola se le derritió el corazón. Nunca se había visualizado como mamá, pero no parecía tan difícil. Le acomodó las cobijas a Madison y le acarició el pelo.

—Estaré en la sala si me necesitas.

—Okey. —La niña ya estaba ensimismada con la lectura. Antes de que Lola saliera de la habitación, le dijo—: La pasé bien, Lola. Qué bueno que viniste.

—Yo también —respondió suavemente y cerró la puerta.

SAM ENCONTRÓ la casa en calma.

La luz de la sala estaba prendida. Se asomó y vio a Lola dormida en el sillón; su laptop seguía abierta sobre sus piernas.

Le encantó verla ahí. Su pecho se llenó de un calor que no había sentido desde... bueno, en realidad nunca.

Sin querer analizar demasiado aquel sentimiento, fue a ver a Madison. Se había quedado dormida con la luz encendida y un libro en la mano. Típico. Puso el libro a un lado y le dio un beso en la frente antes de apagar la luz y buscar a Lola.

Lola dormía tan pacíficamente que no quiso molestarla. Pero cuando levantó su computadora, se movió.

—¿Sam?

Él se sentó en el sillón y la tomó entre sus brazos; ella se acurrucó arriba de él.

—¿Todo bien? ¿Madison no te dio problemas?

Ella lo observó adormilada y frunció el ceño.

—No puedo creer que nunca le hayas puesto *Dirty Dancing*.

—¿Eso fue todo lo que te dejó esta tarde? —sonrió, acariciándole el pelo.

—Eso, y que en el fondo eres en realidad un vaquero.

—¿Qué?

—Nada.

Él se encogió de hombros. Quizás ella estaba soñando.

—¿Pudiste trabajar o te arruiné la tarde por completo?

—De hecho escribí un capítulo. —Bostezó y acurrucó su cabeza más cerca de él—. Madison tenía tarea, escribimos juntas. Es una buena niña, Sam.

De verdad que sí lo era.

—Pero qué mal que ahora esté aquí.

—¿Por qué? —preguntó Lola.

—Porque muero por cargarte hasta mi casa, desvestirte y hacerte el amor lenta y apasionadamente. —Le acarició el pelo—. Pero no puedo con Madison en el cuarto de al lado.

—Y aquí es donde yo debo decir que también es agradable simplemente acurrucarse en el sillón y platicar, pero sería mentira. —Metió la mano por el cuello de su camisa—. Yo también preferiría estar desnuda y en la cama contigo.

—A la próxima —prometió Sam.

Ella sonrió.

—Y será muy pronto.

CAPÍTULO DIECISIETE

ERA TARDÍSIMO. Aún no era medianoche, según pudo ver Kristin en el reloj de su laptop. Demasiado tarde para llamar a Rob, especialmente porque él se levantaba muy temprano.

Pero quería hacerlo.

Probablemente le contestaría el buzón. Él parecía ser uno de esos hombres sensibles que ponen su celular en silencio para que no lo molestaran mientras dormía.

Kristin vio su computadora. Sí tenía una pregunta qué hacerle acerca de la base de datos. Pero en realidad sólo quería oír su voz. Habían pasado días desde su “reunión de trabajo” en el comedor, y lo extrañaba. Ni siquiera había podido coquetear con él cuando fue por su café en la mañana porque tenía que cubrir el turno de mediodía.

Tomó su teléfono y marcó el número que él le había dado. Esperó, pensando que se iría directo a buzón.

—¿Hola?

—¿Rob? —Parpadeó sorprendida.

—¿Kristin? —En su voz cansada había un rastro de confusión—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Qué haces despierto? Te iba a dejar un mensaje.

—¿Quieres que cuelgue?

Ella sonrió al notar en buen humor en su voz.

—No, está bien. Te lo preguntaré. A menos que quieras dormir.

—Para ser sincero, no puedo dormir.

Ella oyó una especie de crujido. ¿Sábanas? ¿Estaba acostado? Lo visualizó en la cama, estirándose debajo de las sábanas.

—¿Usas pijama?

—¿Perdón?

—¿Usas pijama para dormir? —repitió.

—¿Por? ¿Crees que por eso no puedo dormir?

—Si te la quitas lo sabremos.

Él se quedó callado. Por un momento pensó que le iba a decir que estaba cruzando quien sabe qué límite, pero se sintió feliz cuando él le dijo:

—Nunca he sido acosado por alguien que esté trabajando para mí.

—Qué bueno que soy la primera. —Cerró su laptop—. ¿Sabes qué es bueno cuando no puedes dormir?

—¿Qué?

—El sexo. Pero quizás podamos ir más despacio, como saliendo a caminar.

—¿Ahorita?

—Pues, sí. —Buscó sus chancas—. Te espero frente al edificio Ferry en quince minutos. Pensó que le iba a poner mil pretextos, pero se quedó sorprendida.

—Ahí nos vemos.

En cuanto oyó, ya estaba de pie. Ni siquiera se molestó en quitarse la pijama; mejor que él la viera en su estado natural, pero su pelo era un desastre. Volvió a hacerse la cola de caballo y se puso labial para que sus labios lucieran con brillo y sugestivos.

Tomó una sudadera y una bufanda, salió corriendo de la casa y se subió al auto. No tuvo que manejar mucho. Aunque usar el transporte público era mejor que tratar de encontrar un lugar donde estacionarse en la ciudad, a esa hora no había autobuses en su barrio, y tardaría al menos media hora para encontrar un taxi.

Estacionó su Porsche a un par de cuadras, suficiente distancia para que Rob no lo viera. El camino de Embarcadero al edificio Ferry era corto; ahí estaba él recargado en un pilar, esperándola.

Sus partes de niña empezaron a bailar y la misma voz interior suspiró y dijo “Sí, *ÉL*”.

Quería correr a su lado y abrazarlo, besarlo hasta morir, pero sabía que a él no le gustaba tener ese tipo de contacto con sus empleados, así que decidió comportarse mientras “trabajara” para él.

Llegó a saludarlo con una sonrisa pícara.

—¿Listo para tu remedio?

—¿Debo tener miedo? —preguntó, dando un paso para estar junto a ella.

—Te voy a preparar poco a poco. Esto suele funcionar para casos leves de insomnio.

—¿También te cuesta trabajo dormir?

No desde que había renunciado a Aspire.

—Antes sí.

—¿Y lo que estamos a punto de hacer te sirvió?

—Estamos caminando con mucha energía, pero no, el mejor remedio es tener sexo ardiente y pegajoso. —Ella calibró su reacción. Podía ver que sí lo estaba considerando; que se le lo estaba imaginando. Qué bien, porque ella se lo imaginaba muy seguido; ¿por qué debía él estar a salvo de la misma tortura? —Podemos hacer eso, si es que necesario recurrir a medidas drásticas.

—No puedo.

—¿No puedes tener sexo? —Vio su entrepierna.

—No —protestó—. No es eso.

—Menos mal —suspiró aliviada—. Porque me pondría muy triste.

—¿Cómo crees que me sentiría yo? —Negó con la cabeza—. No puedo tener sexo contigo. Estás trabajando para mí. Ya te dije.

—Sólo estoy arreglando tu base de datos, estoy a punto de terminar. —Luego agárrate.

—Tú trabajas para mí —insistió—, y nunca cruzo la barrera patrón-empleado.

—¿Jamás has salido con una compañera de trabajo? —preguntó con curiosidad.

—No.

Ella tampoco, pero conocía a muchos directores que habían roto ese tabú. Siempre habían terminado con problemas, y además había suficientes peces en el río afuera de la empresa.

—Me gusta que tengas principios, aunque interfieran momentáneamente con mis planes.

—¿Qué planes?

—Seducirte.

Él le mantuvo el paso, pero su expresión era de intriga, como si tratara de descifrarla.

—¿Qué harías? —preguntó pensativo.

—¿Perdón? —parpadeó.

—Para seducirme. ¿Qué harías?

La intensidad de su mirada la dejó sin aliento. Sintió el jalón de su cuerpo y quiso tocarlo, pero logró resistirse. No confiaba tanto en sí misma y sabía que podía arruinar el momento.

Además, no tocarlo la estaba excitando. Ella veía que él sí la deseaba, que *él* se estaba visualizando tocándola, y eso era casi tan bueno como hacer el amor.

—¿Entonces? —preguntó él de nuevo, con su voz grave, llena de deseo.

—Quizás te amarraría —dijo ella, imprudente—. Esperaría a que llegaras del trabajo y te quitaría la corbata y con ella te amarraría las manos.

Él no dijo nada.

¿No le gustaba la idea? Tenerlo bajo su control era muy excitante para ella. Se imaginaba besándolo por todos lados y supo que su respiración no se había acelerado por la caminata.

—No es la imagen que tenía en mente.

Ella salió de golpe de su sueño erótico.

—¿Cómo supiste que lo estaba imaginando?

Él la miró perversamente.

—Tú eres la que estarías amarrada, aunque presiento que necesitaría más de una corbata.

—¿Entonces, eso quieres?

—No. Trabajas para mí —repitió.

—Y yo sé que no amarras a la gente que trabaja para ti. —Alzó la mano—. Pero ya casi termino. *Entonces* me podrás amarrar. Te doy permiso.

—Eres diferente a las demás.

—Espero que lo digas en el buen sentido.

Caminaron en silencio. Ella notó que él estaba sumido en sus pensamientos, y lo dejó seguir. Hasta que vio una banca al final del muelle. Sin poder evitarlo, lo tomó de la mano.

—Por aquí.

Él aceptó la mano y se puso a acariciarla con el pulgar. Ella fingió sorprenderse.

—¿Agarrarse de la mano no va en contra de tu código moral de conducta?

—Debería. —No la soltó.

El calor la invadió. A él también le gustaba. Esto iba a funcionar. Ella terminaría el proyecto de la base de datos y luego él querría compartir su vida con ella, y después tendrían mucho sexo y muchos bebés.

Llegaron al final de muelle y se sentaron en la banca. El viento la traspasó y se acercó a él para sentir su calor.

—Necesitas más ropa —le dijo, quitándose la bufanda para ponérsela a ella.

Su aroma la envolvió y ella aspiró, queriendo recordarlo para siempre.

—¿Quieres más de lo que tienes? —preguntó Rob de la nada.

Ella meneó la cabeza.

—Tengo mucho. —Él la miró, lleno de confusión. No podía culparlo. Para él, ella era una pobre barista y no una empresaria de la tecnología ya retirada, con más dinero que Croesus. Francamente, sólo había algo que le faltaba—. Quiero tener un bebé —admitió.

—Eso me sorprende. No hubiera esperado eso de ti.

—¿Qué? ¿No te parece que sea maternal?

—No es eso. —La estudió.

—Entonces debes de pensar que estoy muy grande para tener hijos. —Lo miró con intensidad—. Sí, hijos, porque yo tendría tres si pudiera, pero, a estas alturas, con uno me

conformo. No voy a ser tan ambiciosa.

—No pienso que seas muy grande. No te ves ni de treinta.

—Mis óvulos ya son prehistóricos.

Guardaron silencio y él dijo:

—¿Por qué no has tenido un hijo si es tan importante?

—Porque nunca vi lo importante que era, hasta hace poco. —Hasta que se había dado cuenta de que no era feliz trabajando ochenta horas a la semana y de que quería crear algo que fuera realmente importante. Algo, o alguien, que pudiera cambiar el futuro, en lugar de sólo hacer más ricos a los ricos—. Pero tengo un plan.

—Tengo curiosidad y también miedo de saber qué es —sonrió Rob.

—Porque eres un hombre inteligente. —Ella alzó la mirada. Sus labios estaban tan cerca. Podría besarlos sin ningún esfuerzo.

Tenía tantas ganas.

Él también la deseaba. Era fácil saberlo por la forma en la que él regresaba la mirada con ardor inquebrantable. Rob le retiró un mechón de pelo de la cara, y su pulgar se sintió como un suave raspón sobre su piel.

Se acercó...

Y ella rápidamente se hizo para atrás. Rob tenía sus principios, y ella no quería violentarlos y que luego él se molestara por eso. Así que se puso de pie.

—Debes dormir.

Él se paró junto con ella. Estaba tan cerca que la hizo flaquear.

—¿Y tú no quieres? —preguntó él.

—¿Me estás invitando? —bromeó.

Él tocó sus labios con un dedo.

—No sabes lo tentador que eso suena.

SÍ, ES ÉL, le gritaron sus hormonas. Y ella quería que fuera él. Lo quería más que cualquier cosa.

Y por eso mismo fue que dio un paso atrás.

—¿Me llevas a mi casa?

Él se sorprendió, pero no trató de hacerla cambiar de parecer. Eso era bueno, porque ella hubiera aceptado de inmediato si él hubiera insistido. Tenía que pensar bien las cosas; una aventura de una noche no le serviría de gran cosa.

Caminó con él hasta su coche y dejó que la llevara a casa. No soltó su mano en todo el camino.

Valía la pena tener que llamar a un taxi en la mañana para recoger el Porsche.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—¿SAM? —Alguien tocó en el marco de la puerta del estudio. Cuando volteó se encontró con la mirada de Jennifer, que se estaba asomando—. Sólo quiero decirte que el índice de audiencia de anoche fue altísimo. —Ella sonrió como un tiburón contento—. Bien hecho.

—Fue gracias a ti. —Sam se había imaginado que el experto en relaciones de pareja que ella había invitado fuera aburrido, pero en realidad el tipo había sido divertido. Habían intercambiado buenas indirectas y varias puntadas, y después del programa el hombre le había dado su tarjeta y lo había invitado a tomar un trago. No en balde, estaban en San Francisco. Sam sólo le había dado las gracias y le había aclarado que ya estaba comprometido.

—Estás trabajando bien este segmento, Sam —dijo Jennifer sorprendida.

—No te sorprendas tanto.

—Francamente, estoy impresionada. No pensé que tu ego lo soportara.

—Yo tampoco. —Sam había pensado que el programa sería superficial, sin sustancia. Pero luego había empezado a recibir correos de sus seguidoras, que le decían que su percepción de la vida y el amor era tan singular que las había ayudado a mejorar sus vidas.

Era extrañamente conmovedor.

Claro que quería retomar el programa deportivo, pero no tenía mucha prisa.

¿Quién lo hubiera creído?

—Sabía que enamorarte sería bueno para ti. Me refiero a Lola —aclaró Jennifer sin necesidad. —La reacción inmediata de Sam hubiera sido negarlo, pero no pudo hacerlo. Lo más sorprendente es que no quería hacerlo. Jennifer sonrió con burla—. ¿Sin comentarios? O sea que no lo niegas.

—Para nada —respondió sin vacilar.

Boquiabierta, Jennifer meneó la cabeza.

—¿Quién hubiera pensado que un tigre podría cambiar sus rayas? Llega temprano el lunes. Quiero hablar contigo.

—¿De? —preguntó, suspicaz.

—A ver si regresas a tu viejo programa.

Un rayo triunfal recorrió su pecho, pero no se lo demostró. Se recargó en su silla, y cruzó las manos sobre la nuca.

—Sólo si puedo hacer *Noche de Damas* una vez a la semana.

—Hecho —Jennifer dijo al instante, y se escabulló antes de que él pudiera decir una palabra más, con un taconeo lleno de satisfacción haciendo eco en el piso.

Sam sonrió. La vida era buena.

Volvió a concentrarse en el contenido del programa. El equipo de Jennifer había programado

a un autor que había escrito un libro sobre el noviazgo.

Otra vez llamaron a la puerta, y un residente asomó la cabeza.

—Tu esposa está en la línea dos.

¿Lola? Sam se entusiasmó, hasta que comprendió que ella no se presentaría como su esposa. El hecho de haber pensado que era ella, demostraba lo enamorado que estaba. Sonrió, burlándose de sí mismo.

—No estoy casado. Quizá buscan a otra persona.

—No, ella te mencionó a ti específicamente. —El universitario frunció el ceño, confundido—. Se llama Chelsea.

Rayos. Quería decirle al residente que le dijera que no lo había encontrado, pero no podía hacerle eso; además estaba la posibilidad de que Chelsea quisiera deshacerse otra vez de la niña, y Sam no iba a dejar a Madison a la deriva. Así que tomó la llamada.

—¿Chelsea?

—¿Cómo te atreves a traer a tus fulanas con Madison? —Su voz era puro hielo, y él podía imaginar que su mirada era igual. La conocía demasiado bien.

No sabía cómo reaccionar. Quería enojarse con ella, pero eso perjudicaría a Madison, así que mejor se calmó.

—Chelsea, empiezo mi programa en unos minutos. Acaba ya con tu rabieta.

—Llamaré a mi abogado —amenazó, como siempre—. Haré que te declaren inmoral para que no puedas contaminar a mi hija con tu libertinaje.

De ninguna manea él iba a permitir que alguien le impidiera ver a su hija. Espero que llegara la furia para responderle a su ex mujer como era debido, pero sólo hubo calma. Qué raro. Por lo general tenía que dominarse para no estrangular a Chelsea.

—¿No tienes algo que decir? —chasqueó su ex esposa.

—Lo siento, Chelsea.

—¿Qué?

Él suspiró.

—Siento mucho haberte hecho así de amargada. Siento mucho no haber podido ser lo que tú necesitabas.

El silencio fue notorio en el otro extremo de la línea. Luego dijo:

—No sé qué estás tratando de hacer, pero no va a funcionar.

—No estoy tratando de hacer nada. Te estoy pidiendo una disculpa.

—¿Estás ebrio?

—Estoy en el trabajo —dijo alzando los brazos, ya desesperado—. No seas así. Estoy tratando de hacer las paces contigo.

—¿Por qué? —dijo, llena de sospechas.

—Porque para bien o para mal, eres la madre de mi hija, y Madison es lo más importante. Ella no necesita que nos comportemos así. —Hizo una pausa, para saber hasta dónde llegar. Tenía que decirlo, y acabar con aquello de una vez por todas—. Y porque esa fulana es la mujer que amo.

—Tú no sabes qué es el amor —dijo ella llena de amargura.

—No te culpo por pensar eso —suspiró.

—Ni creas que te dejaré estar con Madison para que vea cómo te besuqueas con tu novia.

Sam apretó los dientes ante la sugerencia de que él podría hacer algo que perjudicara a su hija. Pero sabía que esto no tenía nada que ver con Madison, ni siquiera con él.

—Por supuesto que no lo permitirías, Chelsea. Amas a Madison y no quieres que la lastimen.

Eres una buena madre.

La mujer balbuceó al otro lado del auricular. Sam trató de no sentirse satisfecho por dejarla callada, pero perdió esa batalla.

—Entraré al aire en un par de minutos. Si quieres hablamos después, para que te sientas más tranquila, pero Lola se va a quedar conmigo, y eso no va a cambiar.

—Bueno —protestó Chelsea con un dejo de capricho y luego colgó.

—No estuvo tan mal —musitó al colgar la bocina. Luego volvió a concentrarse en su trabajo.

Su invitado llegaría a la mitad del programa, así que revisó las notas que había preparado para el inicio. En cuanto entró al aire, cambió de plan.

—Bienvenidas a *Noche de Damas*. Como bien saben, usualmente hablamos sobre las relaciones, y todas esas cosas que a ustedes, las mujeres, les fascinan y que a los hombres nos ponen los pelos de punta. —Hizo una pausa, sonriendo—. Esta noche quiero hablar del resultado del amor. Los niños.

»No, no voy a hablar de cómo los hacemos. Quiero hablar de cómo los criamos, porque ser buenos padres determina cómo tu hijo se relacionará con su pareja en el futuro. Si quieres que tu hijo sea feliz y se enamore, tienes que enseñarle conscientemente lo que es el amor. —Hizo una pausa, pensando en su propio padre, que había estado siempre tan ausente. Meneando la cabeza, continuó:

»Yo tengo la niña más inteligente y hermosa de todas. Un día, cuando tenga treinta años y finalmente la deje salir con chicos, espero que encuentre a alguien que la valore y la ame como ella se merece. ¿Pero ella lo reconocerá? No lo sé. Mi ex esposa y yo no tenemos una buena relación. Mi hija tiene once años, pero parece que tiene cuarenta y dos. ¿Le hemos hecho daño? ¿Es demasiado tarde para que comprenda lo que es el amor? ¿Ustedes qué dicen? Primera llamada. Jackie, de Pinole.

—Hola Sam. Mi ex y yo peleábamos mucho, y mi hijo se casó con una buena muchacha, pero me preocupo porque *nunca* discuten. ¿Sabes?

Él asintió con la cabeza.

—Como si fuera lo contrario a ustedes.

—Sí. —Ella suspiró—. No es fácil ser madre. Siempre te preocupa el ejemplo que estás dando y que permanentemente estés marcando a su hijo para el resto de su vida. Eso no te lo dicen cuando te embarazas.

Riéndose, tomó la siguiente llamada.

—John, de Livermore, estás en *Noche de Damas*.

—Sam, debo decirte que jamás pensé que hablaría a un programa de mujeres, pero tú eres otra cosa, hombre. Mi esposa me pidió que te escuchara. Creo que puedo aprender un par de cosas de ti.

—Gracias, John. —Se recargó en su silla—. Hoy estamos hablando de los hijos. ¿Tienes hijos?

—Dos. —El orgullo era evidente en su voz—. Niñas. El estrógeno en esa casa te sofoca. Pero haría cualquier cosa por mis tres mujeres. Mi papá siempre me dijo que debes proteger lo que es tuyo. Tú me entiendes.

—Sí.

—Fue una lección, tener niñas. Todo cambió cuando una de ellas me vio peleando con mi esposa. Tengo que enseñarles cómo un hombre debe tratar a su mujer, así como mi papá me enseñó. En nuestra responsabilidad.

—Te entiendo, John. Gracias por llamar y buena suerte con tus hijas. —Colgó y tomó la

siguiente llamada—. Estamos discutiendo si la relación de tus padres determina cómo te irá con tu pareja. Ele, de San Francisco, estás en *Noche de Damas*.

—Esta es la primera vez que hablo, Sam, pero primero quiero decirte que me gusta mucho tu programa.

Reconoció esa voz sensual. Se parecía a... Ele. L, de *Lola*. Se incorporó, todo su ser se llenó de vida.

—Gracias, L.

—Soy tu mayor admiradora. Te escucho todas las noches. Es como si estuviera contigo en la sala de mi casa.

Él esbozó una sonrisa ante el toque de humor que había en su voz. Si estuviera en su sala, estarían desnudos los dos.

—¿Qué piensas sobre esto, L?

—Mis padres tuvieron una buena relación, hasta que mi papá murió. Fue como un cuento de hadas, se conocieron y nunca se separaron, a pesar de las dificultades. —Suspiró encantadoramente—. Ahora sé que tuve la suerte de contar con ese ejemplo, pero me pregunto si no sería malo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó él, con genuina curiosidad.

—Me hizo sentirme determinada a cumplir mi poco realista meta de encontrar a mi Príncipe Azul.

El impulso de contestarle que él quería ser su Príncipe Azul fue increíblemente fuerte.

—¿Y?

—Ahora comprendo que es bueno tener grandes expectativas. De lo contrario, te quedas con menos de lo que mereces, porque crees que no lo vales. —Hizo una breve pausa—. Acabo de conocer a alguien que me baja el sol, la luz y las estrellas, y si no tuviera el ejemplo de mis padres, quizás no podría valorar lo que este hombre me da.

El corazón de Sam latió fuerte en su pecho. Ella se estaba refiriendo a él. Quería golpear su pecho y gritar como cavernícola. Pero logró decir tranquilamente:

—¿Cómo ves tu futuro con este hombre?

—Es muy pronto para saber qué sucederá, pero aunque termináramos hoy, siempre estaría agradecida por cada segundo que me dio.

—Estoy seguro de que no terminará —dijo él, tratando de sonar normal.

—¿No? —Había un tono de buen humor en su voz—. ¿Lo presientes?

—Después de todo, soy experto en las relaciones amorosas.

—Yo pensé que eras el Golazo Taylor.

—¿Por qué crees que me dicen así? —Una sonrisa frunció su boca cuando oyó la risita de Lola.

—Tengo la impresión de que eres un buen padre, Sam —dijo ella en la línea—. Tu hija tiene mucha suerte. Estoy segura de que eres un gran ejemplo para ella de cómo vivir y amar. Así como mi mamá fue para mí.

—Tu madre debe de sentirse feliz por ti.

El tenor de la conversación cambió al instante. Incluso durante el breve silencio que se hizo, él se dio cuenta de que algo andaba mal.

—A mi mamá le diagnosticaron demencia prematura hace diez años. A ella... la mayoría de los días, no me recuerda, pero creo que en el fondo sabe que soy feliz, y eso la pone contenta.

Él no lo sabía. ¿Por qué no lo sabía? Oyó el dolor en su voz y quiso abrazarla.

—Siento mucho lo de tu madre.

—Yo... no me gusta hablar mucho de eso —dijo Lola, como si estuviera escuchando las preguntas que Sam le hacía en silencio. Se aclaró la garganta—: Bueno, acabo de echarle a perder tu programa. Perdón. Te contaría un chiste para animar las cosas de nuevo, pero creo que con eso perderías al resto del auditorio.

—Lo dudo mucho. Creo que todos valoramos recordar que el amor es fugaz y que debemos disfrutar cada momento mientras lo tengamos.

—Así es.

—Gracias por llamar —dijo él suavemente antes de tomar otra llamada. Sintió ganas de poder irse del trabajo en ese momento. El impulso de ir tras ella y abrazarla, de protegerla, fue abrumador.

Le mandó un mensaje de texto cuando estaba acabando el programa. *¿Puedo ir a tu casa?*

La respuesta fue inmediata: *Sí*.

Lola lo estaba esperando en la puerta. Llevaba puesto un pantalón de pijama con changuitos y una camiseta de tirantes rosas. Su pelo estaba anudado en un improvisado chongo en la nuca, y su rostro estaba libre del maquillaje de guerra que la mayoría de las mujeres usan todo el tiempo.

Y estaba hermosa.

Abrió los brazos y él fue directo a ellos.

Sam acomodó la cabeza en el hueco de su cuello, oliéndola, reconfortándose en ella. Luego la tomó entre sus brazos y la llevó directo a la habitación.

La acomodó suavemente en la cama, la cubrió y la besó gentilmente en los labios, que ya lo estaban esperando.

Sintió su suspiro, una caricia airosa y caliente sobre su piel, y la acercó más a su cuerpo.

—Me da gusto verte —suspiró.

—A mí también —dijo él levantando la cabeza—. No sabía lo de tu mamá.

—¿Cómo podrías saberlo? Nunca te lo dije.

La tristeza en los ojos de Lola fue como un azote para él.

—¿Por qué?

—No es exactamente algo de lo que platicas a la primera.

—Ya somos mucho más.

Ella lo analizó despacio; sus ojos bien abiertos eran un signo de interrogación.

—¿Sí?

—Sí —dijo él rotundamente. Acarició la comisura de su boca, donde parecía concentrarse toda la tristeza—. ¿Cómo se llama tu mamá?

—Sally —suspiró—. Le diagnosticaron demencia al poco tiempo de la muerte de mi papá. Los médicos no creen que una cosa haya llevado a la otra, pero siempre he tenido esa duda. Mis padres siempre estuvieron muy enamorados.

Sam rodó sobre su espalda y cargó con ella, para que Lola quedara arriba de él.

—¿Dónde vive?

—En un asilo —dijo sacudiendo la cabeza—. Odio tenerla ahí, pero no podía cuidarla sola, y ahí tienen los mejores cuidados del país. Por eso me mudé a San Francisco. Antes vivíamos en Seattle.

—Así que te mudaste por tu mamá.

—No —frunció el ceño—. Bueno, sí, pero no fue así. Yo no sería escritora si no fuera por mi mamá.

—¿Cómo es eso?

Lola suspiró.

—Nunca se lo he contado a alguien. Ni siquiera a mi representante. —Su pecho se llegó de orgullo. Quería animarla, pero esperó a que ella estuviera lista para hablar—. Empecé a escribir por lo de mi mamá. La mayoría de los pacientes con demencia y Alzheimer responden a las fotos y la música, pero mi mamá no respondía a nada, excepto al sonido de mi voz. Así que para ayudarla a recordar, para mantenerla en el presente, escribí la historia de su noviazgo con mi papá y se la leí en voz alta. Una enfermera me escuchó y me animó a que la publicara.

—¿Así fue como empezaste?

—Sí. —Lo miró a los ojos—. Si no hubiera sido por mi mamá y su enfermedad, creo que hoy no sería escritora.

—Qué duro —dijo en voz baja, comprendiendo el dilema que encerraba esa confesión. La culpa.

—Gracias. —Lola puso suavemente su mano abovedada sobre la cara de Sam.

—¿Por?

—Por haber venido. Por escucharme. Por consolarme. —Se acercó más—. Por besarme.

Él la abrazó más fuerte.

—Y todavía me falta mucho por hacer.

—¿Pues qué esperas? —Se mordió el labio inferior.

Él sabía reconocer cuando alguien le estaba haciendo una invitación, y con gusto la aceptó.

Una y otra vez, hasta que los estaban sin aliento, transpirando, con la tristeza reemplazada por el éxtasis.

CAPÍTULO DIECINUEVE

ÉSTA ERA LA GRAN NOCHE.

Kristin se miró en el espejo. Vestidito negro amarrado del cuello. Zapatos de chica grande. Labios rojos y sombras de humo.

Pero lo que realmente destacaba era lo que llevaba puesto debajo. Había ido a Matices Románticos, y Olivia le había vendido un juego de lencería que pondría a Rob de rodillas. Exhibía y acentuaba e incitaba.

Estaba lista.

Sonrió al mirar aquel reflejo. Rob estaría indefenso. Él ya la estaba esperando; ella le había llamado para decirle que había terminado el proyecto y que quería entregárselo. Él no se esperaba verla así.

Se envolvió en un chal rojo, tomó el estuche de su laptop y cruzó la puerta.

El taxi que había llamado ya estaba ahí. Nerviosa de tanta anticipación, le dio la dirección de Rob y contó los segundos hasta llegar ahí.

Dio una propina excesiva al chofer y se bajó de un salto. Tratando de no balancearse sobre sus tacones, se apresuró hacia la puerta principal y tocó el timbre.

Un momento después abrió Rob. Aún tenía puesta alguna de su ropa de trabajo: pantalón de vestir, camisa un poco desajustada, pero con los pies descalzos. Sin corbata.

Lástima.

—Hola —sonrió amablemente, tratando de no temblar con el frío ventarrón de Laurel Heights.

—Pasa. —La dejó entrar, tomando su laptop—. Te ves guapísima.

—Gracias. —Su pecho se hinchó, amenazando con burbujear, pero se contuvo.

—¿Vas a salir esta noche? —preguntó él, viéndola de pies a cabeza.

Ella esperaba quedarse en la casa.

—Estoy abierta a todas las posibilidades —dijo.

Él frunció el ceño. Ella notó que algo le molestaba, pero antes de que pudiera preguntárselo, él la llevó hasta el estudio.

Ron puso la laptop sobre el escritorio.

—¿Quieres algo de tomar? ¿Agua? ¿Vino?

—¿No sería mejor que te enseñara primero lo que hice y de ahí partimos?

Rob señaló la silla ejecutiva que estaba detrás del escritorio y jaló otra silla para él.

—Y luego tengo algo qué decirte. Acerca de la otra noche.

La noche de dulces insinuaciones y de deseo, como ella la recordaba siempre.

—Okey —aceptó ilusionada. Se sentó en la silla grande, sacó su laptop y la prendió—. Sólo

tardaré un segundo para entrar al internet y mostrarte la base de datos. —Mientras se conectaba, le fue contando todo lo que había agregado a la información.

Cuando terminó, él la veía como si fuera una extraterrestre.

—Eso rebasa por mucho mis expectativas —explicó.

—Espera a que lo veas. —Volteó su laptop para que él pudiera revisar la interfase beta—. Ésta es una copia que está en mi propio servidor. No quise alterar tu base de datos hasta que le des la luz verde a todo lo que hice.

Ella lo dejó que revisara el sitio web, que probara todas las características, y observaba su cara. Ya conocía sus expresiones, así que supo que la intensidad de su mirada era puro entusiasmo.

Al menos eso era lo que esperaba.

Resistió el impulso de deslizar el pie por su pierna. Para no meterse en problemas, se sentó sobre sus manos para contenerse.

Finalmente, él la miró.

—Esto es increíble.

—¡Lo sé! ¿Notaste las gráficas que agregué?

—Sí, y las opciones para moverte entre los distintos tipos de gráficas. —Hizo click en un par de botones—. Cuando dijiste que podías hacerlo, jamás esperé *esto*.

—Soy buenísima para esto.

—Ya lo estoy viendo. —Hizo la laptop a un lado y se recargó en la silla para poder verla.

—¿Quieres que me pare y haga una caravana o algo así? —dijo parpadeando.

—Lo que no entiendo es por qué trabajas en un café si puedes hacer esto. —Señaló la laptop. Parte de su alegría se desvaneció.

—Me gusta trabajar en un café, al menos por ahora.

—No creo que puedan aprovechar ahí todo tu talento.

—Quizás.

—Ganarías más dinero trabajando con la tecnología.

¿De verdad? Cuando tú apenas vas, yo ya vengo.

—Eso definitivamente es cierto.

—Debe de gustarte, porque lo haces muy bien.

—Me encanta codificar, pero no lo hago por dinero —dijo ella con determinación.

—¿Y esto por qué lo hiciste?

Por amistad, y posiblemente algo más.

—Si puedes ganar dinero con esto —continuó—, ¿no podrías hacerlo al menos como algo de medio tiempo, o a nivel de asesorías?

Sólo lo había hecho por él, para tenerlo contento. Pero algo la detuvo de utilizar esas palabras.

—No, realmente no puedo —dijo simplemente.

—¿Ni siquiera si yo te ofrezco otro trabajo?

—¿Otro trabajo? —Se quedó helada.

Él se acercó. Por un momento, su corazón saltó, pensando que iba a tocarla. Pero sólo abrió un cajón y sacó una chequera y una pluma. Ella se quedó mirando cómo lo abría, escribía un par de renglones y arrancaba el cheque.

Se lo entregó sonriendo.

—Por lo que acabas de hacer, y hay más si quieres aceptar otro proyecto.

Tomó el cheque sin entusiasmo. La mayoría de la gente podría vivir con esa suma durante

seis meses. Ella sólo sentía que el papel le rompía el corazón.

Se tragó su dolor para poder hablar.

—¿Sigues con tu moral?

—¿Perdón?

—¿Sigues con tus reglas de no salir con mujeres que trabajan para ti?

—Por supuesto —frunció el ceño—. Eso jamás cambiará.

Kristin asintió con la cabeza, agachándola para que él no notara sus ojos llenos de dolor.

—¿Y qué hacemos con esto que sentimos? ¿Qué me dices de esa mañana en el Café Sabio? ¿Qué piensas de la otra noche que caminamos juntos?

Él se pasó una mano por el pelo. Por primera vez desde que se conocieron, él no pudo verla a los ojos.

—Fue un error ir allá.

—Un error —repitió Kristin sin emoción.

Él asintió con la cabeza.

—Nunca debí dejar que las cosas llegaran a tanto, especialmente la otra noche, cuando caminamos juntos. Me excedí. Me dejé llevar por el momento con el muelle, la luna, la compañía. Fue...

—¿Mágico —dijo ella, sarcástica.

—Desafortunado —respondió.

Desafortunado. Decirle así a una de las noches más grandiosas de su vida. Kristin se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

—Ahora sé cómo se sintió Julia Roberts.

—¿Qué? —Rob se paró y la tomó del brazo, e hizo que lo viera a los ojos—. ¿De qué hablas?

—Julia Roberts en *Mujer Bonita*, cuando Richard Gere quiso pagarle por haberlo ayudado, cuando lo único que ella quería era un beso.

—¿Un beso?

—Un beso. —Lo sujetó de la camisa y lo jaló para encontrarse con su boca.

Debió ser amargo y raro. Pero fue el beso más perfecto que ella había compartido. El balance perfecto de calor, humedad, pasión y ternura.

Alzó la cabeza lentamente, quedando a su alcance, por si él quería tomarla. Lo vio a los ojos, llena de deseo, y luego le dio un golpe en el pecho.

—¿Por qué no lo ves?

—¿Qué? —preguntó él, aprisionando sus manos.

—*Esto.* Te podría decir con las manos, pero las tienes atrapadas.

—No quiero que me pegues de nuevo.

Su mirada se estrechó.

—Eso al menos hubiera sido muy satisfactorio.

—Mejor explícame que te pasa y quizá podamos solucionarlo.

—El problema somos nosotros. La atracción que sentimos. El hecho de que te desee tanto que haya reconstruido tu base de datos para demostrarte que puedo ser una buena compañera.

—¿En los negocios? —Él frunció el ceño.

—En tu vida —gritó—. Suelta mis manos.

En cuanto las soltó, ella se paró y empezó a juntar sus cosas.

—Fui tan estúpida. Mis ovarios tuvieron la culpa.

—Eso no lo entendí.

—No me digas. —Lo acribilló con la mirada—. Tú no entenderías ni a un meteorito si te cayera en la cabeza.

—No quiero hacerte esta pregunta, ¿pero crees que te estás dando a entender? —Ella lo encaró y gruñó—. Explícame eso de los ovarios —dijo con un tono de voz digno de aplacar a una bestia.

—En cuanto mis ovarios te vieron, se volvieron *locos*. *Escógelo, escógelo* —cantó Kristin con tono burlón y agitando los brazos—. Pero no es que fuera tan tonta como para pensar que sólo serías un buen donador de esperma. Realmente *me gustabas*. Pensé que quizás yo también te gustaba. Así es que fui una estúpida cuando empecé a imaginar que podría estar contigo.

Él la vio fijamente.

»¿Eso es *todo*? —Kristin dejó su bolsa con la laptop en el escritorio y volteó a verlo, con las manos en las caderas—. ¿Es todo lo que vas a decir? ¿La mirada implacable que dice poco y mucho a la vez?

—Es que me sorprendiste —dijo él.

—Entonces sí eres un *auténtico* idiota, porque prácticamente me estoy aventando a tus brazos. ¡Y quieres más! O quizás yo fui la idiota, al pensar que me deseabas. Pero la que no entendí fui yo, ¿verdad? Porque yo te estaba conquistando, pero tú sólo me ofrecías un trabajo. —Meneando la cabeza, agarró su bolsa y se dispuso a marcharse—. No necesito que me cuides. Necesito que seas mi pareja y que me veas como tu igual, y que quieras formar y compartir una familia conmigo.

—¿No crees que primero debes ordenar tu vida? —preguntó, siguiéndola—. Entonces podremos discutir si habrá o no un futuro para los dos.

Ella se dio vuelta y lo encaró.

—Mi vida está en orden, y eso que dices es un vil pretexto. Según tú, no sales con ninguna de tus empleadas, ¿cómo puedo creer que yo seré la excepción? ¿Sabes qué pienso?

—¿Qué? —preguntó cautelosamente.

—Que te avergüenzas de mí. —Alzó la mano para evitar que él hablara—. Yo te gusto. Obviamente te excito. Así que si tienes dudas, debe de ser por mi trabajo. No quieres salir con una barista.

—Eso no es cierto. —Frunció el ceño, dando un paso hacia ella—. Pero primero quiero que me cambies tu vida. Luego podremos hablar del futuro.

—¡El futuro es ahora! —gritó—. Después no habrá tiempo para el futuro. Mis ovarios cada día se secan más. Quiero tener hijos, y quiero tenerlos contigo. —Para probar el punto, ella lo agarró y lo besó una vez más, por si él no lo había entendido antes. Cuando lo liberó, ambos se veían agitados. En voz baja, ella lo vio a los ojos y dijo—: No puedes decirme que no sentiste eso. No puedes decirme que tu corazón no me quiere, que no quieres verme más, que no vas a extrañar ver mi cara cuando no esté.

Él guardó silencio y luego dijo:

—¿Es todo?

Ella se alejó gruñendo, rumbo a la puerta. Llena de dolor.

—¿Te bastaría si fuera una empresaria? ¿Si usara tacones y traje sastre y pasara todo el día en un cubículo? ¿Si estuviera sentada entre cuatro paredes sintiéndome miserable? Porque por lo que acabas de decirme, eso es lo que quieres.

—Yo...

—Así era yo antes —gritó antes de que él pudiera decir algo más—. Antes el mundo era mío. ¿Has oído hablar de Aspire? Pues ése era mi bebé antes de que comprendiera que yo quería vivir,

en vez de seguir llenando mi cuenta de banco con más ceros.

—Aspire, ¿la empresa de consultoría?

—¿Ahora sí te impresioné? —Llegó a la puerta principal y la abrió.

—¿A dónde vas? —preguntó, todavía detrás de ella.

—Me voy con mis ovarios a encontrar a otro hombre que me valore por algo más que mi capacidad de acumular una fortuna.

—Eso no es lo que yo dije —dijo él a grandes voces.

—Entonces no entiendo tu idioma —respondió Kristin por encima del hombro.

Se apresuró en llegar a la calle y luego dio la vuelta a ciegas, sin importarle a dónde iba, con tal de que fuera lejos de él.

CAPÍTULO VEINTE

—LOUISE ESTÁ ENAMORADA DE SAWYER —decidió la mamá de Lola cuando terminó de escuchar la selección que su hija le había llevado.

Sorprendida por semejante conclusión, Lola dejó de ver su bolsa, donde estaba metiendo las páginas.

—¿Cómo lo sabes?

—Es obvio —dijo su mamá simplemente, mientras tejía.

Lola se sentó y observó los dedos en movimiento de su mamá. ¿Ella tenía razón? ¿Estaba enamorada de Sam?

Lola siempre había pensado que el amor sería como un relámpago, un estallido que sacudiría el centro de su universo. Con Sam había empezado como una molestia, una atracción llena de resistencia, y se había convertido en algo cálido y tierno que la hacía sonreír como tonta cuando pensaba de ello.

¿Era amor?

Así se sentía, especialmente si la ternura efervescente que sentía dentro de ella era alguna señal.

¿Qué sentiría Sam?

Sabía que ella le gustaba, lo sabía sin temor a equivocarse. Y él confiaba en ella, de lo contrario no le hubiera encargado a su hija.

Sacudió la cabeza. Estaba tasando las emociones como si fueran un intercambio: ella lo amaría sólo si él también la amaba. El amor no era así. El amor sucedía, lo quisiera uno o no. Sin importar si la otra persona correspondía.

El problema es que ella se resistía a confiar en alguien después de lo que había sucedido con Kevin. Si se pusiera a sí misma como personaje en alguno de sus libros, se haría comprender que a veces las cosas no salen bien. Ésa es la esencia de vivir. Y uno no puede esconderse para siempre de la vida, ¿cierto?

Bueno—sí puede. ¿Pero qué sentido tiene?

—Creo que tomaré una siesta —dijo su mamá, dejando su tejido. En seguida observó la habitación, con el rostro pálido y alarmado—. ¿Por qué no estoy en mi cuarto? ¿Dónde estoy?

Lola se levantó rápidamente para evitar que su madre entrara en pánico.

—Estás en tu cuarto, mamá.

—No, no lo estoy. —Empezó a hablar más fuerte y trató de pararse rápidamente—. Mi cuarto está pintado de verde.

Lola trató de no exaltarse y parecer lo más tranquila posible.

—Tu cuarto anterior tenía pintura verde, pero ya no vives en esa casa.

Sally parpadeó, luego su rostro quedó en blanco y dejó de luchar.

Lola hizo a un lado la rabia inútil y la desesperación y ayudó a su madre a acostarse. Casi deseaba que su mamá siguiera alucinando en vez de estar catatónica. Le dio un beso en la frente, pero Sally ya se había dado la vuelta y estaba dormida.

Lola se sentó en la orilla de la cama, tocando la espalda de su mamá. Sentir la espalda tibia de mamá la hacía sentir como cuando era niña y solía subirse a su cama.

Pero era un cuento de hadas.

Recogió sus cosas y se fue, sintiéndose agobiada. Debió haberse ido a su casa y de ahí al trabajo, pero no se sentía con ánimos, así que decidió ir mejor al Café Sabio.

Eve estaba en el mostrador, radiante y feliz. Eve era una de esas mujeres siempre pulcras que no podría verse en fachas aunque lo intentara. Lola pensó que si ella trabajara todo el día en una cocina, estaría llena de grasa. En cambio Eve siempre lucía como si acabara de salir de un catálogo de Ann Taylor.

Estaba hablando con una mujer que estaba recargada en el mostrador y parecía un ángel salido de una pintura renacentista. Nariz aguileña y larga, pelo castaño y rizado. Lola observó a la mujer, presintiendo una historia detrás de esos ojos almendrados, tristes, y preguntándose qué sería.

—Hola, Lola —saludó Eve cuando la vio—. Te presento a Daniela.

La mujer volteó y le sonrió, pero la alegría por alguna razón no se reflejaba en sus ojos.

—Es un placer conocerte.

De alguna manera, Lola sintió que la falta de amabilidad de Daniela no tenía nada que ver con ella. De hecho la entendía, porque tampoco ella se sentía muy animada.

—Daniela se acaba de mudar al barrio. Es una *artista* de la repostería. Está haciendo el pastel para mi boda.

—Ah, claro. —Lola asintió con la cabeza, recordando—. Escribiste un recetario.

—Fue lo más difícil que he hecho —admitió la mujer—. Mucho más difícil que la academia culinaria.

—Dímelo a mí —sonrió.

—Lola escribe novelas del género romance —explicó Eve.

Daniela parpadeó una vez y luego fue como si volviera a la vida.

—¿Lola Carmichael?

—Sí.

—He leído tus libros. Eres una gran escritora —exclamó Daniela—. Acabo de leer tu último libro durante el vuelo de Nueva York. Lo terminé y lo comencé a leer de nuevo inmediatamente.

—O eres muy amable o estás un poco loca —dijo Lola con una sonrisa provocativa.

—Quiero pensar que soy amable, pero mi asistente puede decir lo contrario. —Se preparó para irse y se dirigió a Eve—. Gracias por la información, Eve.

—Te espero tu llamada. Es el mejor contratista, y no lo digo porque sea mi prometido. —Sonrió como una mujer enamorada—. Él podrá encargarse de toda tu remodelación.

La chef suspiró.

—Lo llamaré. Fue un placer conocerte, Lola. Espero que vayas a mi repostería cuando la inaugure y me saludes.

Las dos mujeres la vieron marcharse.

—Se ve triste —comentó Lola.

—Sí. Discretamente le di a entender que si quería hablar, pero todavía no me conoce tan bien como para confiar en mí. —Eve frunció el ceño—. ¿Tú sí confías en mí como para decirme qué

te pasa?

Lola parpadeó mirando a la propietaria del café.

—Estoy enamorada —dijo, y se sorprendió a sí misma.

—Felicidades. —Eve sonrió.

—Él no lo sabe. —Lola apretó los labios—. Es decir, quizá no sea recíproco.

—Ah. Tengo un remedio para eso.

Lola vio a Eve preparar una bebida algo complicada que batía, calentaba y batía de nuevo. El resultado fue a parar en una taza frente a ella.

Le dio un sorbo. Chocolate caliente, con algo más. Era sedoso y oscuro, con el justo equilibrio de dulzura y sabor amargo.

—Delicioso —dijo tratando de no acabarse el líquido caliente de un solo sorbo—. Si le pusieras vodka sería perfecto.

—Con razón tú y Gwen son amigas. —Riéndose, Eve volteó a ver la puerta, cuya campanilla anunciaba que alguien acababa de entrar—. Permíteme.

Lola asintió con la cabeza, sujetando su bebida con ambas manos y pensando en Sam. Parecía que había pasado una eternidad desde que lo había visto. Pasaba que le habían dejado a Madison un par de días. Y lo extrañaba. Mucho.

Iría a casa y lo llamaría, decidió. La idea de que iba a hablar con él fue extrañamente reconfortante. Se preguntó si compartiría cómo se sentía respecto a él *con* él. Presintió que podría hacerlo. Confiaba en él.

—¡Lola!

Lola volteó y vio a Madison corriendo hacia ella. Sonriendo, se paró para darle un abrazo.

Sam debía de estar ahí. El corazón de Lola dio un vuelco de emoción y comprendió que quizás no era necesario hablar sobre sus sentimientos. Quizás ya estaba enamorada.

Al buscar a Sam detrás de Madison, sólo vio a una mujer agresivamente delgada, de pelo castaño, guapa pero fría y ojos calculadores.

La ex esposa de Sam. Lola supo que era ella, sin lugar a dudas.

Como si la niña de pronto hubiera recordado que estaba con su mamá, Madison se detuvo, con los ojos bien abiertos, al comprender que obviamente no era una buena idea darle un abrazo a la novia de su papá delante de su mamá.

Lola sonrió para darle seguridad.

—¿Cómo estás, Madison? Estás lejos de tu casa.

—Estábamos cerca, y el Café Sabio tiene el mejor chocolate caliente que he probado. —Volteó a ver a su mamá, sin saber qué hacer.

Sin querer que la niña llevara las consecuencias, Lola se dirigió a aquella mujer.

—Soy Lola, la amiga de Sam. Tú debes de ser la mamá de Madison. ¿Chelsea, verdad?

—Sí —dijo la mujer fríamente. No estiró la mano, ni siquiera sonrió. Sólo la miró, con una mezcla de curiosidad y hostilidad.

Lola pudo ver su parecido con Madison, pero Madison tenía muchos rasgos de su papá que equilibraban aquella dureza. Esta mujer estaba al borde de un ataque de nervios. Debió de haberle hecho a Sam la vida de cuadritos.

Justo cuando creyó que Chelsea le iba a aplicar la ley del hielo, oyó que le dijo a la niña:

—Madison, ¿por qué no pides tu bebida mientras yo hablo con Lola?

Madison vio a las dos mujeres con la frente arrugada de preocupación. Lola asintió con la cabeza para darle confianza y luego puso su atención en la ex de Sam.

—Has estado conviviendo mucho con mi hija —dijo Chelsea en cuanto Madison se alejó.

No es que la niña no pudiera oírlas. Lola quería hacerle notar que la caja registradora estaba a dos pasos. Pero sólo dijo:

—Madison es maravillosa. Debes de estar muy orgullosa de ella.

—Afortunadamente, se parece a mí. —*En vez de a su padre* fue el mensaje implícito.

—Tú y Sam la han educado bien.

Chelsea debió notar la sinceridad en aquella voz porque frunció el ceño.

—Lo quieres. Pobre, pobrecita de ti.

—Este...

—Qué pena que te hayas creído las mentiras de Sam —dijo meneando la cabeza. — ¿Mentiras? Lola parpadeó. ¿Quizás estaba viviendo una fantasía?—. Sam *sabe* convencer muy a la gente, así que no podemos echarle a ti toda la culpa.

¿Cuál culpa? Lola sacudió la cabeza.

—¿Convencerla de qué?

—De sus afectos. —Chelsea abrió mucho los ojos—. No te preocupes, cariño, no eres la primera que se cree sus mentiras, y no serás la última.

No estaba de acuerdo. Sam era sincero con ella. Pero en cuanto comenzó a defenderlo, recordó a Jennifer, su jefa, y lo que opinaba de Sam.

No, Sam la quería. Lola no tenía duda de ello. Nadie podría fingir tanta ternura y emoción como la que él demostraba cuando estaban juntos. ¿Por qué lo haría?

Su ex esposa, por otro lado, tenía muchos motivos para arruinar la relación. Él la había descrito como una mujer amargada, y lo estaba demostrando.

Lola no mordería el anzuelo de esa mujer. No era tan ingenua.

Chelsea continuó sin emoción alguna.

—Te lo concedo, estoy segura de que sí le importas, pero nada más hasta que se aburra de ti y te deje por otra.

—No parece ser ese tipo de hombre.

—Creo que yo lo conozco mejor —dijo la mujer, indiferente. Luego se encogió de hombros—. Tú puedes creer lo que quieras.

Madison volvió con un chocolate caliente en una mano y una bolsita en la otra, con la mirada dividida entre las dos.

—¿Mamá?

—Vámonos, Madison. —La mujer dio la vuelta sobre sus tacones y se marchó.

Madison le hizo una mueca a Lola para disculparse.

—Lo siento.

—No tienes por qué. —Lola sonrió, acariciándole el pelo a la niña—. Ve con tu mamá. Tal vez nos veamos este fin de semana.

—¡Okey! —exclamó con emoción, apresurándose para alcanzar a su mamá.

¿En qué se había metido, al salir con un hombre con semejante paquete? Lola meneó la cabeza.

En la puerta, Madison volteó y le regaló una gran sonrisa, antes de salir corriendo.

Lola se conmovió. Okey, quizá sí valía la pena. Luego pensó en Sam, en sus besos, en cómo respetaba su trabajo, en la forma cómo la tocaba, como si ella fuera algo sagrado.

Definitivamente valía la pena.

CAPÍTULO VEINTIUNO

PARA HACER ALGO DISTINTO, Sam sugirió ir a un club de jazz en la calle Fillmore. Feliz de que la sacaran, Lola le había dicho a Sam que lo vería en la estación de radio.

Antes de que salir, revisó sus mensajes en su correo oficial de autora para ver si debía responder alguno. Había muchos correos de sus fans, algo de basura, algunos mensajes de marketing, otro correo de Kevin pidiéndole su camiseta, y uno que le habían enviado dos días antes titulado *SECRETO Y PRIORITARIO*— ¡Muy, muy importante! de Madison Taylor.

Con curiosidad, lo abrió.

Para: Lola Carmichael <lola@lolacarmichael.com>

De: Madison Taylor <mad_tee@hotmail.com>

Asunto: SECRETO Y PRIORITARIO— ¡Muy, muy importante!

¡Hola, Lola! No quiero molestarte, pero tengo un problema y necesito ayuda, pero no puedo decirle nada a mi mamá ni a mi papá. Pero TIENES que guardar el SECRETO. ¿Okey?

Hoy me enamoré por primera vez en mi vida. Se llama Jeff y tiene doce años.

Tenía que contárselo a alguien. Pero no le digas a mi papi. Ni a mi mamá. Ellos me matarían.

Madison

Enternecida, Lola guardó el correo. Dentro de diez, quince años, se le enseñaría a Madison y se reirían en secreto.

Asumiendo que todavía estaría con Sam.

Se llenó de esperanza y tocó su pecho, que era donde todo se le juntaba. Quizás. Definitivamente quizás.

Pero lo cierto era que no se lo contaría a Sam. Él se volvería loco al pensar que un niño estaba olfateando a su hija. Verlo caminar por ese campo minado cuando Madison empezara a salir con chicos sería divertido.

Llegó a la estación justo cuando terminó el programa. Se asomó a la cabina de sonido, de acuerdo a sus instrucciones.

Él le hizo una sonrisa pero siguió hablando al micrófono.

—La próxima semana tendremos unos invitados buenísimos, incluyendo a Jonas James, experto en regresiones y psíquico del amor. Yo soy Sam Taylor, y gracias por acompañarnos en *Noche de Damas*. —Dejó que entrara la rúbrica cursi y se quitó los audífonos—. Odio esa música.

—Es alegre. —Lola caminó hacia él.

—Creo que John Tesh la grabó. —Se puso de pie y la abrazó—. Hola.

—Hola.

El hizo descender su boca hasta la de ella para saludarla como era debido. Sonreía cuando de nuevo levantó la cabeza.

—Hola —volvió a decir.

—¿Nos vamos? —rio Lola—. Esta mujer tuvo un día difícil y necesita un trago, jazz y acaramelarse con su hombre.

—No creo haberme acaramelado nunca, pero siempre estoy dispuesto a probar algo nuevo. —La besó rápidamente—. Sólo debo hacer una cosa más. Espérame aquí, no me tardo.

—Okey. —Lo vio salir y se sentó en su silla. Todavía sentía el calor de su cuerpo y casi creyó que podía oler su delicioso aroma.

La puerta se abrió. Se enderezó, pensando que era Sam, pero era Jennifer, su directora. La mujer se sorprendió más que Lola.

—¿Lola?

—Qué gusto me da verte de nuevo. —La recibió con una sonrisa.

—¿Viniste por Sam?

En su tono de voz se notaba la incredulidad. Lola frunció el ceño. ¿Por qué le parecía tan increíble?

—Él no se va a tardar, si es que lo estás buscando. —Jennifer meneó la cabeza—. Apenas puedo creer que estés aquí.

—¿Por qué?

—No creí que durara contigo. Sam pasa de una mujer a otra tan rápidamente. —No otra vez. Lola retuvo el gemido. ¿Por qué no podían suponer que si se había enredado con tantas mujeres, era porque no había conocido todavía a la adecuada?—. Sabía que le gustabas —Jennifer continuó—, pero no sabía si duraría. Él no se compromete. Entonces, al principio, sospeché que estaba fingiendo contigo, para que le diera otra vez su programa, pero veo que sí ha sido sincero.

—¿Su programa? —repitió Lola, frunciendo el ceño.

—El programa de deportes. —Jennifer abrió los ojos como si entendiera que acababa de pasarse de la raya—. No sé por qué dije eso. Olvídalo.

—¿Por qué tenía que fingir estar conmigo para recuperar su programa? —Lola insistió.

—Por nada. —La mujer vio su muñeca desnuda—. ¡Es tardísimo! Me tengo que ir.

Lola seguía ahí sentada, perpleja, sin saber qué pensar, cuando Sam volvió.

—Okey, estoy listo. Vámonos.

Su sonrisa parecía genuina. Él siempre se veía feliz de verla, incluso fascinado.

¿Acaso todo sería una mentira?

Lola podría haberle dado el beneficio de la duda, después de la emboscada de Chelsea. Por supuesto, así lo había hecho. ¿A quién iba a creerle: a él o a su amargada ex esposa? Pero la confesión accidental de Jennifer coincidía con lo que Chelsea le había dicho.

Lola lo estudió. ¿Estaba ella ciega? ¿Alucinaba? ¿Había construido castillos en el aire?

Aunque fuera una locura, ella seguía teniendo fe en Sam.

¿Entonces cómo estaba eso del recuperar su trabajo anterior? Aquello del programa de deportes. Ella sabía que lo habían obligado a hacer *Noche de Damas* y que Jennifer de alguna manera había sido la responsable de todo eso.

Su sonrisa se convirtió en preocupación.

—¿Estás bien, Lola? Te ves pálida.

—Estoy bien —mintió. Se levantó y trató de sonreír, pero no pudo, porque sólo podía escuchar a Jennifer en su cabeza diciendo *Sospeché que estaba fingiendo para que le diera de nuevo su programa*.

¿Qué había querido decir? ¿Qué estaba ocultando? ¿Y por qué se lo ocultaba a ella?

ALGO LE PASABA A LOLA.

Él la estudió mientras los dos veían el cuarteto de jazz. Apenas había tocado su bebida, y aunque parecía que oía la música, se veía a un millón de kilómetros de distancia. Ella ni siquiera le había tocado la mano; se había acomodado de tal forma que eso no era posible.

Lo había saludado como siempre, pero cuando él había vuelto se había comportado de una manera extraña. Algo debió de haber sucedido en ese rato.

¿Pero qué?

—Lola —dijo finalmente, acercándose a ella.

Ella lo vio con lo que se suponía debía ser una sonrisa, pero parecía que iba a vomitar.

—¿Sí? —preguntó educadamente.

—Ven. —La tomó de la mano y la levantó de la mesa.

Doblándose para alcanzar su bolsa y su abrigo, protestó.

—¿Qué haces?

—Quiero llegar al fondo del asunto. —Salieron del salón y después de pasar un par de edificios se dio la vuelta para encararla—. Dime qué te pasa.

Ella parecía estar a punto de negar que algo le pasara. Pero alzó el mentón y lo vio desafiante a los ojos.

—Hablé con Jennifer hace rato.

Su castigo.

No tuvo que hacerle más preguntas. Sabía precisamente lo que tenía.

Maldita sea.

—Jennifer quería darme una lección... —dijo, exhalando.

—Por haberle roto el corazón. —Lola asintió con la cabeza.

—Por haberla lastimado sin querer. Quería darme una lección sobre el amor, así que me sacó de mi programa de deportes y me puso en *Noche de Damas*. —Meneó la cabeza—. Eso es todo.

—¿Y por qué ibas a fingir una relación conmigo?

Por Dios, Jennifer. Iba a estrangularla.

—El trato era que si yo podía mantener una relación durante un tiempo, Jennifer me regresaría a mi programa anterior. Pero resulta que soy bueno para los asuntos del amor. El índice de audiencia subió. Estoy pensando en hacer un programa de romance una vez a la semana, aunque tenga de nuevo mi programa deportivo.

—Si no tenía importancia, ¿por qué no me mencionaste nunca ese trato?

No pudo responderle. Buscó algo plausible qué decir, pero no se le vino nada a la cabeza. Porque había hecho mal las cosas.

—Lo siento, Lola. Debí decírtelo.

—Sí, debiste hacerlo. ¿Porque sabes qué pienso ahora? —Le picó el pecho con un dedo—. Que me usaste para que te dieran tu programa de deportes.

—Nadie es tan buen actor.

—Pienso lo mismo, pero ¿acaso tenías que actuar? El sexo fue bueno, y yo estaba a la mano. No tenías nada que perder.

—No fue así. —La tomó de los brazos.

—Eso hubiera pensado, pero el problema es que no me lo dijiste. ¿Así que qué debo pensar ahora, sabiendo que me ocultaste algo?

—Lola...

—Dime que en ningún momento pensaste que yo sería la respuesta a tus problemas —exigió. Sam hizo un gesto de dolor—. Ésa fue la respuesta más clara que pudiste haberme dado. —Se separó de él y comenzó a marcharse.

—Lola, espera. —Caminó junto a ella—. Lo admito, lo pensé, pero no es por eso que estoy contigo.

—No me culpes por ser tan escéptica. —Dijo sin voltear a verlo—. Sobre todo después de lo que me dijeron Jennifer y Chelsea.

—¿Chelsea? ¿Mi ex esposa Chelsea?

—¿Cuántas Chelseas conoces? —preguntó mordazmente.

Buen punto.

—¿Cuándo la viste?

—Ella y Madison fueron al Café Sabio y yo estaba ahí.

Fantástico. Ya podía imaginarse cómo había sido aquella reunión.

—¿Y hablaste con ella?

—Ella no me dio opción.

—Así es Chelsea. —La tomó de la mano—. Lo siento.

—¿Por qué? —Se detuvo abruptamente, encarándolo—. ¿Porque ella me dijo la verdad y me contó cómo te deshaces de las mujeres cuando te llenas? Sabes, no le creí porque fuera tu ex, sino porque Jennifer me dijo lo mismo, y Jennifer es una buena persona. ¿Qué crees que iba a pensar?

Él la tomó del brazo y la acercó.

—Lo que debes creer es que te amo.

—¿Sí? ¿O sólo dices eso porque soy el medio para un fin? —Se alejó de él y comenzó a caminar de nuevo—. Hiciste mal las cosas. Pudiste haber tenido un futuro conmigo. Amor, diversión y apoyo.

—¿Pude haberlo tenido? —Por primera vez, una verdadera preocupación llenó su corazón. Ella lo miró duramente.

—Tenías por fin al equipo que tanto deseaste tantos años.

—¿Así como así, te vas a ir? ¿Te vas a rendir? —preguntó, enojado.

—Sería una tonta si sigo contigo y te doy mi corazón, ¿verdad? —Se bajó de la acera y llamó a un taxi que pasaba por ahí.

El taxi se detuvo, y él no pudo haber nada más que verla subirse al vehículo. Se sintió como cuando su accidente de esquí, donde vio todo en cámara lenta pero no pudo hacer nada para evitarlo. Igual que en aquel día, sintió que la vida se le estaba cayendo a pedazos, sólo que esta vez sí era culpa de él.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LOLA ESTABA SENTADA en un taburete junto al escritorio de Gwen, viendo cómo su amiga esbozaba un nuevo diseño. Lola miraba su cara mientras ella dibujaba, no sus manos.

Lo primero que notó sobre Gwen el día en que se conocieron fue la luz de sus ojos. El espíritu de Gwen resplandecía en su morada. Ahora que tenía una relación, esa cualidad indefinible lucía aún más. Gwen simple y sencillamente brillaba.

—Si no te quisiera tanto, te odiaría —dijo Lola, apática.

Su amiga hizo a un lado el cuaderno.

—Basta. Ya tristeaste demasiado. Levántate.

—¿Me vas a echar?

—No, te voy a invitar a algún lado.

Lola se animó momentáneamente.

—¿Chocolate caliente en el café de Eve?

—Lo que tú quieras. —Gwen se puso los zapatos y agarró un suéter—. Siempre y cuando me digas qué es lo que te molesta o dejes de sufrir por eso.

—¿Son mis únicas opciones?

—Sí. —Lola suspiró—. ¿Entonces? —preguntó Gwen al salir de la tienda.

—Estoy analizando mis opciones.

—Vamos. —Gwen trenzó el brazo con el de su amiga—. Iremos por tu chocolate caliente.

—Y una galleta con chispas de chocolate.

Gwen torció los ojos.

—Chocolate caliente y una galleta con chispas de chocolate, y luego me dirás qué te pasa, aunque sospecho que tiene que ver con un hombre.

—Los hombres son unos idiotas.

—¿Lo son, verdad? —Gwen se esforzó para no sonreír.

—Yo no me burlé de ti cuando estabas en crisis. —Lola le hizo una cara.

—No, eres una buena amiga. —Entraron al Café Sabio y se acomodaron en un par de sillas vacías que había en la barra.

Kristin, la nueva empleada, se acercó y se recargó en el mostrador.

—¿Qué se les antoja, señoritas?

—Mi amiga —Gwen la señaló— quiere un chocolate caliente y una galleta con chispas de chocolate. Un chai para mí, por favor.

Kristin vio a Lola como si supiera lo que le había pasado.

—¿El menú especial para corazones rotos?

—¿Es así de obvio?

La barista se encogió de hombros y puso a hervir la leche.

—Yo también me he estado dando mis dosis de chocolate. Los hombres son unos idiotas.

—¿Ves? —Lola le picó las costillas a Gwen.

Gwen sólo meneó la cabeza.

—Los hombres no son unos imbéciles, lo que pasa es que no los comprendemos y a veces son unos idiotas. Pero no puedes darte por vencida cada vez que hacen una estupidez. Te quedarías sola, y eso no será muy divertido, ¿cierto?

La puerta se abrió y entró un hombre.

De hecho, se veía como si estuviera *acechando* a alguien, pensó Lola. Peor aún, el tipo tenía el pelo alborotado y era enorme, como Hulk; el que hizo Eric Bana, no el Hulk Bill Bixby. Con la mirada recorría todos los rincones, como si hubiera ido a catear el lugar o a revisar si no había sicarios ahí adentro.

Fue directamente al mostrador y vio a Kristin fijamente.

La barista lo señaló con el dedo.

—No te hagas el ingenuo. No estoy de humor.

—¿Ingenuo? —dijo con voz grave.

—No niegues que es lo que buscas. Pero te lo diré ahora mismo, no eres mi tipo. —Le dio una taza de café y lo despidió agitando la mano—. La casa invita, no te preocupes por pagar.

—¿Por qué? —Afiló la mirada, suspicaz.

Kristin también entrecerró los ojos y se recargó en el mostrador.

—¿Me estás retando?

Él la observó como si fuera una criatura extraterrestre que nunca hubiera visto. Luego meneó la cabeza y se retiró.

Gwen exhaló en cuanto la puerta se cerró.

—Creí que te iba a comer.

—Lo hubiera dejado — dijo la barista, dándoles sus bebidas—. Se ve que tiene buen esperma. —Lola se atragantó con el chocolate. Gwen sólo carraspeó—. Sólo fue una observación —se encogió de hombros—. Cuando le dije que no era mi tipo era en serio. Me gustan más los hombres distantes que los de mal carácter.

—¿Perdón?

Las tres voltearon al escuchar aquella voz. Pertenecía a una pelirroja de piel muy blanca. Iba vestida a la moda pero su atuendo era muy profesional, con un vestido y un pequeño suéter. Pero estaba tan delgada que Lola sintió la urgencia de darle de comer sándwiches de crema de cacahuete.

La sonrisa de la joven, llena de seguridad, contrastaba con la duda que reflejaban sus ojos. Pero, para crédito de ella, intervino.

—No pude evitar oír lo que estaban conversando sobre los hombres, y creo que puedo ayudarlas.

—¿Eres una asesina a sueldo? —preguntó Kristin.

La mujer se sonrojó.

—No. Soy asesora experta en la búsqueda de pareja.

—¿De verdad? —Gwen se animó.

La mujer asintió con la cabeza y les dio su tarjeta.

Lola esperaba que estuviera cubierta de corazones, pero era abstracta y femenina. En el reverso, decía:

Valentine Jones
Asesora en la búsqueda de pareja
www.ValentineMatch.com
415.555.3597

—Sí, mi nombre es en verdad Valentine —dijo la mujer antes de que ellas pudieran pronunciar palabra.

Escuchando la resignación en su voz, Lola le dio unas palmadas de apoyo en el brazo.

—A veces los padres no saben lo que hacen.

Gwen le dio la vuelta a la tarjeta.

—Tu oficina está a dos cuadras de aquí.

—La acabo de abrir. —Valentine sonrió orgullosa—. Entre Sacramento y Walnut.

—Bienvenida a la colonia —dijo Gwen.

—El caso es que puedo encontrarte un buen muchacho. —Las miró a las tres con esperanzas—. Y les ofrezco un descuento.

—Bueno, definitivamente lo tendré en mente. —Kristin se metió la tarjeta en el sostén—. En cuanto olvide a Rob.

—¿Quién es Rob? —preguntó Lola.

—Un perdedor. —Aunque por la manera en que lo dijo, se notaba que no creía realmente eso.

—Bueno —carraspeó Valentine—. Ya me voy. Espero verlas en mi local.

—Es graciosa —Gwen dijo cuando se había ido. Luego se dirigió a Lola—: Ya sabemos que a Kristin la amargó un perdedor. ¿Cuál es tu historia?

—También estoy amargaba —suspiró—. El hombre con el que salía me estaba usando.

—¿Para tener sexo? —preguntó la barista mientras limpiaba el mostrador—. Porque eso no sería tan malo, si lo disfrutas.

—Para recuperar su trabajo. —Lola frunció el ceño—. Lo que pasa es que estoy más enojada conmigo misma.

—¿Por confiar en él? —preguntó Gwen.

—No, porque cuando comprendí que lo amaba, decidí que no me importaría lo que él sintiera por mí, porque mi amor era real, y aunque él no me quisiera, para mí era un regalo poder sentirme así otra vez. Y luego me enoja con él, cuando realmente él no me había prometido nada. Él simplemente me hizo sentir especial, ¿acaso eso no es algo bueno?

Gwen frunció el ceño.

—Bueno...

—Pero *estoy* enojada —continuó, golpeando el mostrador con el puño—. Si no quería perderme, ¿por qué no me dijo que su trabajo estaba en juego a menos de que saliera con alguien por algún tiempo? Me mintió.

—Qué maldito —dijo Kristin.

—No, no es malo —corrigió Lola—. Realmente es un buen muchacho, debajo de tanta simulación y a pesar de su pasado. Me ha llamado todas las noches desde que nos peleamos.

—¿Y qué te dice?

—No lo sé. No he tomado las llamadas.

—Lola. —Gwen meneó la cabeza.

Claro que no iba a decirles que también le había dejado un recado, por si no había escuchado sus mensajes. Había sido un mensaje dulce, pidiéndole que tan sólo lo escuchara.

Pero ella tenía miedo. No sabía qué haría al estar frente a él. ¿Estaba inventando la relación que ella deseaba a partir de un cuento de hadas, o lo de Sam era real? ¿Y cómo podría saberlo?

—Lola. —Gwen se le acercó—. ¿Y tu corazón qué quiere?

Su corazón lo quería a él.

Pero también había querido a Kevin.

¿De nuevo iba a dejar que su corazón la hiciera extraviar el camino? ¿Cómo podía confiar en él?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

NI SIQUIERA VER *Dirty Dancing* le ayudó.

Lola estaba mal sentada en el sillón, viendo cómo Patrick Swayze levantaba a Jennifer Grey por la milésima vez, sabiendo que debía escribir el final de su historia. El problema era que no tenía idea de cómo terminaría la historia.

Vio el calendario que tenía colgado en la pared, donde anotaba los posibles desenlaces.

—Louise conoce a Gerard Butler y se olvida de Sawyer.

—Louise se muda a un pueblito hippie, deja de rasurarse las piernas y pasa el resto de su vida haciendo muñequitos vudú para mujeres burladas.

—Louise no responde las llamadas de Sawyer, compra tres gatos y vive sola por toda la eternidad en su frío departamento.

Y, finalmente:

—Louise lo perdona, pide perdón para sí misma y viven felizmente juntos para siempre.

Ese final parecía especialmente inverosímil

Su teléfono sonó. Dudó en contestarlo, pero luego, al final, tomó la bocina.

—Hotel de los Corazones Rotos, habla la propietaria y única residente.

Hubo una carcajada.

—Soy Eve, Lola.

—Ah. Hola.

—Alguien te está esperando en mi café.

—¿Alguien? —¿Sam? Se enderezó, con el corazón acelerado.

—Es linda, y le fascina mi chocolate caliente, al menos eso creo.

—Madison. —Lola se puso de pie y buscó sus chanclas debajo del sillón—. ¿Qué hace ahí?

—Te está esperando. Creo que no sabías que vendría a verte.

—No. ¿Está con alguien?

—Está sola.

Esto era cada vez más extraño.

—Cuídala. Llegaré en dos minutos.

Colgó, se rehizo la cola de caballo para que se viera menos enloquecida, tomó una sudadera y se apresuró para llegar al Café Sabio.

Madison estaba sentada en un banco, junto al mostrador, mordiendo una galleta. La cara se le iluminó en cuanto vio a Lola.

—Oye —dijo Lola, sentándose junto a la niña—. Vaya sorpresa.

—¿Una mala sorpresa? —preguntó insegura.

—Me encanta verte, así es que no, nunca sería una mala sorpresa. —Lola le quitó el pelo de los ojos—. ¿Pero cómo llegaste?

—Tomé el autobús.

—¿Sola?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero a cada rato viajo sola en autobús.

—¿Tus papás saben dónde estás?

—Realmente no. —Madison se encogió.

—Ay, Madison. —Lola sacó su teléfono y le envió a Sam un breve mensaje de texto: *Madison está conmigo. Está bien. La llevaré a su casa.*

Luego guardó su celular y habló con la niña.

—No es bueno que te vayas de tu casa sin decirle a nadie a dónde vas. Si algo te pasa, la gente debe saber dónde encontrarte. Así que no vuelvas a hacer esto.

—Okey. —Madison hizo una mueca—. ¿Estás enojada conmigo?

—Claro que no. Pero no quiero que te pase algo. —Abrazó a la niña, que le respondió igual. Acariciando su pelo, Lola cerró los ojos al sentir que su corazón volvía a latir. Aparentemente, quería tanto a la hija como al padre.

Maldita sea.

Madison la miró.

—¿Eché a perder la relación que tenías con mi papi?

—Por supuesto que no —aclaró Lola—. ¿Cómo puedes pensar eso?

La chica se encogió de hombros, se veía miserable.

—Porque yo traje a mi mamá aquí. Quizás no te cayó bien.

A ella no le había caído bien, pero Madison no tenía por qué saberlo.

—Esto no tiene nada que ver contigo o con tu mamá, es un asunto mío y de tu papá.

—Mi papi está muy triste.

—¿Estás segura de que él no te mandó aquí? —Lola afiló la mirada.

—Claro que no —meneó la cabeza vigorosamente—. Me va a matar cuando llegue a la casa. Me castigará hasta que cumpla los cuarenta.

—¿Y a pesar de eso viniste?

—Pues, sí. —Vio a Lola como si ésta fumara crack—. Mi papá te conoció y fue feliz de nuevo, como era cuando yo estaba chiquita. Ahora otra vez está triste y amargado. —Qué coincidencia: *ella* también estaba triste y amargada—. Tú le gustas mucho. —Madison la vio con su candidez de niña—. A mí también me caes muy bien, y yo odiaba a todas las mujeres con las que salía mi papá. Así que si yo tuve la culpa, discúlpame.

—Tú no tienes la culpa. Tu papá y yo sólo nos estamos comportando —estúpidamente— como lo hacen los adultos.

Madison frunció el ceño.

—Y como van a ser adultos toda la vida, ¿entonces no volverán a estar juntos?

—No lo sé —suspiró Lola.
—¿No te gusta?
—Me gusta mucho.
—¿Entonces te hizo algo muy malo? —preguntó Madison llena de dudas.
—Tu papá es increíble —dijo Lola sin temor a equivocarse—. Nunca haría nada malo, pero sí hizo algo que me lastimó.
—Todo mundo se equivoca. —Madison asintió con la cabeza.
Incluyéndola a ella, porque no le había dado la oportunidad de disculparse o explicarle nada.
Tragó saliva.
—¿Realmente está triste?
Madison puso ojos de cachorrito.
—Ni siquiera yo lo puedo consolar.
Lola asintió con la cabeza, sintiéndose un poco mejor. No es que le alegrara saber que él se sentía tan mal —okey, sólo un poquito—, pero sí que quizás realmente sí la quería. Y la gente, claro que se equivoca.
Quizás su corazón *era* de fiar.
Tomó una de las galletas de Madison y la mordió.
—¿Y cómo te va como *tu* vida amorosa?
La chica suspiró y luego dio un sorbo a su chocolate caliente.
—El amor apesta.
Lola abrazó a Madison.
—Bienvenida al club, niña.

LOLA ESTABA SENTADA en la oficina de su representante, mirando por la ventana. En lugar de estar viendo el sol que asomaba entre las nubes, lo único que podía ver era la expresión de nostalgia en la cara de Sam cuando le había llevado a Madison a su departamento.

Ella echaba de menos esa cara.
Suspirando, puso su atención en Paul, que revisaba su manuscrito. Debió haber estado más preocupada por su reacción, pero sabía que era un buen libro. A su editor le iba a encantar, y sus fans enloquecerían con esta obra.
Paul llegó al final, vio la última página y luego se dirigió a ella.
—No tiene final.
—Eres tan observador.
—¿Debo recordarte que tu editor está pagando un libro que tenga un principio, un desarrollo y un final?
—Lo sé. —Se enderezó—. Pero no sé cómo terminará esta historia.
—Más vale que lo descubras. No tienes mucho tiempo. —Puso el manuscrito en el escritorio frente a ella.
Lola lo agarró y lo metió a su bolsa. Siguiente parada: su mamá. Se puso de pie y murmuró un adiós.
Cuando salió de la oficina, Paul la llamó.
—Lola. —Ella lo miró por encima del hombro. Él señaló su bolsa—. Es lo mejor que has escrito.

Asintiendo con la cabeza, siguió caminando. Había comprendido que Louise y Sawyer funcionaban... en la ficción. En la vida real, ella y Sam eran...

Combustibles.

Compatibles.

Contradictorios.

Lola sacudió la cabeza. Le hizo la parada a un taxi.

Todavía analizando la situación, cuando llegó a La Casa del Sol caminó automáticamente escaleras arriba hacia el piso donde estaba su mamá.

—Lola, espera.

Salió de su ensimismamiento. Volteó y vio que Letty se asomaba desde el cubículo de enfermería. Lola sonrió amablemente.

—Disculpa, Letty. Iba distraída. ¿Cómo estás?

—Yo bien. —Su tono implicaba que alguien no lo estaba, y su gesto sombrío reforzaba esa impresión.

La sonrisa amable desapareció de los labios de Lola.

—¿Es mi mamá?

—Sí.

Su estómago se hizo nudos.

—No me agradecerá lo que me vas a decir, ¿verdad?

—Lo siento, no —suspiró Letty—. El pecho de Sally se congestionó de nuevo y no respondió a los medicamentos. Esta vez el doctor le dio antibióticos muy fuertes.

—Okey —asintió con la cabeza—. No debo preocuparme mucho, ¿verdad?

Letty hizo una pausa.

—Sólo queremos para noabara acarició su brazo—.ba taxi. resue nunca hubiera visto. do. mi e aba el modesto radio de la casa. Con muchas ansiastener mucho cuidado con ella.

—Eso no me inspira confianza.

—Le servirá verte. —La enfermera le acarició el brazo—. Siempre se pone feliz cuando la visitas.

Pero su mamá no sabía quién era, pensó con tristeza. Lola enderezó los hombros. Su novela de seguro animaría a su mamá.

En vez de tejer, su mamá descansaba en la cama. Primero, Lola pensó que estaba dormida, pero luego vio que tenía los ojos abiertos.

—Hola, mamá. —Cautelosamente se sentó en la orilla de la cama, para no asustarla—. Soy yo. Lola.

Nunca se sabía cómo iba a reaccionar su madre, pero siempre había una reacción; aunque fuera asustarse un momento, antes de volver a perderse en su nebulosa demencia. Esta vez ni siquiera se había inmutado.

Lola le tocó la frente a su madre.

—¿Mamá? —dijo suavemente—. ¿Cómo te sientes?

No hubo respuesta.

Se quedó ahí sentada, sin saber qué hacer, asustada. Acomodó su silla para ver de frente a su mamá, cuando accidentalmente pateó su bolsa.

La historia.

Sacó la obra de su bolsa y dijo con una voz más alegre:

—¿Estás lista para tus capítulos de hoy, mamá? Ya vamos en esa parte en la que Louise y Sawyer se enamoran.

Sally se movió.

Enternecida, Lola comenzó a leer los últimos capítulos, hasta ese oscuro momento en que

Louise y Sawyer se habían separado, quizás para siempre. Y luego se detuvo, porque no había escrito nada más.

Su mamá levantó la cabeza.

—Louise cometió un error —dijo con una voz débil y rasposa.

—¿Tú crees, mamá?

Su mamá movió la cabeza afirmativamente.

—Ella debió haber confiado un poco en él. Y él debió haber sido honesto con ella. Está bien.

Ellos encontrarán la forma de estar juntos.

Hubo una pausa y luego su mamá agregó:

—Louise es una buena chica. Ella merece ser feliz.

La mirada de Lola se nubló con las lágrimas, pero parpadeó rápidamente.

—A veces ella dudaba si algún día sería feliz para siempre.

—Entonces debió tener más fe, en el amor y en ella misma. —Sally se dio la vuelta y se hizo bolita para dormirse, con respiración entrecortada.

Lola se sentó un rato junto a su mamá, dejando correr las lágrimas. Su mamá tenía razón: ella merecía un final feliz, y quería compartirlo con Sam.

¿Él querría un final feliz con ella?

Lola no lo sabía, y nunca lo sabría mientras estuviera perdiendo el tiempo. Tenía que preguntárselo. Ella tenía la mitad de la responsabilidad en su relación; y la responsabilidad completa de sí misma.

Limpió sus mejillas y besó a su mamá.

—Te amo, mamá. Voy a encontrar mi final feliz.

Lo primero, primero. En cuanto salió del asilo, sacó su teléfono y marcó un número que jamás creyó que marcaría de nuevo.

Entró la contestadora.

—Hablas con Kevin. Ahora no puedo tomar tu llamada, pero...

Escuchó el resto del largo mensaje, esperando impacientemente poder hablar. Finalmente, sonó el tono y dijo: "Soy Lola. Te mandaré tu camiseta. Que tengas una bonita vida".

Luego borró el número de teléfono y llamó a un taxi. Sólo tenía que hacer una cosa más. Debía escribir su final feliz.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

SIN PODER DORMIR, Kristin salió a dar una vigorosa caminata. No a donde había caminado con Rob —no era masoquista—; pero sabía que una caminata rápida por las colinas de su barrio podría cansarla para poder conciliar el sueño.

Su esfuerzo fue en vano.

Y la caminata de todos modos le recordó a Rob. Ella lo extrañaba, lo cual era una locura porque nunca había tenido nada con él.

"Qué estupidez", pensó, acurrucada en su sudadera. Debió haberse concentrado en su meta y sólo pedirle que le hiciera el amor un par de veces. Al pensar que pudieron haber tenido más, lo había perdido todo.

Lo triste es que se sentía peor por haber perdido a Rob que por no tener un bebé. Pero ella no había perdido nada, porque su relación con Rob sólo había existido en su mente.

Había algo aún más triste: si hubiera tenido que elegir entre Rob y un bebé, lo hubiera elegido a él.

Se llevó las manos a la cintura y le pidió perdón al hipotético bebé. Obviamente sus hormonas la habían dominado, y se estaba volviendo loca. ¿Qué otra excusa tendría por haber escogido a un hombre al azar para que fuera el padre de su bebé, y luego enamorarse de él en vez de procrear?

Porque eso era lo más raro de toda la situación: ella se había enamorado de Robert Cray.

"Estúpida, estúpida, *estúpida*", se maldijo mientras subía a su departamento. Apenas conocía al hombre.

Pero sí lo conocía. Sabía que trabajaba mucho y que era responsable. Sabía que tenía un gran corazón como para quedarse con un perro callejero, y que podía darle un trabajo a alguien sólo para ayudarlo. Sabía que a él le gustaba. Sabía que besaba como si el mundo estuviera a punto de acabarse, y que cuando se concentraba en una mujer, por ese momento era todo su mundo.

Kristin deseaba poder haber sido esa mujer para siempre.

Al acercarse a su casa, vio que algo estaba bloqueando el portón.

No era algo. Era *alguien*. Kristin se agachó, tratando de ver en la oscuridad. De verdad tenía que instalar una lámpara en la entrada.

Luego comprendió que era Rob. Estaba sentado en el último escalón, frente al portón, con las manos cruzadas. Vestía con ropa más casual, como nunca lo había visto, con un rompevientos y unos jeans. Chanel estaba sentada obedientemente a sus pies.

Se detuvo ahí donde estaba, paralizada de la emoción. Tragándose los arrepentimientos y la esperanza que resurgían de repente, subió lentamente y se detuvo frente a él.

Él se puso de pie al verla.

—Hace tiempo que no te veo en el café.

No era lo que ella esperaba, pero le siguió la corriente.

—He estado yendo en las tardes.

—¿Por mi culpa? —preguntó solemnemente.

Por supuesto que por su culpa. Pero ella resopló:

—No te des tanta importancia.

Chanel ladró una vez. Kristin se agachó para acariciar el lomo de la perra. Por Dios, cómo extrañaba a la cachorra.

Rob la estudió. Luego la sorprendió al decir:

—¿Tú tampoco podías dormir?

—Sólo quería hacer ejercicio —mintió. Se enderezó. Él no tenía que saber que estaba loca, extrañando a un hombre que nunca le había prometido nada más que un cheque de nómina—. ¿Qué haces aquí?

—No terminamos nuestra conversación. Huiste de mí.

—¿Y tardaste tanto en reaccionar?

—Tardé todo esto en darme cuenta de que quisiste hacerme quedar como tonto.

Ella fingió no comprender lo que le estaba diciendo.

—No me echas la culpa. Me alejé de una situación que me estaba dañando.

—¿Yo te hice daño? —preguntó con el ceño fruncido.

Sí, estaba dañando a su corazón.

—El potencial definitivamente está ahí.

—Tú eres la que me mintió.

—¿Qué?

Él asintió con la cabeza.

—Tu te presentaste como otra persona. Yo creí que eras una mujer sin un centavo, pasando una mala racha. ¿Por qué crees que quise darte trabajo?

—Yo sé que quieres que piense que tienes un corazón de oro, y la mujer desposeída agradece tu amabilidad, pero no la necesita. —Cruzó los brazos para evitar abrazarlo y rogarle para que fuera suyo.

—Tú me hiciste creer que no tenías ni un quinto. No creo que puedas echarme la culpa por querer mejorar tu situación. —Él se acercó—. Tú me importas. Yo quería ser tu caballero en brillante armadura.

—No dejaré que me derritas —ella prácticamente gritó.

—¿Eso es posible?

—Ya no. Perdiste tu oportunidad.

—No aceptaré esa respuesta. —Él meneó la cabeza.

—Qué mal, porque yo...

Él la tomó entre sus brazos y la acercó para darle un beso.

Ella lloriqueó por el doloroso placer que le llenaba el pecho. Su corazón martilleaba, latía con optimismo y desolación a la vez. Ella se agarró del cuello de su chamarra, tratando de aterrizar.

No tenía sentido. En cuanto los labios de él tocaron su boca, ella se perdió.

Él terminó el beso lentamente, acariciando su mejilla y su cuello.

—En el pasado, he estado con mujeres que eran princesas, mujeres que sólo esperaban que yo las rescatara. Me puse en la misma posición contigo, pero la diferencia es que yo sí *quería* salvarte. Pero tú no necesitas que nadie te salve, y yo comprendí que prefiero tener una compañera, alguien que sea mi igual en la relación.

—Eso es lo que te ofrecí.

—Ahora lo sé.

—Y tú me ofreciste un trabajo. —Aún le dolía.

—Me parecía que realmente te gustaba el trabajo con la base de datos. Yo quería darte algo que te hiciera feliz.

—Un bebé me hubiera hecho feliz.

—Okey.

Ella lo vio intensamente.

—No es ninguna broma. No juegues conmigo. No seas cruel.

—No estoy jugando.

Lo miró a los ojos. Él le regresó una mirada muy solemne, al mismo nivel, dejándola ver que estaba hablando en serio. Dejándole ver todo lo que le estaba ofreciendo.

La esperanza comenzó a ganarle terreno al despecho.

—Un bebé no es lo único que quiero —dijo ella con cautela.

—Te daré la luna, el sol y las estrellas.

Chanel ladró, como para respaldar la oferta.

Kristin sonrió al ver lo que hacía la perra, antes de volver a concentrarse en el hombre.

—Yo sólo te quiero a ti.

Él la besó de nuevo.

—Eso es lo que estoy tratando de decirte. Ya soy tuyo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

EL TIMBRE de la puerta sonó al amanecer.

Sam vio la hora. Fantástico; no era de madrugada, pero era demasiado temprano, especialmente después de haber pasado la noche sin dormir.

Se levantó de la cama, con la mirada nublada y una sensación de vacío en el pecho. Como solía sucederle desde que Lola había dejado de buscarlo.

La extrañaba. Muchísimo.

Ella no le regresaba las llamadas. Incluso había ido a buscarla, pero ella había salido de casa y no había respondido la nota que le había dejado. Ahora sólo pensaba en ella, cada minuto de cada día.

Sam la amaba.

Ya era muy obvio. Pero él lo había echado todo a perder, y ella lo había eliminado de la novela de su vida. Lo cual, francamente, le molestaba muchísimo. Si ella iba a cortar la comunicación cada vez que él hiciera alguna estupidez, tendrían un camino espinoso que recorrer.

El timbre sonó de nuevo, largo e insistente.

—Ya voy —gritó mientras buscaba una camiseta.

—Yo abro, papi —gritó Madison desde el pasillo.

Él la oyó bajar corriendo las escaleras. Luego, una conversación inaudible. La puerta se cerró. Luego unas pisadas sorprendentemente ruidosas en la escalera.

—Te dejaron un paquete, papi.

La encontró en la sala, frente a una caja. Se escuchaba la música de la cinta *Dirty Dancing* al fondo.

—¿Estás viendo esa película de nuevo?

—Me *encanta*. —Señaló el paquete—. Es para ti.

—¿Quién lo mandó? —preguntó él, recogiendo la caja. Era pesada. La sacudió y oyó que algo grande se movía de lado a lado. En la etiqueta sólo venía su nombre y domicilio; nada de información del remitente.

—Ábrela ya. —Madison pegó de brincos. Sam tomó una esquina de la cinta adhesiva y la retiró. Abrió la caja y frunció el ceño al ver el contenido—. Déjame ver. —La niña movió la caja para poder verla por dentro—. ¡Es de Lola!

—Uno de sus libros. —Era el libro que había estado escribiendo; él lo supo de inmediato. Un voluminoso montón de papel atado por una liga. La portada decía:

Ahora y para siempre:

Louise y Sawyer
por
Lola Carmichael

¿Ya la había terminado? Revisó las primeras páginas. ¿Por qué se lo había enviado a él?

—¿Recuerdas cuando te pregunté si podías hacer algo para recuperar a Lola, y tú me dijiste que lo habías intentado, pero que ella no estaba poniendo nada de su parte? —dijo Madison como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Sí.

—Creo que ahora está poniendo algo de su parte.

—Quizás —dijo, mirando el manuscrito—. Necesito café.

—Yo lo preparo, papi. Tú siéntate aquí y lee. —Su hija corrió a la cocina.

Podía escucharla moliendo el café. El café que hacía Madison era mejor que el suyo. Cuando le preguntaba cómo lo hacía tan rico, sólo se encogía de hombros y decía que era porque lo preparaba con amor.

Adoraba a esa nena.

Hizo a un lado la colcha que ella había estado usando, se sentó, puso los pies sobre la mesa y empezó a leer.

Apenas se fijó cuando Madison le llevó su taza y se sentó a su lado para seguir viendo *Dirty Dancing*. Su café se enfrió. Su espalda se puso tiesa de no moverse. Madison entraba y salía de la sala sin molestarlo. Su estómago empezó a gruñir de hambre. Pero leyó sin parar, interrumpiendo el proceso solamente para ir al baño.

Louise y Sawyer eran obviamente él y Lola. Sam reconoció las versiones de algunas de sus charlas. Le daban risa los intercambios verbales de los personajes y se sentía excitado con las partes sexys.

Sobre todo, recordó lo bien que la pasaba con Lola. Él la *extrañaba*. *Muchísimo*.

Leyó hasta el último capítulo, que estaba en blanco; sólo tenía una nota escrita a mano:

No sé cómo termina la historia. ¿Louise y Sawyer vuelven a estar juntos? Eso es lo que yo quiero, pero no sé cómo escribir la escena. Quizás a ti se te ocurra algo...

De hecho, él tampoco tenía idea, pero ya se le ocurriría algo; algo digno del héroe de una novela de amor. Dejó el libro y se dio prisa para ducharse. Tenía que ir y echarle la red a cierta heroína. Lo antes posible, porque el final feliz estaba en juego.

SAM Y MADISON se pararon frente al espejo, mirando el atuendo que él se había puesto.

—Me veo gay —dijo finalmente.

—Claro que no. —Ella frunció el ceño.

Se revolvió adentro de la camisa negra, entallada y de manga corta. Tal vez se le hubiera visto bien si no estuviera desabrochada hasta el ombligo. Y luego esos pantalones negros y la chamara de piel, que lo hacían lucir como un gigoló.

—¿Segura?

—A ella le fascina *Dirty Dancing*, y te ves idéntico a Johnny. —Entrecerró los ojos—. O quizás como el papá de Johnny.

—Qué amable. Gracias. —Le dio un codazo.

Ella rio, esquivando el golpe. Luego se puso seria, mordiéndose el labio.

—Esto va a funcionar, ¿verdad?

—¿Tan bien te cae Lola? —Alzó el mentón.

—La quiero muchísimo —dijo con la sencillez de una niña.

Sam asintió con la cabeza. Él sentía lo mismo.

—La recuperaré.

—No olvides la música, papi. —Le entregó su iPod y la bocina portátil que tenía en su cuarto.

—Claro —sonrió—. Esto va a estar bueno. ¿Estás lista?

—¡Vamos por ella! —Madison le estrechó la mano y salió marchando frente a él.

Rumbo a casa de Lola, Sam repasó el plan una vez más; Madison interpretó la parte de Lola. Se dieron ánimos, se felicitaron y chocaron las manos.

Hasta que llegaron.

Un silencio lleno de mortificación surgió en el auto cuando vieron el edificio de departamentos. El letrero del primer piso parecía burlarse de él: era de *Mi Maceta* y, en él, alguien estaba arrancando una planta.

Él andaba en busca de raíces. Otra vez se jaló la camisa.

—Ponte los lentes, papá. —Madison abrió la puerta y se bajó.

—Okey —musitó y se los metió en la cara. Había neblina en Laurel Heights, y con los lentes puestos parecía que era de noche.

Ante la insistencia de Madison, acomodó el iPod y la bocina sobre la cajuela del auto. Hizo una prueba verificar que funcionaran bien y luego le hizo la señal de aprobación a su hija.

Alzando el mentón y enderezando sus delgados hombros, Madison marcó el intercomunicador del edificio. Sam sonrió al ver la seriedad de la nena. Recordó cuando ella le dijo que quería muchísimo a Lola, y su corazón dio un extraño vuelco.

Madison oprimió el botón. Hubo una pausa y luego Lola contestó:

—¿Sí?

—¡Lola! —gritó en la bocina.

—¿Madison? ¿Eres tú?

—Sí. Estoy abajo.

—Eso supuse, porque me estás llamando por el intercomunicador. —Sam sonrió ante el sutil sarcasmo—. Lo que no entiendo —continuó— es por qué estás aquí.

—Ayúdame —dijo su hija, tal como lo habían practicado.

—Ya voy —respondió Lola sin vacilar.

Madison se dio la vuelta y lanzó dos puñetazos al aire. Luego corrió hacia él.

—Ya, papi.

Cuando Lola salió corriendo el edificio, él estaba parado en la acera, con el brazo extendido, esperándola.

Ella paró en seco.

—¿Sam? Si estás aquí, ¿por qué...?

Madison pulsó el botón de reproducir y se empezó a oír "Time of My Life" en toda la calle Sacramento.

Lola parpadeó viendo a Madison, y luego lo vio a él con sus hermosos ojos azules.

Sam dio un paso hacia el frente, con la mano extendida.

—Tengo una propuesta para el final de tu historia.

—¿Ah, sí?

Él oyó la esperanza, el deseo y el amor en aquella voz, y un nudo que estaba dentro de su pecho se soltó. Sam asintió con la cabeza, caminando hacia ella, esperando que Lola aceptara su invitación.

—Es brillante, aunque técnicamente sea un plagio.

En los labios de Lola coqueteó una sonrisa.

—¿Quieres meterme en problemas?

—Definitivamente.

Ella vio su mano, respiró profundamente, dio un paso al frente y puso la palma de su mano sobre la de él.

Sam le dio la vuelta para abrazarla. Pecho a pecho, le retiró el pelo de los ojos, deleitándose en la sensación de su cuerpo. *Esto* era bueno.

—Nunca debí ocultarte el trato de Jennifer. Lo siento.

—Y yo me arrepiento de no haber confiado en ti —dijo ella—. Tenemos la misma responsabilidad en esto.

—Sí, es cierto, y quiero que así sean las cosas de ahora en adelante.

—¿O sea que primero yo te haré enojar y luego tú me harás enojar?

Él le jaló el pelo.

—Estoy sinceramente tratando de imitar a Patrick Swayze, y tú no lo estás apreciando.

—Eres un magnífico Patrick Swayze. Muy candente. —Le quitó los lentes y se los puso en el bolsillo de la camisa—. Así está mejor.

—No me contestaste.

—Sí.

—¿Sí es verdad que no me contestaste?

Ella torció los ojos.

—Sí, sí quiero “de ahora en adelante”. Yo te amo.

—Yo también te amo. —Él la besó suavemente y luego más profundamente, porque ahora podía de nuevo. Porque estaba feliz. Porque ya era suya.

Unos aplausos llenos de entusiasmo los hicieron volver a la realidad al mismo tiempo. Miraron hacia arriba para ver que tenían a un público nutrido y entusiasta. El aplauso más fuerte venía de la entrada de la tienda *Mi Maceta*, donde una mujer con aspecto de artista, vestida con una falda larga, silbaba fuerte.

Madison corrió hacia ellos y los abrazó a los dos. Ambos la acogieron entre sus brazos. Él cerró los ojos, sintiéndose agradecido. Simple y sencillamente feliz con su vida, por primera vez.

Madison los miró, con la cara llena de emoción.

—De una vez les digo que me gustaría tener una hermanita, pero no importa si me dan un hermanito. ¿Y quizás pueda ser pronto? Ya estoy dejando de ser una niña.

Lola sonrió viendo a Sam. Él no sabía si ella estaría de acuerdo con que hubiera más niños en casa —ni él mismo estaba seguro de eso—, pero ninguno de los dos tenía problemas para hacer el amor.

—Papi, te falta la mejor parte del plan —carraspeó su hija.

—¿Tengo que hacerlo? —protestó.

—Sí. —La niña corrió al auto y subió el volumen de la música. Luego se cruzó de brazos y

movió el pie con impaciencia.

Él volteó a ver a Lola.

—Se supone que debo bailar contigo.

—¿Sabes bailar, Patrick? —Lola lo abrazó.

—Me muevo con un experto. —La acercó más y comenzó a hacer el baile caliente sobre la acera de la calle Sacramento. Su público silbaba y vitoreaba aquella escena mientras él la dirigía un poco al azar.

—Éste es el mejor final de todos —rio Lola, echando la cabeza hacia atrás.

—Mi amor —replicó; la acercó más y susurró a su oído, sólo para ella—, esto es apenas el principio.

EPÍLOGO

LOLA TOMÓ la copa de champaña que Sam le ofrecía y le dio las gracias con un "No traigo ropa interior".

La copa de Sam, que ya iba en camino a su boca, se detuvo abruptamente, y su mirada se concentró en el vestido sin tirantes.

—¿Nada?

—Ni siquiera un poco de encaje. —Le dio un traguito a su bebida y observó la cabaña de leños de Presidio, que Eve había transformado en un paraíso nupcial, con flores y velas blancas. Al fondo había un pequeño altar con sillas alrededor. Eve le había dicho que ella y Treat querían estar rodeados de amigos y familiares mientras sellaban su compromiso—. Este lugar es hermoso, ¿verdad?

—Sí. —Él se acercó y le quitó el pelo de los hombros—. Pero mejor hablemos de tu ropa interior.

Ella se estremeció al sentir su deseo.

—No hay nada que discutir. Literalmente.

—Quiero comprobarlo. —Le pasó la mano por la espalda, hasta la curva de sus nalgas.

—Hola. —Gwen entró jaloneado a su novio, Rick. Le guiñó un ojo a Lola—. ¿Es tu nuevo bizcocho macho?

—¿Bizcocho macho? —preguntó Sam.

—Síguele la corriente. —Lola acarició su pecho—. Gwen juega mucho con las palabras. Y con las calabazas. —Su amiga resopló—. Ellos son Gwen y Rick —dijo—. Y él es...

—Sam Taylor. —Rick terminó la frase.

—¿Nos conocemos? —Sam parpadeó sorprendido.

—Le pedí a Rick que te investigara —dijo Gwen sin nada de pena.

—Gwen —protestó Lola.

—¿Qué? Estaba preocupada por ti. —Su amiga se dirigió a Sam—. Rick es un detective privado, y sabe todo acerca de ti, así que más vale que te portes bien.

—¿Y si yo quiero que se porte mal? —objetó Lola.

Rick se rio y le dio la mano a Sam.

—Están locas, pero son nuestras.

—Amén. —Los dos hombres se saludaron y se fueron a hablar de fútbol.

Lola tomó un mini quiche que le ofreció un mesero.

—Eve es increíble.

—Ella vive para estas cosas. Personalmente, yo me hubiera ido a Las Vegas para que nos casara Elvis.

—Es hermoso casarte frente a tus amigos y familiares.

—Eso dice la escritora de novelas de amor. —Gwen sonrió y le picó las costillas—. No me imagino qué locura harás cuando decidas lanzarte al ruedo.

De hecho, ella y Sam habían estado hablando de ir a algún lugar lejano y tropical y casarse en una ceremonia privada, sólo ellos y Madison. Lola supo que eso era todo lo que necesitaba; eso, y el vestido perfecto. Una mujer no debía ceder demasiado.

Sólo deseaba que pudiera ir su mamá, pero su madre no podría asistir aunque se casaran en la ciudad. Su salud no había mejorado. Los médicos estaban perplejos por la forma en que su salud se había deteriorado en las últimas semanas. Sally se había convertido en una sombra de lo que era, incluso más callada y ensimismada.

Ya no tejía.

Esa mañana, Lola había llevado a Sam para que la conociera. Tuvo que contener el llanto cuando Sam le dijo a su mamá que la amaría por siempre y que la cuidaría todos los días. Al hacer esa promesa, la mano de su mamá había temblado y Lola supo que Sally había escuchado su juramento.

Lola se sacó esos pensamientos de la cabeza. Ahora tenía que ser feliz.

—¿Viste el pastel? —preguntó Gwen, señalando el sitio donde lo pondrían—. Tiene cuatro capas y es *impresionante*. Daniela Rossi es la repostera de las estrellas y ahora entiendo por qué.

—Quise ver su tienda, pero todavía no está abierta. Es extraño. ¿Te ha dicho por qué se ha retrasado?

Gwen meneó la cabeza.

—No habla mucho conmigo. Casi siempre está con Eve. Parece un poco presumida, pero mi teoría es que es tímida.

—Creo que está muy sola —dijo Lola viendo a la mujer, que había aparecido de pronto con las últimas piezas para la decoración del pastel—. Se ve triste y agotada.

—¿Sabes quién ya no está triste? —Gwen señaló hacia el lado opuesto del salón—. Kristin.

Ambas sonrieron al ver que Kristin acorralaba a su nuevo galán en un rincón apartado. A él pareció no importarle; como que era ahí precisamente dónde quería estar. ¿Quién podía culparlo? Kristin era inteligente y agraciada, y esa noche lucía más que sensual en un diminuto vestido negro.

Olivia se acercó y puso el brazo por encima del hombro de Gwen.

—Me mandaron a decirte que el padrino debe comenzar su labor, y que el resto debemos permanecer sentados.

Rick levantó la cabeza.

—Ése soy yo. —Le dio un beso a Gwen y se apresuró para reunirse con su mejor amigo, el novio; el resto del grupo caminó a la parte de enfrente para tomar sus lugares.

Cuando se sentaron, Lola miró el vientre de Olivia. Trató de visualizarse también con un bebé en la panza. Madison ya le había dicho que quería un hermanito o una hermanita. Lola se imaginó un niño con la sonrisa de Sam, y entonces lo vio como una posibilidad muy real.

Quizás.

Empezó el concierto de Vivaldi y todos contuvieron la respiración, expectantes.

Freya, la madrina de Eve, caminó por el pasillo, con sus largas piernas y paso firme, seguro, y sonrisa de felicidad. Hizo un guiño a Treat y a Rick antes de colocarse junto a donde estaría la novia. Lola había conocido a la mujer alta y pelirroja una semana antes, en la despedida de soltera, y le había caído bien al instante. Quería conocerla mejor.

Luego entró Eve con un vestido largo de seda.

En vez de ver a su amiga, Lola trató de capturar la expresión de Treat al ver por primera vez a la novia. Estaba hechizado.

Se veía enamorado.

Lola suspiró. Aquello era hermoso.

Sam le sonrió, acariciando su mano con el pulgar. En sus ojos había una promesa, una promesa que cumpliría después, en casa.

Una promesa a futuro.

EL ESTANTE DE KATE

EN ESPAÑOL...

LAUREL HEIGHTS

PERFECTO PARA TI

CERCA DE TI

VOLVER A TI

BUSCÁNDOTE A TI

SOÑARTE A TI

EN INGLÉS...

ROUGH AND READY

[MY BIG COMEBACK ROMANCE](#)

[MY SECRET BOOK BOYFRIEND](#)

[MY NEXT COLOSSAL MISTAKE](#)

[MY YUMMY SECOND CHANCE](#)

MY EPIC LOVE DISASTER

MY VERY WICKED HERO

MY BEST HAPPY ENDING

WINNERS INC.

[ALL IN](#)

[WANT IT](#)

[GAME ON](#)

LAUREL HEIGHTS

[PERFECT FOR YOU](#)

[CLOSE TO YOU](#)

[RETURN TO YOU](#)

[LOOKING FOR YOU](#)

[DREAM OF YOU](#)

[SWEET ON YOU](#)

THE SUMMERHILLS

[SAY YOU WILL](#)

[LOST IN LOVE](#)

[LET'S MISBEHAVE](#)

[STAY THE NIGHT](#)

[ONCE UPON A DREAM](#)

[HOW SWEET IT IS](#)

[GIVE A LITTLE](#)

[MAKE MY WISH COME TRUE](#)

THE SUMMERHILLS NEXT GENERATION

[THE WORDS YOU SAY](#)

[THIS COULD BE THE NIGHT](#)

[WRITTEN IN THE SKY SO BLUE](#)

THE IRISH HOPE SERIES

[PAINTER OF SOULS](#)

[DANCER OF TRUTHS](#)

[SINGER OF VISIONS](#)

BEDFORD FALLS

[UNDER THE KISSING TREE](#)

[DANCING ON A MOONBEAM](#)

[SILVER MOON SPARKLING](#)

[STARS SHINING BRIGHT ABOVE](#)

THE RAVEN SCRY

[THE LIES OF GODS](#)

[THE CORRUPTER OF VIRGINS](#)

THE DESTROYER OF KINGS

PILLOW TALK NOVELS

[PLAYING TO WIN](#)

[PLAYING DOCTOR](#)

[PLAYING FOR KEEPS](#)

THE GUARDIANS

[MARKED](#)

[CHOSEN](#)

[TEMPTED](#)

WHIMSICAL NOVELS OF YOUNG LOVE

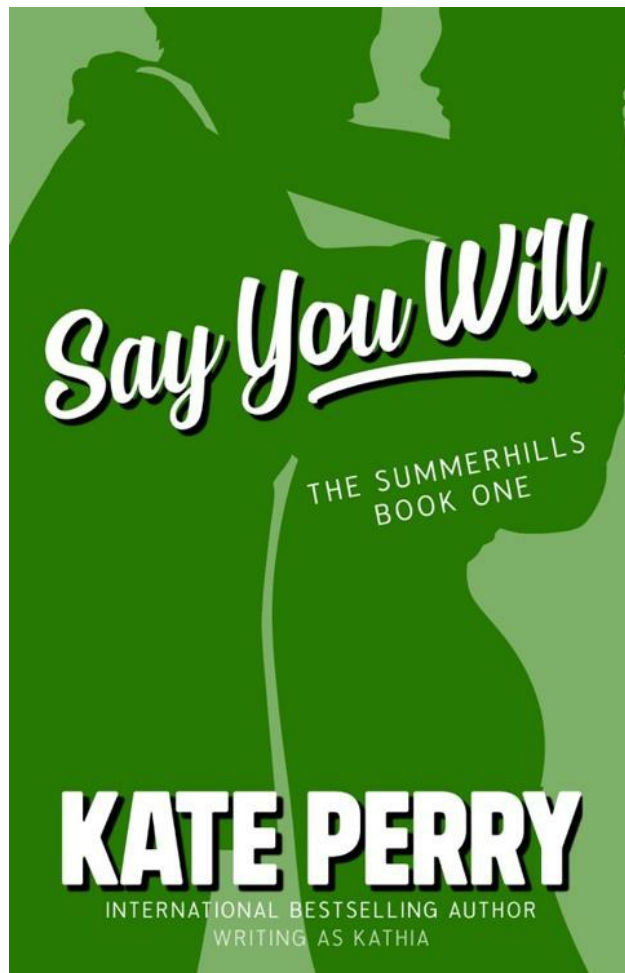
[SWEET ENDEAVORS](#)

[UNRAVELED](#)

[PROJECT DADDY](#)

For a complete booklist, check out [Kathia's site](#).

LOOKING FOR A SERIES TO BINGE?



If you're looking for...

instalove;
a girl squad;
a hero with an accent;
best friend siblings;

*a secret baby (who's all grown up);
a swoony beach romance...*

You've found the perfect book.
Proceed with abandon.

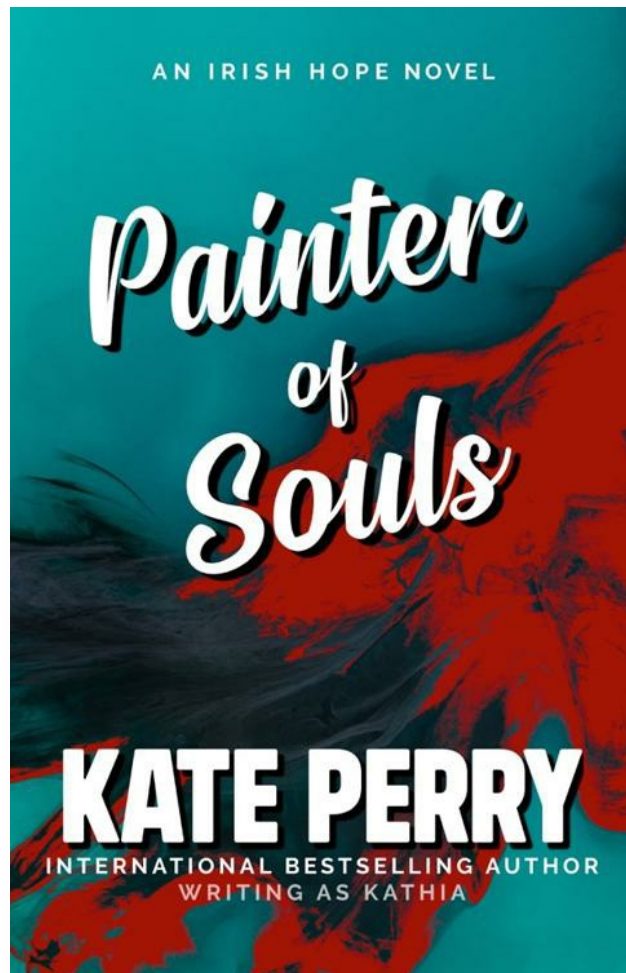
"I find the Summerhill books filled with mirth, love, lust, passion, happiness and joy. I smile the whole time I read them."

GOODREADS

Jump right into [SAY YOU WILL!](#)

Available wherever books are sold.

SOMETHING MYSTICAL TO GO WITH YOUR
ROMANCE?



An act of love that backfires.
A desperate quest that sends her to Ireland.
A hope for healing when everything looks impossible...

From readers like you...

"Highly recommend delving into this magical Irish story!"

"Although this isn't the type of book I usually read I was sucked in."

"Loved this book. Perfect amount of everything."

Take a magical trip to Ireland with [PAINTER OF SOULS](#).
You won't be disappointed.

LOOKING FOR SOMETHING NEW?

BINGE READ ONE OF KATHIA'S FAVORITE SERIES, THE MERRIAMS, THE
INTERNATIONAL BESTSELLING SERIES BY AVA MILES.

International travel, a matchmaking duo, and everlasting love...

Meet the Merriams.

You'll want to spend your holidays with this family.

WILD IRISH ROSE

LOVE AMONG LAVENDER

VALLEY OF STARS

SUNFLOWER ALLEY

A FOREVER OF ORANGE BLOSSOMS

A BREATH OF JASMINE

Ava has more books, and they're all fab. Be sure to check out [her entire booklist](#).

ABOUT KATHIA



With over 6 million books sold (and counting), Kathia's novels have been #1 bestsellers around the world. They've received starred reviews from Booklist, have consistently earned Editor's Picks for Best Romance, and have been featured by publications like *O*, *The Oprah Magazine* and *Entertainment Weekly*.

Kathia (as Kate Perry) has written over 50 books so far, some translated into several languages, all about hope and dreams and the bonds of friendship and family. She's also written a couple screenplays and various poems (her ode to the color orange is particularly moving).

For more, check out...

www.kathiaherself.com

You can also find Kathia in all the usual places...



DON'T FORGET TO SIGN UP FOR THE NEWSLETTER!

Get news and other stuff.

"Like what other stuff?" you ask, curious.

Like snippets from life, stories, and other sundries, a couple times a month.

[Do it. It's a piece of cake.](#)